

Nación, migración, identidad.

Sobre el transnacionalismo a propósito de Puerto Rico

A medida que los puertorriqueños se mudan constantemente entre la Isla y el continente norteamericano, las definiciones territoriales de la identidad nacional se hacen menos pertinentes, mientras que las identidades transnacionales cobran mayor importancia. Bajo tales condiciones vale la pena preguntarse por el significado de la identidad nacional en un contexto transnacional. ¿Dónde se localiza el sentido de pertenencia?; ¿cómo se articula y representa?; ¿quién lo imagina y desde qué punto de vista?; ¿cómo puede un pueblo definirse como una nación sin aspirar a un Estado aparte?

Jorge Duany

Una nación sin Estado

Puerto Rico ocupa un lugar peculiar entre los países latinoamericanos y caribeños. Como una de las dos colonias españolas más antiguas en el Nuevo Mundo (junto con Cuba), Puerto Rico experimentó el periodo más largo de

Jorge Duany: catedrático de Antropología, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Su próximo libro se titula *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States* (2002).

Nota: Este artículo es una versión abreviada y traducida de una ponencia presentada en el Programa de Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago el 2 de noviembre de 2001, y en el Departamento de Sociología y Antropología de Swarthmore College el 30 de noviembre de 2001. Agradezco a Robin Derby, Yarimar Bonilla y Raquel Romberg su amable invitación para presentar este trabajo; y a Miguel Díaz-Barriga, Braulio Muñoz, Dain Borges y Emilio Kourí sus incisivos comentarios y sugerencias.

Palabras clave: transnacionalismo, nacionalismo, diáspora, identidad, Puerto Rico.

dominio hispánico en la región. El 25 de julio de 1898, sin embargo, las tropas norteamericanas invadieron la Isla durante la Guerra Hispanocubanoamericana. En 1901, la Corte Suprema de Estados Unidos definió a Puerto Rico con un oxímoron legal, como un país «extranjero en un sentido doméstico», porque no era ni un estado de la Unión ni una república soberana (Burnett/Marshall). En 1917, el Congreso le otorgó la ciudadanía norteamericana a todas las personas nacidas en la Isla, pero no cambió su condición de territorio no incorporado de EEUU. En 1952, Puerto Rico se convirtió en un Estado Libre Asociado con poderes limitados sobre asuntos locales, tales como impuestos, educación, salud, vivienda, cultura e idioma. No obstante, el Gobierno Federal de EEUU retiene jurisdicción en la mayoría de los asuntos de Estado, incluyendo inmigración, ciudadanía, aduana, defensa, moneda, transporte, comunicación y comercio exterior. Hoy en día, el electorado insular está prácticamente dividido por la mitad entre los que apoyan el Estado Libre Asociado y quienes prefieren que la Isla se convierta en el estado 51 de la Unión; solo una pequeña minoría vota por la independencia.

Para la mayoría de los observadores, Puerto Rico sigue siendo una colonia, en el sentido de estar subordinado política y económicamente a un país extranjero. Como posesión ultramarina de EEUU, ha estado expuesto a una intensa penetración de capital, mercancías, leyes y costumbres norteamericanas, sin paralelo en otros países latinoamericanos. Aun así, los puertorriqueños demuestran una identidad cultural más robusta que la mayoría de los pueblos caribeños, incluyendo los que disfrutaban de independencia política. A principios del siglo XXI, Puerto Rico presenta la aparente paradoja de una nación sin Estado que aún no se ha asimilado a la cultura norteamericana. Tras más de 100 años de colonialismo, sigue siendo una nación hispanohablante y afroantillana.

Además de su dilema colonial no resuelto, Puerto Rico es cada vez más una nación en vaivén: un país cuyos bordes son cruzados incesantemente por migrantes que van y vienen. Desde 1940, más de un millón y medio de pobladores se han mudado a EEUU continental. En 2000, casi la mitad de todos los puertorriqueños vivía en el Norte –3,4 millones de personas allá, comparadas con 3,8 millones de personas acá. De seguir las corrientes demográficas actuales, la mayoría de los puertorriqueños residirá fuera de la Isla en la próxima década. Al mismo tiempo, Puerto Rico ha recibido a cientos de miles de inmigrantes desde los años 60, principalmente migrantes de retorno y sus descendientes, así como ciudadanos de otros países, sobre todo la República Dominicana y Cuba. Para 1990, cerca de 9% de los residentes había nacido fuera, incluyendo a los provenientes del continente de origen puertorriqueño. Esta

combinación de éxodo prolongado, junto con un sostenido flujo de migrantes de regreso y extranjeros, hace de Puerto Rico un caso ejemplar de transnacionalismo. Defino este último término ampliamente como el mantenimiento de lazos sociales, económicos, culturales y políticos a través de fronteras nacionales, aunque éstas no coincidan necesariamente con las líneas divisorias entre Estados (v. Basch et al.; Schiller et al.). Pocos países de la región caribeña –o del mundo– han experimentado desplazamientos poblacionales tan masivos en tan poco tiempo. La diversidad de los orígenes y destinos de los migrantes socava las premisas ideológicas de los discursos tradicionales de la nación, basados en la ecuación entre territorio, lugar de nacimiento, ciudadanía, idioma, cultura e identidad.

Los estudios recientes sobre cultura y política en Puerto Rico se han enfocado en el debilitamiento del nacionalismo político, el auge del nacionalismo cultural y la continua migración entre la Isla y el continente (Alvarez-Curbelo/

***Los desplazamientos
 masivos entre la Isla
 y el continente
 complican cualquier
 asociación fácil
 entre lugares de origen,
 residencia y orientación***

Rodríguez Castro; Dávila; Kerkhof; Morris; Negrón-Muntaner/Grosfoguel; Rivera; Torre et al.). Desgraciadamente, pocos estudiosos han establecido una conexión explícita entre estos fenómenos tan vinculados entre sí. Por ejemplo, la mayoría de los puertorriqueños valora la ciudadanía norteamericana y la libertad de movimiento que ésta les ofrece, especialmente el acceso sin restricciones a EEUU continental. Al

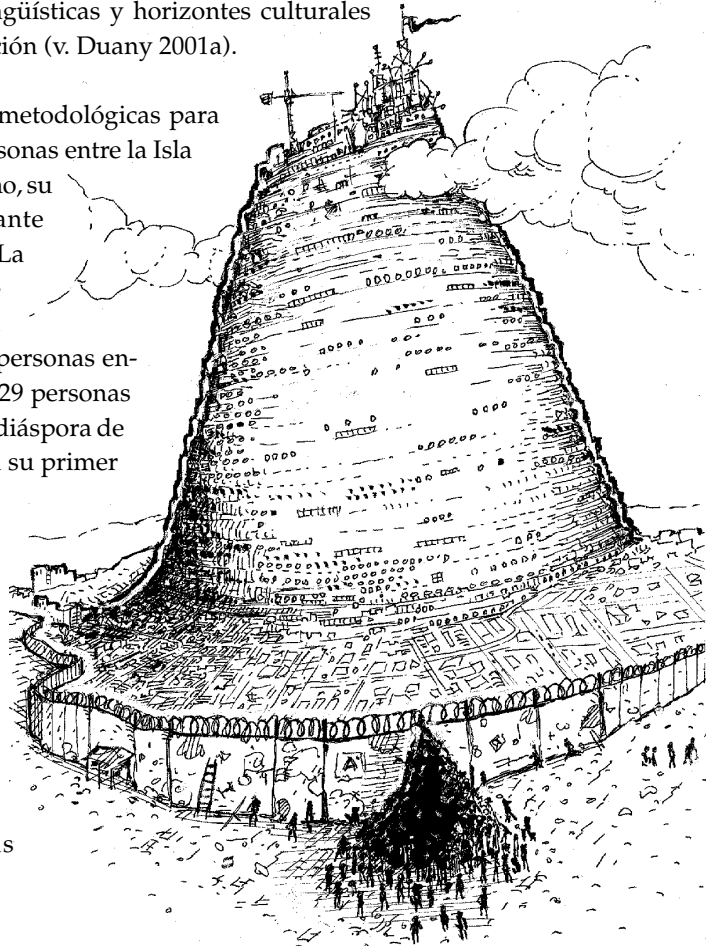
mismo tiempo, la ciudadanía compartida tiende a borrar las distinciones jurídicas entre los que viven en su país de origen y en la diáspora. Los desplazamientos masivos entre la Isla y el continente durante el último medio siglo complican cualquier asociación fácil entre lugares de origen, residencia y orientación. En particular, los modos de vida móviles de los migrantes circulares –los que van y vienen repetidamente– desafían los enfoques estáticos en torno de la identidad (Duany 2001a).

La nación en vaivén

Un término popular para describir el movimiento de ida y vuelta entre Puerto Rico y EEUU es el vaivén. Esta palabra, culturalmente densa, se refiere al constante ir y venir en que viven muchos puertorriqueños, por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial (Rodríguez). Por ejemplo, miles de trabajadores agrícolas fueron contratados para laborar por temporadas cortas en EEUU conti-

mental y luego regresar a la Isla. En este contexto, el término vaivén implica que algunas personas no permanecen en un lugar por mucho tiempo, sino que se mueven incesantemente, como el viento o las olas del mar, en respuesta a las cambiantes mareas. Más aún, la sabiduría popular sugiere que quienes ahora están aquí (en Puerto Rico), pueden mañana estar allá (en EEUU) y viceversa. De manera más ominosa, vaivén también connota incertidumbre, inconsistencia y oscilación. Algunos autores han atribuido a la circulación poblacional de los puertorriqueños toda una serie de problemas socioeconómicos, desde la ruptura de lazos familiares y la falta de apego al mercado laboral, hasta la incapacidad para desarrollar destrezas educativas y lingüísticas, pasando por la baja participación en la política electoral norteamericana (v. Chavez). Estudios recientes cuestionan esa imagen despectiva del continuo flujo migratorio en ambas direcciones. Los migrantes circulares tienden a mantener sus lazos familiares tanto en la Isla como en EEUU, mejorar su posición ocupacional a lo largo del tiempo, poseer niveles educativos superiores a los no migrantes y ampliar sus capacidades lingüísticas y horizontes culturales como resultado de la migración (v. Duany 2001a).

A pesar de las dificultades metodológicas para medir el movimiento de personas entre la Isla y el continente norteamericano, su enorme magnitud y constante fluidez son incuestionables. La Junta de Planificación de Puerto Rico (2001) estimó la emigración neta en 325.875 personas entre 1990 y 1999, contra 460.829 personas entre 1950 y 1959, cuando la diáspora de la posguerra había llegado a su primer clímax. Prácticamente, 1 de cada 13 habitantes se mudó a EEUU durante la década de los 90. Aunque el éxodo al continente se ha acelerado, la inmigración a la Isla continúa sin tregua. Entre 1990 y 1998, según estimados de la Junta (2000), Puerto Rico recibió a 144.528 migrantes de retorno. Más



***El análisis
 de la migración
 boricua
 puede arrojar luz
 sobre discusiones
 recientes en torno
 de lo local y
 lo global, lo nacional
 y lo transnacional,
 lo colonial y
 lo poscolonial,
 como sitios
 de disputa
 de las identidades***

aún, miles de personas han realizado múltiples movimientos entre la Isla y el continente. En una encuesta reciente, encontré que casi 20% de los entrevistados había vivido afuera y regresado, mientras que otro 3% había ido y vuelto por lo menos dos veces (Duany 2001a). En suma, la migración puertorriqueña contemporánea se parece más a un flujo circular o pendular, a un movimiento de «puerta giratoria», que a una relocalización unilateral e irrevocable de personas.

Esta «nación en vaivén» puede servir como una metáfora apta para las identidades fluidas e híbridas de los puertorriqueños en la Isla y en EEUU. Por eso he escogido la imagen

como título de mi próximo libro (Duany 2002), para sugerir que ninguno de los criterios tradicionales de la nacionalidad –territorio, idioma, economía, ciudadanía o soberanía– es inmutable. Todos estos criterios están sujetos a constante fluctuación e intenso debate en Puerto Rico y su diáspora, aunque el sentido de pertenecer a un pueblo aparte de EEUU ha sido extraordinariamente tenaz. Contrario a las opiniones de algunos funcionarios públicos norteamericanos y puertorriqueños, sostengo que Puerto Rico es una nación, pero una nación en vaivén. Al hacerlo, propongo redefinir la nación, no como un Estado soberano bien delimitado, sino como una comunidad translocal basada en la conciencia colectiva de una historia, un idioma y una cultura compartidas. Más aún, Puerto Rico puede considerarse como una «colonia poscolonial» en el sentido de un pueblo con una identidad nacional muy fuerte, pero con pocos deseos de convertirse en Estado-nación, dentro de un territorio que legalmente «pertenece a, pero no es parte de EEUU» (v. Flores; Rivera Ramos). La definición jurídica de la Isla, ni estado de la Unión americana ni república soberana, ha creado una situación política ambigua, problemática y controvertida por más de 100 años. Paradójicamente esta condición intersticial, en vez de debilitarla, ha fortalecido la identidad nacional boricua.

No es necesario asumir una postura esencialista para reconocer que la inmensa mayoría de los puertorriqueños –dentro y fuera de la Isla– se imagina como parte de una comunidad más amplia que satisface todos los requisitos convencionales de la nacionalidad, excepto soberanía. Los ensayos más recientes sobre la construcción y representación de la puertorriqueñidad concuerdan en su

potencia, intensidad y popularidad (Dávila; Guerra; Morris; Rivera). Desgraciadamente, la mayoría de estos estudios se ha centrado en la Isla y ha soslayado cómo las identidades se transforman y reconstruyen en la diáspora (para excepciones a esta tendencia, v. Flores; Zentella). Sin embargo, el análisis de la migración boricua puede arrojar luz sobre discusiones recientes en torno de lo local y lo global, lo nacional y lo transnacional, lo colonial y lo poscolonial, como sitios disputados de las identidades culturales. Miles de puertorriqueños han desarrollado prácticas móviles de subsistencia que incluyen a varios lugares interconectados en la Isla así como en el continente norteamericano. Los que viven fuera hablan inglés y participan en la política estadounidense, y deben incluirse en las discusiones académicas y públicas sobre el futuro de Puerto Rico. Ellos forman parte integrante de una nación en vaivén.

En los últimos años, la metáfora de Puerto Rico como nación en vaivén ha adquirido connotaciones adicionales, especialmente a raíz del movimiento de paz para Vieques. Se trata de una isla-municipio, al este de la isla, que desde los años 40 es blanco de prácticas militares por la Marina de Guerra de EEUU. Desde abril de 1999, tras la muerte accidental del guardia de seguridad David Sanes Rodríguez, grupos ciudadanos de todas las afiliaciones políticas, clases sociales y denominaciones religiosas han reclamado el fin del bombardeo, la salida de la Marina y el regreso de las tierras ocupadas por ésta a los residentes. El 29 de julio de 2001, 68,2% de los electores viequeses votó porque la Marina abandonara inmediatamente la isla. Como resultado de esta prolongada lucha pacífica, la nación puertorriqueña se ha extendido simbólicamente más allá de la «isla grande» a «la isla nena» –como se conoce afectuosamente a Vieques–, así como a Culebra y otros territorios más pequeños del archipiélago boricua. Hoy, más que nunca, resulta apropiado hablar de *las islas* de Puerto Rico, especialmente si se incluye a Nueva York en la discusión. Un acontecimiento notable ha sido la participación activa de líderes de la diáspora en el movimiento de paz para Vieques. De este modo, la identidad nacional puertorriqueña se ha movido en dos direcciones principales –una corta distancia hacia Vieques y una larga distancia a través del «gran charco» del Océano Atlántico hasta el continente norteamericano. Por el momento, el discurso público sobre la nación se ha expandido más allá de los límites territoriales y las diferencias políticas tradicionales.

La nación en la diáspora

Dos preguntas básicas guían mi reflexión sobre la relación entre nación y migración en Puerto Rico. Primero, ¿cómo puede la mayoría de los puertorrique-

ños imaginarse como una nación, aunque muy pocos de ellos apoyen la creación de un nuevo Estado nacional? Abordo esta cuestión haciendo una distinción cuidadosa entre nacionalismo político –basado en la doctrina de que todo pueblo debe tener su propio gobierno soberano– y nacionalismo cultural –basado en la afirmación de la autonomía moral y espiritual de cada pueblo (v. Hutchinson). Mientras el nacionalismo político proclama la necesidad de Estados independientes, el nacionalismo cultural puede reconciliarse con varias formas de autodeterminación, como la libre asociación. Mientras la primera es una posición minoritaria en el Puerto Rico actual, la última es la ideología dominante del gobierno del Estado Libre Asociado, la elite intelectual y numerosas instituciones culturales en la Isla así como en la diáspora. La mayoría de los puertorriqueños hoy en día insiste en que pertenece a una nación aparte –validada a través de su participación ritual en despliegues internacionales de nacionalidad como las Olimpiadas y el concurso de Miss Universo. Al mismo tiempo, casi todos desean mantener su ciudadanía norteamericana, de manera que distinguen claramente entre el sentido legal y cultural de la nacionalidad, separando así el apareamiento que supone el propio término «Estado-nación».

Segundo, ¿cuál es el impacto cultural del éxodo masivo de puertorriqueños en las últimas cinco décadas? Sostengo que las comunidades diaspóricas forman parte de la nación puertorriqueña porque siguen vinculadas a la Isla mediante una intensa y frecuente circulación de personas, identidades y prácticas, así como capitales, tecnologías y mercancías. Por lo tanto, la nación puertorriqueña ya no puede circunscribirse a la Isla, ya que está constituida por dos fragmentos distintos pero densamente entretnejidos: el de Puerto Rico propiamente y el de las comunidades diaspóricas asentadas en EEUU continental. Las múltiples implicaciones de esta profunda dispersión territorial sobre las expresiones populares del nacionalismo, particularmente el nacionalismo cultural, aún no se han explorado cabalmente.

En mi libro de próxima publicación trazo el desarrollo de emblemas populares de puertorriqueñidad (tales como el jíbaro, el pequeño campesino de subsistencia) en la Isla y en la diáspora. Como resultado de la migración a gran escala, las imágenes más difundidas de la identidad nacional se han desterritorializado y transnacionalizado. Por ejemplo, la pava, el sombrero de paja típico del jíbaro, se despliega constantemente como un icono visual de puertorriqueñidad en EEUU, con frecuencia junto a la bandera monoestrellada. La pava resurge en los lugares más improbables, como las escuelas públicas de Brooklyn, los festivales folclóricos del Parque Central, el Desfile Puertorriqueño a lo largo de la Quinta Avenida en Nueva York y las exhibiciones etnográficas en el venera-

ble museo del Smithsonian en Washington, D.C. Otro ejemplo notable es la construcción de las casitas, pequeñas estructuras de madera que recuerdan las viviendas rurales de la Isla, en los terrenos abandonados del sur del Bronx y el Lower East Side de Manhattan (Aponte-Parés). Las casitas representan la reinención de una época pasada y un lugar idílico, rememorados nostálgicamente como una densa comunidad de parientes, amigos, vecinos y paisanos, antes de la llegada de la industrialización, la urbanización y la migración.

La diáspora ha movilizado los conceptos tradicionales de nación, cultura, idioma y territorio. Los movimientos poblacionales a través de divisiones geopolíticas han debilitado el nacionalismo político y ensanchado las identidades culturales en muchos países (Basch et al.). En Puerto Rico, cinco décadas de emigración ininterrumpida han desdibujado las fronteras territoriales y lingüísticas de la cultura nacional. Más aún, la extensión de la ciudadanía norteamericana a la Isla desde 1917 ha socavado las bases jurídicas para afirmar una identidad separada de EEUU (Rivera Ramos). Aunque los puertorriqueños carecen de su propia ciudadanía, poseen una conciencia muy clara de su afiliación colectiva. Cualquier definición futura de la condición política de la Isla tendrá que tomar en cuenta la creciente fuerza del nacionalismo cultural, así como la continua dispersión física de la gente a través de la diáspora.

***La diáspora
ha movilizado
los conceptos
tradicionales
de nación,
cultura,
idioma
y territorio***

Del colonialismo al transnacionalismo

El surgimiento del nacionalismo cultural de los puertorriqueños es sorprendente dada la larga historia colonial. Durante la primera mitad del siglo xx, el discurso colonial norteamericano negó sistemáticamente la existencia de una nacionalidad puertorriqueña. Parte de la lógica del gobierno de EEUU al ocupar la Isla fue precisamente su supuesta incapacidad para el gobierno propio y la ausencia de una identidad cultural bien definida (Thompson 1995). Para la mayoría de los funcionarios públicos norteamericanos, así como para numerosos viajeros, periodistas y estudiosos, Puerto Rico no estaba listo para la independencia después de 1898. Sus habitantes fueron retratados con frecuencia como seres inferiores racial y culturalmente a los colonizadores anglosajones en las ferias mundiales y exhibiciones de museos; en las cartas, diarios y libretas de los antropólogos norteamericanos; en revistas académicas y populares; en fotografías tomadas por profesionales y aficionados; y en los informes oficiales del censo. Tales formas textuales y visuales de representación proyecta-

ron una imagen paternalista de Puerto Rico como un paraíso tropical subdesarrollado, propicio para la inversión norteamericana y necesitado del tutelaje de EEUU (v. Duany 2002).

Después de la Segunda Guerra Mundial, como parte de una tendencia global hacia la descolonización, Puerto Rico obtuvo un mayor grado de autonomía de EEUU. En 1952, la gran mayoría del electorado insular apoyó el establecimiento del Estado Libre Asociado. Aunque esta fórmula autonómica no alteró los contornos básicos del colonialismo norteamericano, sí permitió la adopción del nacionalismo cultural como política estatal en la Isla. Desde mediados de la década de 1950, el Instituto de Cultura Puertorriqueña y otras agencias gubernamentales han promovido una iconografía nacionalista, basada en símbolos poderosos de la puertorriqueñidad como el idioma español, el patrimonio histórico, el jíbaro, el legado indígena y el arte popular de los santos católicos tallados en madera. Al igual que otras naciones, Puerto Rico ha elaborado su propio conjunto de mitos, memorias, ritos e imaginarios colectivos, tales como la bandera, el himno y el sello nacionales, así como la representación en eventos deportivos y concursos de belleza internacionales. Tales iconos se han difundido ampliamente en la Isla y en el continente, y han fortalecido el sentido de ser puertorriqueño a diferencia de americano. Su apego popular, sin embargo, no se ha traducido en un apoyo masivo a la independencia, ni siquiera a la libre asociación con EEUU. El nacionalismo cultural se ha divorciado prácticamente del nacionalismo político.

***Precisamente,
 a través de
 la migración
 masiva,
 los puertorriqueños
 se han convertido
 en miembros
 de una nación
 translocal o
 desterritorializada***

Después de la Segunda Guerra Mundial, como parte de una tendencia global hacia la descolonización, Puerto Rico obtuvo un mayor grado de autonomía de EEUU. En 1952, la gran mayoría del electorado insular apoyó el establecimiento del Estado Libre Asociado. Aunque esta fórmula autonómica no alteró los contornos básicos del colonialismo norteamericano, sí permitió la adopción del nacionalismo cultural como política estatal en la Isla. Desde mediados de la década de 1950, el Instituto de Cultura Puertorriqueña y otras agencias gubernamentales han promovido una iconografía nacionalista, basada en símbolos poderosos de la puertorriqueñidad como el idioma español, el patrimonio histórico, el jíbaro, el legado indígena y el arte popular de los santos católicos tallados en madera. Al igual que otras naciones, Puerto Rico ha elaborado su propio conjunto de mitos, memorias, ritos e imaginarios colectivos, tales como la bandera, el himno y el sello nacionales, así como la representación en eventos deportivos y concursos de belleza internacionales. Tales iconos se han difundido ampliamente en la Isla y en el continente, y han fortalecido el sentido de ser puertorriqueño a diferencia de americano. Su apego popular, sin embargo, no se ha traducido en un apoyo masivo a la independencia, ni siquiera a la libre asociación con EEUU. El nacionalismo cultural se ha divorciado prácticamente del nacionalismo político.

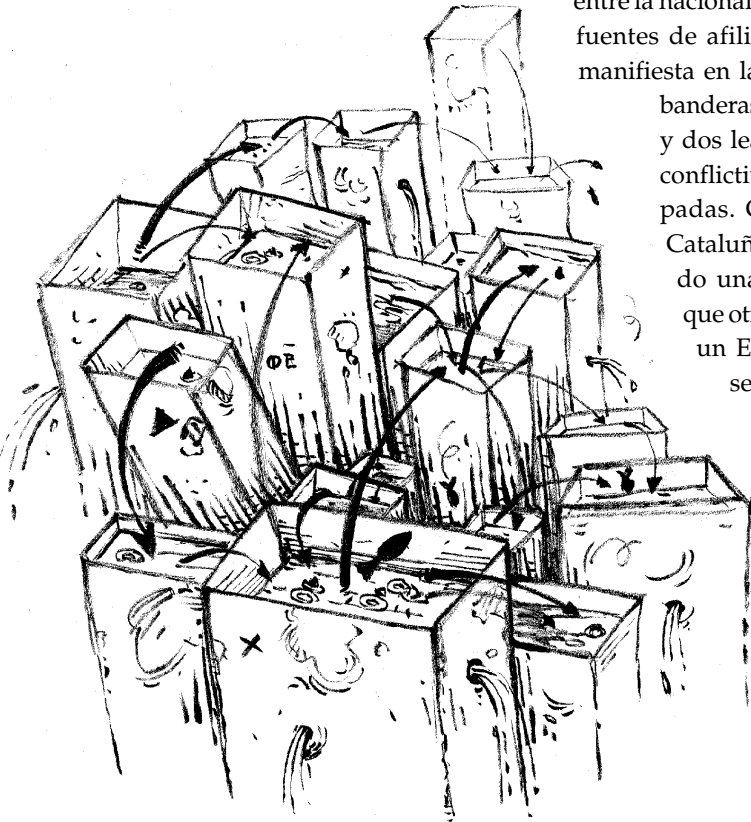
Uno de los impedimentos básicos para una ruptura radical con la condición jurídica actual de la Isla es la diáspora. Demográficamente Puerto Rico es una nación dividida, casi la mitad de sus miembros vive fuera del «territorio nacional». Desde principios del siglo xx, el gobierno insular auspició la emigración, primero a Hawai y otros países caribeños y luego hacia el continente norteamericano, como una válvula de escape para la sobrepoblación y el desempleo. Durante los años 40 y 50, los funcionarios públicos concibieron a los puertorriqueños en EEUU como «ciudadanos migrantes» que requerían asistencia, orientación y organización. Por décadas, los dirigentes del Estado Libre Asociado trataron a la comunidad puertorriqueña en el exterior como una extensión simbólica de la cultura insular, más que una entidad independiente con características propias. A su vez, los grupos comunitarios de la diáspora construyeron su

Uno de los impedimentos básicos para una ruptura radical con la condición jurídica actual de la Isla es la diáspora. Demográficamente Puerto Rico es una nación dividida, casi la mitad de sus miembros vive fuera del «territorio nacional». Desde principios del siglo xx, el gobierno insular auspició la emigración, primero a Hawai y otros países caribeños y luego hacia el continente norteamericano, como una válvula de escape para la sobrepoblación y el desempleo. Durante los años 40 y 50, los funcionarios públicos concibieron a los puertorriqueños en EEUU como «ciudadanos migrantes» que requerían asistencia, orientación y organización. Por décadas, los dirigentes del Estado Libre Asociado trataron a la comunidad puertorriqueña en el exterior como una extensión simbólica de la cultura insular, más que una entidad independiente con características propias. A su vez, los grupos comunitarios de la diáspora construyeron su

identidad primordialmente como puertorriqueña, aunque no aceptaron del todo el discurso tradicional de la puertorriqueñidad, especialmente su definición excluyente de la nación en términos lingüísticos y territoriales. Los que se mueven frecuentemente entre la Isla y el continente tienden a ser bilingües y biculturales, así como a ceñirse menos a una residencia permanente en uno u otro lugar, pero se sienten tan boricuas como los que nunca han emigrado de su país.

Mientras que el nacionalismo político ha decaído en la Isla, el nacionalismo cultural ha calado hondamente. A través de un amplio espectro de clases sociales, ideologías políticas y grupos raciales, la inmensa mayoría de los habitantes se identifica principalmente como puertorriqueños, no como caribeños, hispanos, latinos o americanos, a pesar de que reconocen los beneficios materiales y simbólicos de la ciudadanía norteamericana, tales como el acceso a programas sociales y derechos civiles garantizados por el Gobierno Federal (Morris; Rivera). A lo largo de este ensayo, he argumentado que los puertorriqueños afirman una recia identidad nacional, aunque pocos favorezcan la independencia para su país de origen. En su vida diaria, muchos experimentan una profunda fisura

entre la nacionalidad y la ciudadanía como fuentes de afiliación colectiva, según se manifiesta en la disyuntiva de tener dos banderas, dos himnos, dos idiomas y dos lealtades divididas, a veces conflictivas, frecuentemente solapadas. Como Québec, Escocia o Cataluña, Puerto Rico sigue siendo una nación sin Estado, más que otra minoría étnica dentro de un Estado imperial. Como ha señalado el historiador César Ayala (carta al autor, 11/3/2001), el caso puertorriqueño sugiere que «la idea de la nación debe entenderse no como un Estado nacional organizado territorialmente, sino como un nuevo fenómeno translocal».



Precisamente, a través de la migración masiva, los puertorriqueños se han convertido en miembros de una nación translocal o desterritorializada «cuyos bordes fluctúan entre el archipiélago de Puerto Rico y su diáspora en EEUU» (Laó, p. 171; traducción mía). Entre los inmigrantes latinoamericanos más recientes en EEUU, incluyendo mexicanos, cubanos y dominicanos, solo los puertorriqueños insisten en llamarse simplemente puertorriqueños, en vez de puertorriqueños-americanos, ese término híbrido que muy pocos utilizan para designarse a sí mismos. Este dato habla mucho del persistente reclamo de una identidad basada en el origen nacional y del rechazo enfático de la etnicidad como modelo de asimilación semejante a la de otros grupos de inmigrantes (como los irlandeses americanos o los judíos americanos). Muchas representaciones contemporáneas de la puertorriqueñidad en EEUU son visiones profundamente diaspóricas desarrolladas a partir de un nacionalismo a larga distancia, como lo llama Anderson (1992). A diferencia de Estados nacionales bien establecidos, Puerto Rico no puede imaginarse desde un lugar fijo como una comunidad soberana, atada exclusivamente a un solo territorio o una sola lengua, ni caracterizada por un sentido de profunda camaradería horizontal (Anderson, 1991). Más bien, es un país escindido geográfica, política, lingüística y culturalmente entre la Isla y su diáspora. Hoy en día, pocos puertorriqueños pueden imaginar su nación aparte de alguna forma de asociación permanente con EEUU, ya sea como estado de la Unión, como Estado Libre Asociado culminado o como república asociada.

¿El caso puertorriqueño es único o sugiere «lecciones» más amplias? Indudablemente, la Isla es una de las pocas colonias en el mundo actual. En América Latina, Puerto Rico es el único país (con la excepción parcial de Cuba) que no organizó un movimiento de liberación nacional exitoso contra España, su antigua metrópoli. Incluso en su contexto caribeño inmediato, la dependencia insular de EEUU resulta anómala a partir del movimiento de descolonización iniciado en la región desde la década de 1960. A diferencia de otras partes del mundo (pienso en Europa del Este o el Medio Oriente), donde el nacionalismo político y el separatismo étnico han resurgido con enorme vitalidad, Puerto Rico ha experimentado una creciente integración económica y política con su metrópoli actual. Comparada con otras diásporas latinoamericanas y caribeñas, a primera vista la boricua parece excepcional porque tiene lugar dentro de las fronteras geopolíticas de EEUU.

Al mismo tiempo, el dilema puertorriqueño resuena con las luchas de otros pueblos sometidos. La condición colonial de la Isla sugiere comparaciones con otros territorios dependientes del Caribe, como las Antillas holandesas y fran-

cesas, y del Pacífico, como Guam y la Samoa americana. Desde 1898, los discursos coloniales sobre Puerto Rico se desarrollaron bajo el marco del «archipiélago imperial» norteamericano, incluyendo a Cuba, las Filipinas y Hawai (Thompson 1998). Además, las imágenes americanas de los puertorriqueños como «los otros» compartían buena parte de la «retórica del imperio», común al colonialismo británico y francés en África y Asia (Duany 2001b; Spurr). Las expresiones simbólicas de resistencia local al dominio estadounidense –tales como la afirmación de una «personalidad» puertorriqueña, independientemente de la continua penetración política y económica de EEUU, o la supuesta superioridad moral de los valores insulares sobre los extranjeros– son típicas de movimientos anticoloniales en el llamado Tercer Mundo (Chatterjee). Por añadidura, la creciente brecha entre el nacionalismo político y el cultural no es un fenómeno exclusivamente puertorriqueño: ha recurrido en varios momentos y lugares de la época contemporánea, como Canadá, Gran Bretaña y España (Hutchinson). Sin insinuar que Puerto Rico represente tendencias idénticas en otros países, me aventuraría a plantear que la Isla aglutina muchas fuerzas paralelas y a veces contradictorias, como el nacionalismo y el transnacionalismo, la desterritorialización y la reterritorialización, la identidad y la alteridad.

*Las comunidades
diaspóricas
frecuentemente
desarrollan
representaciones
de la identidad
diferentes
del canon
nacionalista
dominante*

Conclusión

Repensar la perseverancia de la identidad puertorriqueña contra viento y marea ofrece nuevas pistas sobre la relación entre los discursos coloniales, nacionales y transnacionales. Mi análisis sugiere que el nacionalismo político tiende a debilitarse con la constante transgresión de las fronteras nacionales mediante la migración a gran escala y el surgimiento de un nuevo tipo de nacionalismo (llamado cultural, *lite* o neonacionalismo). Las comunidades diaspóricas frecuentemente desarrollan representaciones de la identidad diferentes del canon nacionalista dominante, al subrayar sus lazos familiares, afectivos y culturales con el país de origen, más que sus límites lingüísticos y territoriales. El nacionalismo cultural puede resultar una ideología más útil que el separatismo político cuando gran parte de la población de un país se ha hecho transnacional. El nacionalismo cultural puede ayudar a adelantar los múltiples intereses económicos y políticos de varios sectores de una sociedad transnacional, tales como los intelectuales, los políticos, los empresarios y aun los trabajadores migrantes, sin necesidad de establecer un Estado aparte. De tal manera, el colonialismo, el

nacionalismo y el transnacionalismo pueden coexistir, aunque sea incómodamente, al mismo tiempo y en el mismo lugar, tal y como lo hacen en el Puerto Rico contemporáneo.

Ningún país en la historia reciente ha atravesado por un desplazamiento poblacional más prolongado y masivo que Puerto Rico. De manera parecida a Irlanda durante la segunda mitad del siglo XIX, Puerto Rico exportó casi la mitad de sus habitantes actuales a EEUU desde la Segunda Guerra Mundial. A diferencia de Irlanda y otros países emisores de migrantes europeos a principios del siglo XX, la Isla ha recibido un número creciente de migrantes de retorno desde los años 60, así como un gran influjo de extranjeros procedentes de países latinoamericanos como República Dominicana, Cuba, México y Colombia. Algunos autores han planteado tal aceleración del nomadismo –una constante dislocación y relocalización de pueblos, prácticas, imaginarios e identidades– como uno de los momentos definitorios de la era global, transnacional o posmoderna (Chambers). Independientemente de cómo se le llame, representar a las naciones en vaivén resulta una tarea intelectual difícil. En mis investigaciones, he explorado algunos enfoques alternos a la relación entre nación, migración e identidad, al movilizar el objeto de análisis a través del tiempo y el espacio, así como abordándolo desde diversas perspectivas metodológicas e identificando múltiples actores sociales y posiciones ideológicas. Aunque aún falta mucho por hacer en el campo de los estudios transnacionales, queda claro que las identidades nacionales fluyen y al mismo tiempo persisten a través de muchos tipos de bordes, tanto territoriales como simbólicos.

Referencias

- Alvarez-Curbelo, Silvia y María Elena Rodríguez Castro (eds.): *Del nacionalismo al populismo: cultura y política en Puerto Rico*, Huracán, Río Piedras, 1993.
- Anderson, Benedict: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2ª ed., Verso, Londres, 1991.
- Anderson, Benedict: *Long-Distance Nationalism: World Capitalism and the Rise of Identity Politics*, Center for Asian Studies, Amsterdam, 1992.
- Aponte-Parés, Luis: «Pequeñas patrias: Appropriating Place in the American City», ponencia presentada en la Segunda Conferencia de la Asociación de Estudios Puertorriqueños, San Juan, 26-29 de septiembre de 1996.
- Basch, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton-Blanc: *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Gordon and Breach, Nueva York, 1994.
- Burnett, Christina Duffy y Burke Marshall (eds.): *Foreign in a Domestic Sense: Puerto Rico, American Expansion, and the Constitution*, Duke University Press, Durham, 2001.
- Chambers, Iain: *Migrancy, Culture, Identity*, Routledge, Londres, 1994.
- Chatterjee, Partha: *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, 2ª ed., University of Minnesota Press, Minneapolis, 1995.

- Chavez, Linda: *Out of the Barrio: Toward a New Politics of Hispanic Assimilation*, Basic Books, Nueva York, 1992.
- Dávila, Arlene M.: *Sponsored Identities: Cultural Politics in Puerto Rico*, Temple University Press, Filadelfia, 1997.
- Duany, Jorge: «'Irse pa' fuera': los modos de vida móviles de los migrantes circulares entre Puerto Rico y los Estados Unidos» en *Temas: cultura, ideología, sociedad*, La Habana, 2001a, en prensa.
- Duany, Jorge: «Portraying the Other: Puerto Rican Images in Two American Photographic Collections» en *Discourse* vol. 23 N° 1, 2001b, pp. 119-153.
- Duany, Jorge: *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002, en prensa.
- Flores, Juan: *From Bomba to Hip Hop: Puerto Rican Culture and Latino Identity*, Columbia University Press, Nueva York, 2000.
- Guerra, Lillian: *Popular Expression and National Identity in Puerto Rico: The Struggle for Self, Community, and Nation*, University Press of Florida, Gainesville, 1998.
- Hutchinson, John: «Cultural Nationalism and Moral Regeneration» en John Hutchinson y Anthony D. Smith (eds.): *Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 1994, pp. 122-131.
- Junta de Planificación de Puerto Rico: «Migración de retorno en Puerto Rico» en *Informe económico al gobernador*, 1999, Junta de Planificación de Puerto Rico, San Juan, 2000, pp. 1-16.
- Junta de Planificación de Puerto Rico: «Movimiento de pasajeros entre Puerto Rico y el exterior. Años fiscales», Junta de Planificación, Programa de Planificación Económica y Social, Subprograma de Análisis Económico, San Juan, 2001, manuscrito inédito.
- Kerckhof, Erna: *Contested Belonging: Circular Migration and Puerto Rican Identity*, Universidad de Utrecht (Holanda), 2000, tesis doctoral.
- Laó, Agustín: «Islands at the Crossroads: Puerto Ricanness Traveling between the Translocal Nation and the Global City» en Frances Negrón-Muntaner y Ramón Grosfoguel (eds.): *Puerto Rican Jam: Essays on Culture and Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997, pp. 169-188.
- Morris, Nancy: *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity*, Praeger, Westport, 1995.
- Negrón-Muntaner, Frances y Ramón Grosfoguel (eds.): *Puerto Rican Jam: Essays on Culture and Politics*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1997.
- Rivera, Angel Israel: *Puerto Rico: ficción y mitología en sus alternativas de status*, Nueva Aurora, San Juan, 1996.
- Rivera Ramos, Efrén: *The Legal Construction of Identity: The Judicial and Social Legacy of American Colonialism in Puerto Rico*, American Psychological Association, Washington, D.C., 2001.
- Rodríguez, Clara E.: «Puerto Rican Circular Migration Revisited» en *Latino Studies Journal* vol. 4 N° 2, 1993, pp. 93-113.
- Schiller, Nina Glick, Linda Basch y Cristina Szanton-Blanc (eds.): *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered*, New York Academy of Sciences, Nueva York, 1992.
- Spurr, David: *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Duke University Press, Durham, 1993.
- Thompson, Lanny: *Nuestra isla y su gente: la construcción del «otro» puertorriqueño en «Our Islands and Their People»*, Centro de Investigaciones Sociales y Departamento de Historia, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1995.
- Thompson, Lanny: «'Estudiarlos, juzgarlos y gobernarlos': conocimiento y poder en el archipiélago imperial estadounidense» en Consuelo Naranjo, Miguel A. Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds.): *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Doce Calles, Madrid, 1998, pp. 685-694.
- Torre, Carlos Antonio, Hugo Rodríguez Vecchini y William Burgos (eds.): *The Commuter Nation: Perspectives on Puerto Rican Migration*, University of Puerto Rico Press, Río Piedras, 1994.
- Zentella, Ana Celia: *Growing Up Bilingual: Puerto Rican Children in New York*, Blackwell, Malden, 1997.

Diversidad étnica en el planeta Banco

Cosmopolitismo y transnacionalismo en el Banco Mundial

Gustavo Lins Ribeiro

Hacer investigación en un «centro físico de la cultura transnacional», en este caso el Banco Mundial, me permitió explorar empíricamente cuestiones relacionadas con distintos tópicos del campo de estudios sobre transnacionalismo, globalización y cosmopolitismo. En el Banco Mundial es hegemónico un sistema de ideas vinculado al ejercicio de poder, una «ideología global» formada por las fuerzas homogeneizadoras de la estructura burocrática, de la ideología del desarrollo, de la lengua y de la educación, y por la relación entre estas fuerzas y distintos momentos de expansión y (re)estructuración del sistema mundial.

Una las diferencias entre antropólogos y otros científicos sociales se refiere a la importancia que le damos a la investigación de campo, esto es, al punto de vista y las experiencias de las personas directamente involucradas en las realidades que queremos entender. Hacer investigación en un «centro físico de la cultura transnacional» (Hannerz), en este caso el Banco Mundial (BM), me permitió explorar empíricamente cuestiones relacionadas con distintos tópicos del campo de estudios sobre transnacionalismo, globalización y cosmopolitismo.

Gustavo Lins Ribeiro: profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad de Brasilia; autor de *Capitalismo transnacional y política hidroenergética en la Argentina* (publicado en Brasil, 1991; en EEUU, 1994; y en Argentina, 1999). Sus últimas publicaciones, entre otras: «Cybercultural Politics. Political Activism at a Distance in a Transnational World» en S. Alvares, E. Dagnino y A. Escobar (eds.): *Cultures of Politics / Politics of Cultures*, Westview Press, 1998; y *Cultura e Política no Mundo Contemporâneo*, Editora da Universidade de Brasilia, Brasilia, 2000.

Palabras clave: transnacionalización, etnicidad, elites, tendencias, Banco Mundial.

Nota: Agradezco a Larissa Adler Lomnitz, de la Universidad Nacional Autónoma de México, las correcciones a la traducción de este texto. Una versión previa fue publicada en Daniel Mato (comp.): *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires, Clacso, 2001, pp. 103-118.

Existen regiones, instituciones y personas que son portadoras de los procesos de globalización o están expuestas a ellos de maneras diferentes. Así, un primer procedimiento metodológico se refiere: a) a definir el escenario más apropiado para realizar una investigación antropológica sobre transnacionalismo, globalización y cosmopolitismo; y b) a la toma de conciencia de que son procesos disyuntivos de interconexiones entre varias dimensiones altamente complejas. La interpretación de Appadurai (1990, 1991) sobre la economía cultural global como resultante de relaciones disyuntivas entre diferentes «panoramas» es altamente instrumental para mis objetivos. Ella supone una variedad de perspectivas de acuerdo con las posiciones de los actores y sus capacidades de agencia. Supone igualmente una distribución y eficacia desiguales del ejercicio de poder de estos mismos actores y agencias operando en cinco dimensiones interrelacionadas y responsables de la creación de escenarios y prácticas globales y transnacionales (tecnopanoramas, finanzapanoramas, mediapanoramas, ideopanoramas y etnopanoramas). Esta herramienta analítica es particularmente eficiente para mi análisis del BM como uno de los centros más importantes de producción y difusión de ideologías y regulaciones globales, cuando se la cruza con otra noción, desarrollada para comprender la complejidad cambiante que resulta del desdoblamiento histórico de la integración del sistema mundial: la segmentación étnica del mercado de trabajo (Wolf 1982). Esta noción ofrece una perspectiva clara sobre la estructuración de realidades socioeconómicas y políticas en el nivel macro, como el mercado de trabajo de un Estado-nación, o sobre unidades de análisis más circunscritas, como el mercado de trabajo interno de una corporación. También provee un universo antropológico para ubicar las identidades cambiantes de los actores sociales en el marco de sistemas interétnicos de magnitudes y características variables creados por procesos históricos y económicos. ¿Cómo evolucionó la segmentación étnica del Banco?; ¿cuáles son los principales grupos étnicos representados en su personal?; ¿cuáles son las relaciones entre la presencia de determinados segmentos étnicos y procesos más amplios de globalización?; ¿estaría en formación, en el BM, una cultura global?; ¿qué tipo de cosmopolitismo puede existir en una burocracia global que es considerada como «El Vaticano del desarrollo internacional» (Rich, p. 195).

*Existen regiones,
instituciones y
personas que son
portadoras
de los procesos
de globalización
o están expuestas
a ellos de maneras
diferentes*

Investigar sobre una agencia multilateral grande y poderosa no es fácil; con frecuencia su personal teme hablar con extraños. Sin embargo, me fue útil combinar el abordaje etnográfico clásico con el uso de internet. Empecé primero

con personas del Banco que conocía, quienes a su vez me presentaron a otros funcionarios. Después, usé la guía de direcciones del BM donde los nombres y cargos están listados, para mandar correos a los funcionarios que ocupaban puestos estratégicos para mis propósitos. Muchos no contestaron mis mensajes, pero quienes lo hicieron fueron entrevistados en la sede en Washington. También recolecté datos publicados sobre la historia del BM y sobre la evolución de su segmentación étnica, un material que permitía una descripción más cuantitativa. El presente etnográfico del texto se refiere a una investigación que empecé en los últimos meses de 1996 y concluí en enero de 1998.

Segmentación y homogeneidad en una institución global

El Grupo Banco Mundial (GBM) está formado por cinco «instituciones multilaterales de desarrollo que son propiedad de los gobiernos miembros a quienes deben rendir cuenta» (World Bank Group 1994): el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo - BIRD (empezó a operar en 1946); la Corporación Financiera Internacional - CFI (1956); la Agencia Internacional de Desarrollo - AID (1960); el Centro Internacional para la Solución (Settlement) de Disputas de Inversiones - Cisdí (1966); y la Agencia de Garantías de Inversiones Multilaterales - AGIM (1988). En el BIRD, la agencia originaria y la más grande del grupo, se realizó la mayor parte de la presente investigación. En 1997, cuando Bosnia y Herzegovina se unieron al BIRD, 180 países eran dueños de su capital¹.

Grupo Banco Mundial. Cantidad de miembros (julio de 1997)

Nº de miembros	BIRD 180	ADI 159	CFI 172	AGIM 141	Cisdí 128
Países miembros en julio de 1997					

Los gobiernos «ejercen su función de propietarios a través de un Directorio de Gobernadores en el cual cada país miembro está representado individualmente. Todos los poderes del Directorio de Gobernadores, con pocas excepciones, fueron delegados a directores ejecutivos nombrados o elegidos por los gobier-

1. «De acuerdo con sus *Articles of Agreement*, solo países miembros del Fondo Monetario Internacional (FMI) pueden ser considerados para integrar el BIRD. La participación en el capital del BIRD se relaciona con la cuota de cada país miembro en el FMI, definida en forma que refleje el poder económico relativo del país» (World Bank Group 1996, p. 6).

nos miembros» (World Bank Group 1994). El poder de voto de un país refleja la magnitud de su participación en el capital del Banco. Al interior del BIRD, hay una distinción entre un grupo poderoso de cinco directores ejecutivos, que representan a Alemania, Estados Unidos, Francia, Japón y Reino Unido (con un poder total de voto de 37,55%) y los otros países que, con la excepción de Arabia Saudita, China y Federación Rusa, están organizados en grupos de varios miembros que eligen sus representantes en la Dirección Ejecutiva. Por ejemplo en 1996, un grupo formado por Afganistán, Argelia, Ghana, Irán, Marruecos, Paquistán y Túnez tenía 2,14% de poder de voto y a un paquistaní como su representante (World Bank Group 1996, p. 225).

Cuadro 1

**BIRD - Participación en el capital y poder de voto
(junio de 1996)**

País	Acciones	%	Votos	%
Estados Unidos	264.969	17,70	265.219	17,20
Japón	93.770	6,26	94.020	6,10
Alemania	72.399	4,84	72.649	4,71
Francia	69.397	4,63	69.647	4,52
Reino Unido	69.397	4,63	69.647	4,52
China	44.799	2,99	45.049	2,92
Canadá	44.795	2,99	45.045	2,92
India	44.795	2,99	45.045	2,92
Italia	44.795	2,99	45.045	2,92
Rusia	44.795	2,99	45.045	2,92
Arabia Saudita	44.795	2,99	45.045	2,92
Total		56,00		54,57

Fuente: The World Bank: Annual Report, 1996, pp. 178-181.

La historia y el poder de la institución en los procesos de globalización crearon una realidad sociopolítica y una geografía únicas. Said y Escobar mostraron las relaciones entre la creación de una geografía, de un orden mundial, y el poder. Para Said, la invención de una geografía con sus clasificaciones propias es típica del ejercicio de poderes imperiales. Se puede decir, con Herzfeld (p. 110), que la «creación y mantenimiento de sistemas de clasificaciones ha ... caracterizado siempre al ejercicio del poder en sociedades humanas». Las clasificaciones producen con frecuencia estereotipos útiles para sujetar a las personas a través de simplificaciones que justifican la indiferencia a la heterogeneidad. La segmentación étnica del mercado de trabajo del BM está íntimamente asociada a la historia del sistema mundial desde la Segunda Guerra Mundial. En sus primeros años, fue básicamente una institución anglosajona. Era común contar

La segmentación étnica del mercado de trabajo del BM está íntimamente asociada a la historia del sistema mundial desde la Segunda Guerra Mundial

entre sus funcionarios con personas que habían salido de las decadentes administraciones coloniales británicas, francesas y holandesas (Kraske et al.), personas que también tenían experiencia en tratar con elites y nativos de países «subdesarrollados». En los años 60 y 70, el Banco aumentó y diversificó su alcance global, con diferentes consecuencias en el perfil de su personal. Pero fue solamente en los años 90 que se convirtió en una institución global en sentido verdadero. El final de la Unión Soviética y del «socialismo real» abrió un periodo de «globalización real», esto es, la incorporación de las antiguas «economías centralmente planificadas» a las economías capitalistas y de mercado. En una publicación de 1994 (*Aprendiendo del pasado, abrazando el futuro*), realizada con motivo de los 50 años del BM, este cambio fue claramente reconocido y aclamado:

La membresía en el Grupo del Banco es ahora casi universal, lo que impone una responsabilidad única sobre la institución. Ella tiene que ser capaz de responder a los diversos desafíos en todo el globo. Con más de 120 nacionalidades representadas en su personal (contra 20 en 1951), está bien ubicada para responder a esta diversidad (p. 14).

En 1996 este número había aumentado a 136 nacionalidades. Pero en vista de la fuerza homogeneizante del organigrama, la jerarquía, la lógica burocrática y la ideología desarrollista del Banco, ¿cuál es, en verdad, la intensidad de esta diversidad interna de la institución?

Hay diferentes modos de reclutamiento y líneas que dividen la fuerza de trabajo del BM. Al 30 de junio de 1997, 8.671 personas trabajaban para el GBM: 6.265 eran personal fijo y regular; 1.371 consultores de largo plazo; y 1.035 temporales². Pero el mercado de trabajo también está dividido en dos grandes segmentos que reflejan directamente la diferenciación política interna propia del Banco, la cual a su vez es una función de las diferencias de poder político y económico internas del sistema mundial. Ellos son los llamados personal de la Parte 1 y de la Parte 2. La Parte 1 está formada por dos conjuntos de «países donantes» –Alemania, Canadá, EEUU, Francia, Italia, Japón, Reino Unido– y «Otros Parte 1». La Parte 2 está compuesta por solicitantes de préstamos y deudores del resto del mundo, agrupados a su vez en cuatro grandes «áreas geo-

2. Estos números no incluyen «nombramientos de personal local en el exterior, directores ejecutivos y asistentes ejecutivos, consultores de corto plazo con tareas menores a seis meses de duración, y contratistas» (World Bank Group 1997, p. 1)



gráficas»: Africa, Asia, Europa Parte 2 y el hemisferio occidental³. En junio de 1997 había 3.381 funcionarios en la Parte 1 y 2.884 en la Parte 2. Un sistema de gradación atraviesa a estos segmentos y los divide en tres categorías: niveles 11-17; niveles 18 y más; y niveles 26-31 (estatus senior). La distribución tiende a ser la siguiente: cuanto más alto se esté en la jerarquía, menor es la participación de funcionarios de países de la Parte 2. Así, en la camada 18-31 (con la excepción de los niveles 19 y 20) el personal de la Parte 1 está presente en mayor cantidad (World Bank Group 1997, A-2), conformando 60,6% del total: 26,2% de ellos son norteamericanos, sin duda el grupo más grande, seguido por 7,3% de británicos y 2,3% de japoneses (A-3).

3. «Otros Parte 1» incluye a Africa del Sur, Australia, Austria, Bélgica, Dinamarca, Emiratos Arabes Unidos, Federación Rusa, Finlandia, Holanda, Irlanda, Islandia, Kuwait, Liechtenstein, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelanda, Portugal, Sin Estados, Suecia, Suiza. Otras agrupaciones geográficas políticamente importantes en el BM son la Africa subsahariana, la Liga Arabe y la Unión Europea.

Gráfico 1

**Puestos de trabajo por nacionalidad
 Primeros 10 países**

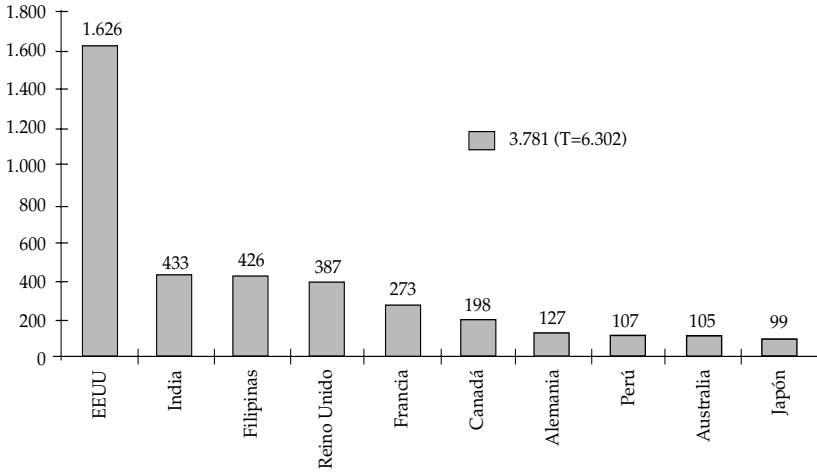
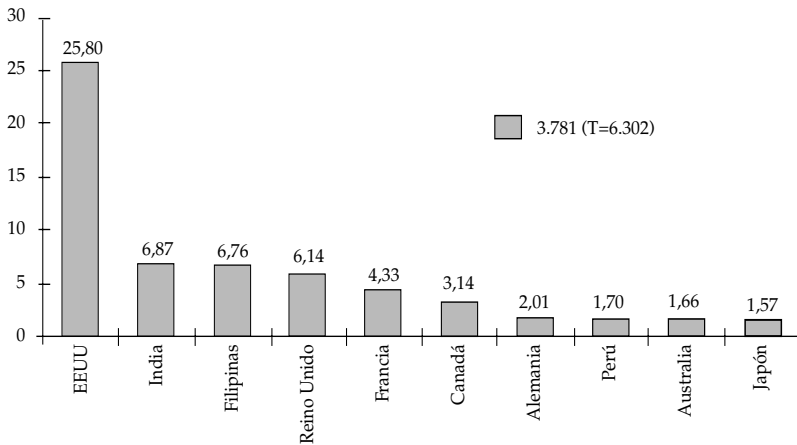


Gráfico 2

**Puestos de trabajo por nacionalidad
 Primeros 10 países (%)**



Otra distinción importante es aquella entre los empleados que son ciudadanos norteamericanos, los que tenían *Green Card* antes de trabajar para el Banco, y los expatriados. Estos últimos integran la fuerza de trabajo más grande. Los

expatriados también reciben beneficios especiales tales como viajes pagos a sus países y educación subsidiada para sus hijos, con el objetivo de mantener las culturas originales. Sin embargo, a pesar del uso ocasional de la diversidad cultural de la institución para facilitar negociaciones con clientes extranjeros, los funcionarios que entrevisté siempre se referían a la americanización de los expatriados y lamentaban que el Banco no aprovechara su diversidad interna.

Idealmente la segmentación étnica del personal debería reflejar la cantidad de acciones que un determinado país posee. Pero no es esto lo que realmente ocurre. Por ejemplo, entre los cinco países más poderosos en el Banco, en 1996 EEUU con 17,20% del poder de voto estaba sobrerrepresentado: ocupaba 25,80% de la fuerza de trabajo total. Lo mismo se aplica para el Reino Unido, que tenía 4,52% del poder de voto y 6,14% de la fuerza laboral. Japón, por otro lado, estaba altamente subrepresentado: tenía 6,10% del voto y una participación laboral de apenas 2,01%. Alemania estaba en la misma situación: 4,84% de voto y 2,01% de fuerza de trabajo. El único país en este grupo con una posición equilibrada era Francia (4,52% de voto y 4,33% de trabajos). Cuando incluimos otros países además de los cinco más poderosos, vemos que la relación entre poder político-económico y la segmentación étnica del Banco es mucho más complicada. En 1996, los 10 mayores segmentos internos en el Banco eran, en orden, norteamericanos, hindúes, filipinos, británicos, franceses, canadienses, alemanes, peruanos, australianos y japoneses.

En 1996, con un poder de voto de 2,92%, India estaba en el segundo lugar después de EEUU, proveyendo 6,87% de la fuerza de trabajo. La posición de la India podría ser parcialmente explicada por el hecho de que durante muchos años ha sido el mayor deudor del BM. Pero México y Brasil, otros dos deudores relevantes, carecen de una gran participación en la fuerza laboral. Más sorprendente es ver a las Filipinas, con solo 0,46% de votos y una participación de 6,76% del total de 6.302 funcionarios. Más aún, de los 426 funcionarios filipinos, 375 (88%) son mujeres, un número que no refleja la situación prevaleciente en el GBM, donde 3.214 mujeres forman 51% de la fuerza de trabajo. Es verdad, sin embargo, que «cuanto más cerca llegamos a los niveles operacionales y decisorios, menor es la participación de las mujeres». Esta varía de 91% de mujeres en el grupo de apoyo administrativo a 14,3% entre los gerentes («At A Turning Point. New Opportunities for Gender Equality in the World Bank Group», 3/1997, documento de trabajo interno del Banco). También es excepcional la presencia de peruanos entre los 10 segmentos étnicos más grandes. Con 0,36% del poder de voto, los peruanos representan el 1,66% de la fuerza de trabajo.

Como resultado de su poder político-administrativo, los niveles más altos del Banco están en manos de norteamericanos y europeos occidentales (63,6%). Estas son características importantes de la segmentación del mercado de trabajo. Nos fuerzan a buscar explicaciones diferentes a las propuestas administrativas formales de la institución. Tras la estructuración del mercado de trabajo del BM hay muchas causas. La segmentación de la fuerza de trabajo debe ser comprendida considerando factores como los siguientes: el formato institucional del Banco con sus demandas; su historia como agencia multilateral líder en la cuestión del desarrollo; su ubicación en EEUU; la historia de diversas ideologías administrativas, económicas y políticas; las diferentes redes construidas en el tiempo al interior de la institución; el papel que juega el inglés como el *créole* del sistema mundial; y las diferentes dinámicas de muchos mercados de trabajo nacionales que definen si los salarios del BM son competitivos o no en el escenario global.

Es notable la preeminencia de naciones de lengua inglesa o de países que antes fueron parte del imperio británico o del norteamericano. Seis de ellos (Australia, Canadá, EEUU, Filipinas, India, Reino Unido) están entre los 10 segmentos internos más grandes del BM y comprenden 50,37% de su fuerza de trabajo. Hablar inglés es la habilidad individual más importante que una persona debe tener para trabajar en el Banco, un hecho que ciertamente crea la apariencia de una comunidad «desbabelizada». Sin embargo, los muchos acentos del inglés son índices de la complejidad de su esfera pública profesional y de una ambigüedad que prevalece en la construcción de las identidades de los funcionarios. De muchas maneras el personal del BM comparte las mismas contradicciones, ambigüedades y ansiedades típicas de las identidades fragmentadas de migrantes inter o transnacionales (Ribeiro 1994, 1995). En última instancia ninguna institución, global o no, puede operar como una Torre de Babel. Esta es la razón por la cual las estructuras burocráticas y administrativas construyen regularidades organizacionales y jerárquicas. Después de la racionalidad burocrática, el factor unificador de la diversidad global y cultural más poderoso es de orden lingüístico; fuera del mundo de habla inglesa esta lengua es frecuentemente hablada por elites nacionales, y este factor lingüístico implica una selección elitista en la formación del mercado de trabajo del Banco.

La educación formal es el tercer gran factor que necesitamos considerar. Aquí, de nuevo, encontramos un abordaje altamente selectivo. Personas de varias partes del mundo son más valoradas si se formaron en universidades europeas o norteamericanas. Un funcionario señaló que, de quienes conocía, un colega africano que había estudiado en Oxford era la persona más cosmopolita y ele-

gante. Otro dijo: «alguien puede ser brillante y provenir de una universidad 'x' que nadie conoce, y si al mismo tiempo llega un mediocre de Stanford, se contratará a la persona de Stanford».

Una explicación común de los comparativamente pocos japoneses en el Banco, considera que los profesionales calificados frecuentemente pueden acceder a mejores sueldos en su propio país, pero también considera la influencia de factores culturales: «es más difícil para los japoneses vivir en Washington D.C. que para los europeos». El ciclo de desarrollo del grupo doméstico también puede determinar si una persona está dispuesta a convertirse en un expatriado en Washington o no. Si una familia tiene hijos chicos o en la universidad, es más probable que acepte mudarse al extranjero. Por otro lado, familias con adolescentes raramente se mudan a otros países.

Todos estos elementos sugieren que existen fuerzas en los niveles macro y micro que dan forma a un perfil más homogéneo de la fuerza laboral. De hecho, la dinámica existente en el mercado de trabajo segmentado en la sede del BM (unificado por fuerzas tales como la estructura jerárquica burocrática), parece operar más en la dirección de un personal homogéneo que lo contrario. Los gerentes obedecen a preceptos definidos por ideologías desarrolladas en escuelas de administración de empresas, sin embargo, a pesar de la influencia de las ideologías gerenciales norteamericanas, y en forma secundaria de las europeas, así como de la influencia del emplazamiento del BM en EEUU, no puede ser visto como una institución norteamericana.

Aquí tenemos una mezcla de administración gerencial norteamericana (más individualista, creo) y europea (más colectiva, a ellos les gusta trabajar en grupos). Los tipos de beneficios que tenemos son más parecidos a los de los europeos. Nuestras vacaciones anuales son de 26 días, lo que es más de lo que los americanos tienen. Esto también se refleja en las reuniones. Nosotros operamos más con el consenso, es una cultura del consenso. Pero entonces está la manera alemana de ser; si tienes a un alemán en la reunión, él querrá saber explícitamente cuál fue la decisión antes de que todos abandonen la sala. El Banco, sin embargo, no sabe cómo aprovechar esta diversidad. La gente es llevada a ser como los otros miembros del personal que conocieron (varón norteamericano).

Sí, el Banco Mundial es un banco muy diverso, tanto cultural como espiritualmente. Me gusta trabajar en este tipo de ambiente como le gusta a muchos de mis colegas. Siento que es un ambiente muy rico en donde uno puede aprender sobre otras culturas sin salir de EEUU. Es un ambiente maravilloso para cualquiera que quiera estar empleado. Se puede decir que es tipo Naciones Unidas tanto en términos del personal como de las personalidades que uno encuentra (mujer musulmana).

Esta es una cultura organizacional. Una cultura que puede ser caracterizada como de competencia ya que las personas son altamente competitivas; pero es también una cultura de protección. El Banco protege mucho a su personal. Tiene muchos programas para ellos: danza, música, deportes, yoga, etc. Esto difiere mucho de una institución norteamericana. Es un mundo en sí mismo. Una persona viene de otro país, vive en Washington, pero cuando llega aquí entra a una institución que no está organizada en términos de normas norteamericanas (mujer centroamericana).

Muchos comparten esta visión del BM como una experiencia del tercer tipo. Dado que se trata de un lugar donde es rutina la interacción con personas de distintos países y culturas, el Banco no tiene un ambiente típicamente norteamericano ni coincide con las experiencias nacionales previas. Ser y no ser una institución norteamericana agrega más complejidad y ambigüedad a nuestro escenario.

Interetnicidad, heterogeneidad y política de identidad

En un espléndido día de mayo, la presencia masiva del BM en el corazón del centro de Washington no puede pasar desapercibida. Cerca del edificio principal del Banco, ubicado en la calle H, una multitud goza del cálido sol de primavera durante la hora del almuerzo. Más que los trajes, vestidos elegantes y gafetes de los visitantes, llama la atención la diversidad del grupo. Se trata de una elite política y administrativa de diferentes países que probablemente participa de una de las muchas reuniones internacionales promovidas por el Banco. Las aceras de Washington se transforman en un escenario representativo de la di-

***El personal del BM
 está siempre
 viajando en
 «misiones»,
 algo que incrementa
 la circulación de
 una elite mundial***

versidad racial y étnica del planeta: aquí hay un escandinavo, aquel con certeza es latinoamericano, allí hay africanos y asiáticos de distintos orígenes.

Al cruzar los portones de seguridad y el lobby con sus numerosas banderas y llegar a la cafetería, en el edificio del Banco vuelve a aparecer la diversidad cultural. Esta vez la comida sintetiza la cultura global en un ambiente que insinúa la arquitectura de algún *shopping-center* de lujo. «Marriot Cafeterías» sirve desayunos, botanas y almuerzos. De nuevo, una geografía única se presenta en el menú. Los comensales pueden elegir casi 150 ofertas representativas de las cocinas norteamericana, indoafricana, mediterránea, de la costa del Pacífico, latina y europea. Alas de pollo al estilo Buffalo, guisado de carne y banana, carne de carnero molida con menta, curry de pollo, espinaca al estilo Málaga, guisado de carne al estilo tunecino, couscous, sushi, arroz de jazmín, quesadillas, fajitas de camarones, escalopas turcas con mostaza tarragona, papas delmonico, fueron algunas de las muchas opciones ofrecidas durante una semana de enero de 1998.

Satisfacer al gusto propio es un deseo que los expatriados del BM comparten con otros migrantes. Otro punto en común es el papel que la cultura tiene como principio organizativo alrededor del cual los funcionarios realizan un gran ri-

tual integrador de los distintos segmentos étnicos internos del Banco. Durante la Semana del Personal, generalmente organizada en la primavera, las asociaciones de los funcionarios presentan orgullosamente sus «culturas» ante sus colegas de otras nacionalidades. Pese a la importancia que este ritual pueda tener en la creación de una *communitas* y de un sentido de «we are the World Bank», la diferenciación cultural y sus vulnerabilidades permanecen como problema central en un medio donde la diversidad está siempre presente. Existen, sin embargo, maneras más pragmáticas de lidiar con esta situación.

El Banco tiene su propia red global de comunicación sirviendo a 47 «oficinas de campo» en más de 160 países en los que su personal reside. Sin embargo, las llamadas telefónicas, correos electrónicos, faxes y teleconferencias no son suficientes para mantener la sinergia de esta red global. El personal del BM está siempre viajando en «misiones», algo que incrementa la circulación de una elite mundial. Como otras instituciones globales/transnacionales, el BM tiene un marco institucional para lidiar con sus muchos expatriados y con las necesidades de viajes del personal en general. Aquí se incluyen, por ejemplo, un Servicio de Información sobre Salud para el Viajero, Servicios de Mudanza, Oficina de Servicios de Visas Norteamericanas y una Oficina de Intercambio con Extranjeros. Recursos Humanos mantiene un Centro de Aprendizaje y Liderazgo que ofrece entrenamiento en inglés y otros idiomas, y también tiene un Centro de Informaciones Breves sobre Países. Su Laboratorio de Lenguas y Comunicación enseña cursos básicos en más de 40 lenguas, e inglés como segundo idioma. El Centro de Informaciones Breves sobre Países es «una oficina de recursos y referencias» diseñada para proveer «información específica sobre una determinada nación para el personal que viaja al exterior o que esté considerando un nombramiento en el extranjero» (World Bank Group 1998, pp. 4-38)⁴.

El impacto sobre las familias de los viajes y de las mudanzas al exterior también representa una gran preocupación para la institución. El Centro de Recursos del Trabajo y de la Familia tiene consejeros para el cuidado de los niños y para el cuidado de los ancianos, Oficina Inmobiliaria, Oficina de Consejeros para la Escuela y un Centro para la Carrera del Cónyuge. El problema del trabajo del cónyuge es considerado como el más serio de todos para el personal.

4. La colección de este Centro cubre los siguientes asuntos: «costumbres de negocios y etiqueta social; orientación del país (historia, cultura, clima, geografía); desarrollos recientes y tendencias; servicios de salud, seguridad y emergencia; hoteles, restaurantes y vida nocturna; actividades de turismo y descanso; libros de referencia; guías de *insights*, culturgramas, informes y notas de *background*, visitas por video y *kits* de supervivencia lingüística; información esencial para aquellos que permanecerán en un país en nombramientos de corto o largo plazo» (World Bank Group 1998, pp. 4-38).

La tasa de divorcios, muy alta, es supuestamente fuera de lo común. Cónyuges, calificadas/os o no, pueden no encontrar empleo en Washington. La inestabilidad creada por los viajes frecuentes (no es raro que una persona viaje 120 días o más al año) y por la exposición de los miembros de la familia a la diversidad cultural y étnica representan un gran estrés para los grupos domésticos de los funcionarios del BM. El precio de ser miembro de una elite global puede ser el sacrificio de la vida familiar en el altar de los intereses capitalistas transnacionales.

Como sabemos, los gerentes ven la segmentación del mercado de trabajo a través de los lentes de la razón instrumental, usando categorías clasificatorias tales como «expatriados», «trabajadores temporales», «consultores», «países Parte I (donantes) y Parte II (deudores)». Funcionarios de China y de India, por ejemplo, tienden a pensar esta segmentación en términos geocivilizatorios, a través de la dicotomía Occidente/Oriente, mientras que funcionarios de Africa y del Caribe la conciben en términos racistas, a través de la dicotomía negros/otros. Pese al estilo aparentemente cosmopolita y objetivo de las interacciones profesionales, los estereotipos abundan:

Los americanos están siempre apurados. Ellos quieren mostrar que lo saben todo. En reuniones, por ejemplo, como las que tengo con frecuencia con dinamarqueses, peruanos, paquistaníes y gente de otras nacionalidades, los americanos siempre hablan primero. Cuando me preguntan alguna cosa, yo digo: no tengo una opinión todavía; tengo que pensarla más. Pero los americanos rápidamente reconocen que están equivocados y cambian de opinión. Tenemos que cambiar hasta la manera de hablar. Por ejemplo, si hablamos de la manera en que estamos charlando ahora, sonaría demasiado suave, poco profesional y quién sabe si muy dudosa. Tengo que llenar mis pulmones, hablar más fuerte, rápido y más directamente, de forma mal educada. Lo que los americanos llaman «assertive» para mí es pura falta de educación (mujer brasileña).

De hecho, la política de la identidad es un problema cotidiano en el sistema interétnico del BM y termina influyendo en la formación de grupos de interés entre los funcionarios, un fenómeno típico de grandes organizaciones burocráticas (Wolf 2001). Hay varias asociaciones dedicadas a promover y defender los intereses del personal, por ejemplo: Asociación Baha'í del BM y del FMI, Club Africa, Club Arabe, Club Conexión Brasileña, Asociación Caribeña, Asociación del Personal Chino, Asociación Filipina, Club de la India, Sociedad del Personal Musulmán, Forum de Desarrollo Económico de Sri Lanka, y Asociación del Personal Turco. Todas las asociaciones de funcionarios comparten los mismos objetivos. Luchan para promover sus culturas nacionales, regionales o diaspóricas, algo similar a muchas otras asociaciones voluntarias de migrantes en otros contextos. Lo que está en juego es la capacidad de ejercer poder sobre la propia imagen al interior del sistema interétnico del Banco, la necesidad de garantizar igual acceso a oportunidades y flexibilidad para las identidades cul-

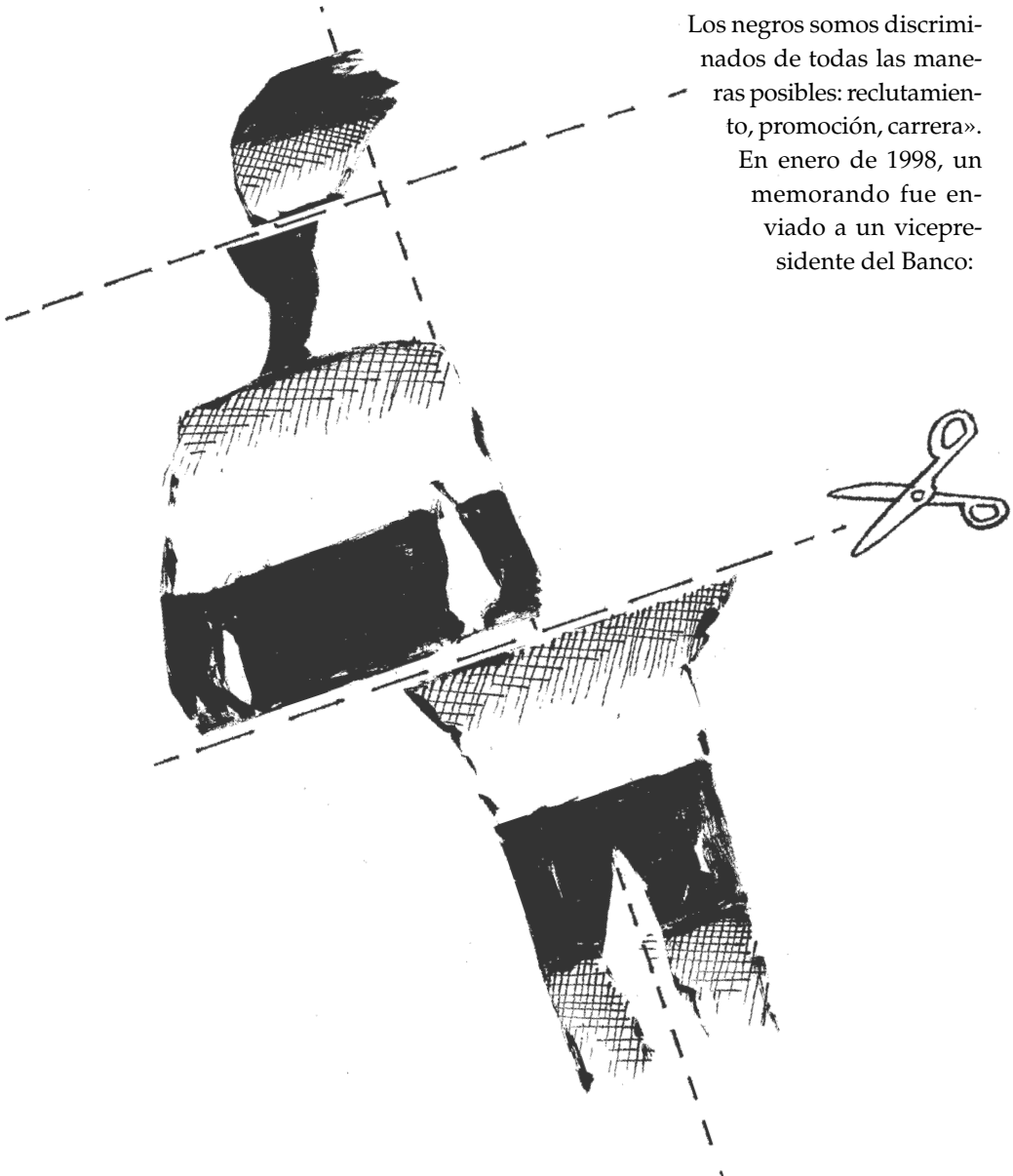
turales, étnicas y religiosas, así como una necesidad de proporcionar solidaridad interna y la integración de diferentes segmentos étnicos a través de rituales como fiestas, cenas y eventos artísticos.

Los funcionarios negros son los más sensibles al prejuicio en el BM. Un funcionario negro me dijo que consideraba al Banco como «un club de Bretton Woods, un club de hombres blancos. Lo van a compartir contigo porque los tiempos

cambiaron, pero no quieren transformarse en minoría.

Los negros somos discriminados de todas las maneras posibles: reclutamiento, promoción, carrera».

En enero de 1998, un memorando fue enviado a un vicepresidente del Banco:



En la página de julio del Calendario de 1998 publicado por su departamento, hay una fotografía de una mujer africana cargando a un niño blanco en sus espaldas. Muchos de los africanos que vieron esta fotografía me llamaron en el curso del día para expresar su rabia y profunda desaprobación. Ellos se sintieron insultados y enojados por esta imagen negativa de África y de nuestras mujeres trabajadoras. Personalmente, estoy muy contrariado por la falta de sensibilidad y respeto del editor de ese documento que permitió que una imagen tan negativa de un cliente del Banco apareciera en una publicación del BM. Mis compañeros merecen una explicación y una disculpa.

El pasaje siguiente, parte de una entrevista con un miembro de la Sociedad de Funcionarios Musulmanes, ilustra otros reclamos:

Tenemos una gran población de personal musulmán aquí en el Banco. Estimo que la proporción hombres/mujeres es de cerca de 10/3. Recibimos, generosamente, dos salas para hacer nuestras oraciones, a pesar de que son compartidas con los que hacen meditación y yoga. Esperamos conseguir un espacio mayor. Esto todavía está por suceder por falta de espacio en general. Yo también intenté ver si podríamos tener comida *halal* para aquellos que somos musulmanes ortodoxos. Sin embargo no fue factible para el Banco, lo que puedo comprender. Si usted conoce la comida *halal*, los musulmanes sacrificamos al animal de una cierta manera y pronunciamos el nombre de Alá mientras lo matamos para bendecir al animal. A las mujeres se les permite que se cubran con vestidos islámicos. No nos causan ningún problema y últimamente veo más mujeres cubiertas como yo. Creo que es mejor para la sociedad.

La Asociación Filipina del GBM y del FMI, fundada en 1978, es un claro ejemplo de una institución dedicada a congregar a los funcionarios bajo la bandera de una identidad nacional y una cultura comunes. En un boletín, la Asociación se define como «una gran organización basada en su comunidad en el área metropolitana de Washington. La Asociación organiza un amplio abanico de actividades educacionales, culturales y de caridad –desde conferencias informativas a conciertos de música y ayuda para afectados por desastres» (*Samahan*). Desde su creación, promueve seminarios sobre cuestiones filipinas con académicos y políticos del archipiélago, conciertos, bailes, cenas, picnics, espectáculos de cine, competencias, etc. En colaboración cercana con otras organizaciones, la Asociación continúa ofreciendo

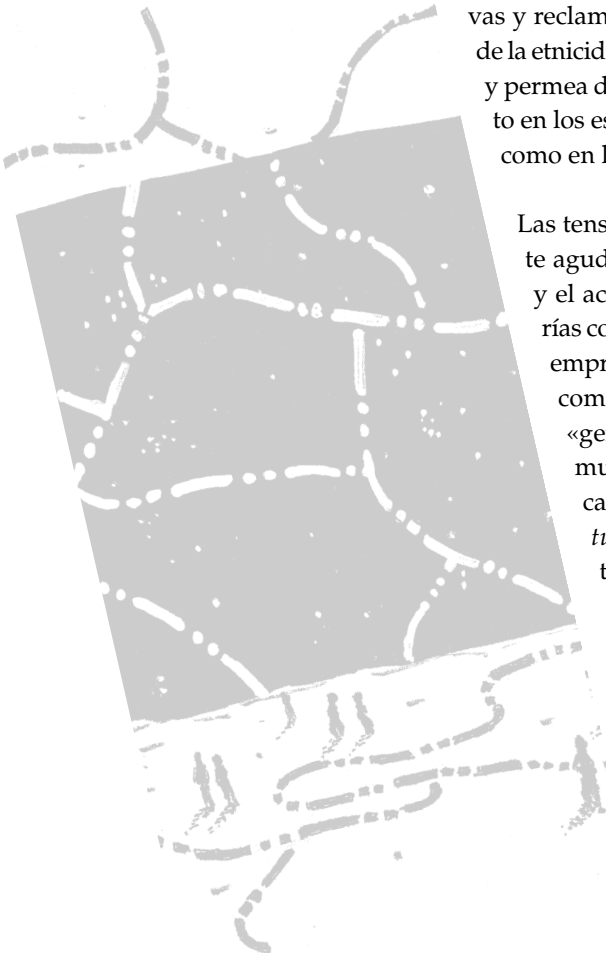
un canal de comunicación para los funcionarios filipinos del Banco y del Fondo. Es una máxima aceptada que una comunidad política informada es la mejor comunidad política. Así asumimos que una comunidad informada de filipinos en las dos instituciones estaría en la mejor posición de cuidar sus intereses sea como nacionales de las Filipinas o como inquilinos de la calle 19 (Coronel).

De hecho, organizaciones étnicas y culturales son también organizaciones políticas. En el Banco estas asociaciones frecuentemente juegan el papel de intermediarias entre el personal de distintas nacionalidades y la administración superior. Disputas y reclamos pueden ser llevados a un director ejecutivo que represente los intereses de un país en el más alto nivel de administración dentro del Banco. Algunas veces son reclamos sobre la subrepresentación del personal. Los funcionarios africanos, caribeños y chinos, por ejemplo, sienten que están subrepresentados en la institución. Las relaciones interétnicas frecuentemente se traducen en alianzas o tensiones entre la Dirección Ejecutiva del

Banco (con su rotatividad y sus representaciones e intereses nacionales) y el personal permanente. Es interesante que la Dirección Ejecutiva, un órgano directamente vinculado con los intereses de la administración del sistema mundial, sirva también como una instancia donde son contemplados los intereses étnicos y nacionales. Como en otras situaciones de segmentación étnica, la relación entre semejanza y diferencia está delimitada por estructuras objetivas de poder que pueden jugar papeles aparentemente contradictorios.

Está claro que: a) a pesar de emplear a personas de más de 130 países, el BM no tiene una política efectiva sobre su diversidad cultural/étnica –muy por el contrario, el discurso que prevalece es homogeneizante, basado en educación, profesionalismo y adhesión a la ideología del desarrollo; b) bajo la apariencia de una comunidad cosmopolita e integrada persisten muchas tensiones; c) el poder unificador de la lengua (inglés), de la educación y de la jerarquía administrativa, no destruye la variación de perspectivas y reclamos sobre el Banco; d) la propensión de la etnicidad a mezclarse con la política resurge y permea distintas cuestiones y demandas tanto en los escalafones altos de poder del Banco, como en los inferiores.

Las tensiones interétnicas son especialmente agudas en relación con las promociones y el acceso a posiciones de poder. En teorías contemporáneas de administración de empresas, estas tensiones están encaradas como un problema de comunicación, de «gerenciamiento de fuerzas de trabajo multiculturales» dentro del creciente campo de la «administración *cross-cultural*», esto es del tipo de conocimiento que los *global managers* necesitan para sobrevivir y sobresalir en un ambiente globalizado y transnacionalizado (Adler). Bajo esta perspectiva, la diversidad cultural se transforma en un patrimonio mientras sea comprendida como una forma particular de facilitar la producción de ganancias



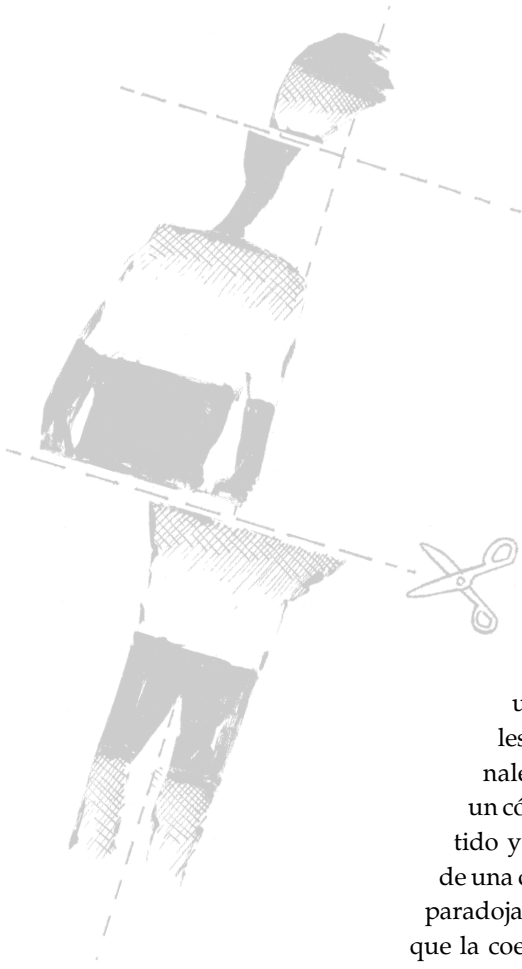
en el capitalismo transnacional. Cultura se transforma en una «tecnología gerencial de intervención en la realidad» (Barbosa, p. 135).

Consideraciones finales

Según Hannerz (p. 103) el espíritu cosmopolita es «una orientación, una voluntad de involucrarse con el Otro» que «implica una apertura intelectual y estética hacia experiencias culturales divergentes, una búsqueda por contrastes más que por uniformidades». En el BM, el cosmopolitismo existe como una ideología que juega papeles distintos y muchas veces contradictorios. Por un lado, implica la aceptación de la otredad, pero esta tendencia se desarrolla en un ambiente altamente controlado. Hasta cuando viajan a una «misión» en el exterior, los funcionarios tienden a estar entre ellos mismos o con elites políticas y administrativas locales, que son como ellos, que comparten ideologías universalistas como el desarrollo y la lógica de la dominación burocrática. Sus experiencias son comparables a aquellas de la mayoría de los turistas: la visita a un lugar sin la exposición a ambientes exóticos no controlados. Por otro lado, el cosmopolitismo es una herramienta de supervivencia en una estructura burocrática que tiene que enfrentarse con la diversidad que en verdad no promueve.

Al igual que otras situaciones en las cuales la diversidad está organizada por una estructura política totalizante, en el BM la diversidad parece estar simplificada a través de nociones normativas genéricas que guían a las personas, informándoles sobre el comportamiento adecuado. Esto se ve claramente en el BM, donde la exposición a la diferencia es controlada por mecanismos institucionales. En Washington, el ambiente burocrático del Banco, con sus jerarquías y rituales cotidianos de interacciones formales, disuelve la heterogeneidad de los funcionarios, homogeneizándolos a través de operaciones de la razón instrumental y de la racionalidad burocrática. En la capital norteamericana y en el exterior, los funcionarios se encuentran con miembros de elites nacionales que, como ya decía Steward, son al mismo tiempo una elite internacional; personas que de muchas maneras se parecen a ellos y que representan una elite transnacional en formación. En este sentido, el personal del BM no es «cosmopolita». Por lo contrario, son participantes de «culturas transnacionales» que «tienden a ser culturas ocupacionales más o menos claramente definidas (y frecuentemente ligadas a mercados de trabajo transnacionales)» (Hannerz, p. 106).

Es interesante que la diversidad étnica y nacional en esta institución global dependa de fuerzas políticas e iniciativas de personas que ocupan sus escalafones más bajos, así como los más altos. Los grupos étnicos que están subrepre-



sentados o que trabajan principalmente como personal de apoyo luchan por una mayor diversidad. Los directores ejecutivos de distintos países también quieren ver crecer el número de sus compatriotas. De hecho, en el BM las tensiones entre fuerzas homogéneas y heterogéneas crean paradojas que demandan soluciones políticas. Hay agentes que promocionan el nacionalismo o que lo viven fuertemente dentro del sistema interétnico de la institución (como los hindúes o chinos de distintos orígenes que descubren la fuerza de pertenecer a un Estado-nación en arenas internacionales). Pero la promoción de intereses nacionales particulares depende de la existencia de un código de conducta «cosmopolita», compartido y necesario, que ayuda a la consolidación de una comunidad globalmente armonizada. Esta paradoja puede ser comprendida si consideramos que la coexistencia de distintos niveles de integración, o de articulación de muchos panoramas globales, ocurre con diferentes intensidades.

En suma, más que una «cultura global», en el BM es hegemónico un sistema de ideas relacionado con el ejercicio de poder, una «ideología global» formada por las fuerzas homogeneizadoras de la estructura burocrática, de la ideología del desarrollo, de la lengua y de la educación, y por la relación entre estas fuerzas y distintos momentos de expansión y (re)estructuración del sistema mundial. Todo ello indica que estamos frente a uno de los *locus* de creación de una clase transnacional. La mezcla de lealtades, o la naturaleza fractal de la representación de pertenencia a unidades socioculturales, fenómenos visibles entre los funcionarios del Banco, son siempre llevadas al paroxismo cuando las condiciones de la transnacionalidad (Ribeiro 2000) encuentran el medio adecuado para desarrollarse plenamente.

Bibliografía

- Adler, Nancy J.: *International Dimensions of Organizational Behavior*, South-Western College Publishing, Cincinnati, 1997.
- Appadurai, Arjun: «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy» en *Public Culture* N° 2, 1990, pp. 1-24.
- Appadurai, Arjun: «Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology» en Richard Fox (comp.): *Recapturing Anthropology. Working in the Present*, School of American Research Press, Santa Fe, 1991.
- Barbosa, Livia: *Igualdade e Meritocracia. A Etica do Desempenho nas Sociedades Modernas*, Fundação Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 2001.
- Coronel, Leandro: «The Association's Reason for Being» en *Samahan* vol. II, Washington, 1991, p. 3.
- Escobar, Arturo: *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1995.
- Hannerz, Ulf: «Cosmopolitans and Locals in World Culture» en *Transnational Connections*, Routledge, Londres-Nueva York, 1996.
- Herzfeld, Michael: *The Social Production of Indifference: Exploring the Symbolic Roots of Western Bureaucracy*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992.
- Kraske, Jochen, William H. Becker, William Diamond y Louis Galambos: *Bankers with a Mission: The Presidents of the World Bank, 1946-1991*, Oxford University Press, Oxford, 1995.
- Ribeiro, Gustavo Lins: *Transnational Capitalism and Hydropolitics in Argentina*, University Press of Florida, Gainesville, 1994.
- Ribeiro, Gustavo Lins: «Ethnic Segmentation of the Labor Market and the 'Work Site Animal'. Fragmentation and Reconstruction of Identities within the World System» en Jane Schneider y Rayna Rapp (comps.): *Uncovering Hidden Histories*, University of California Press, Berkeley, 1995.
- Ribeiro, Gustavo Lins: *Cultura e Política no Mundo Contemporâneo. Paisagens e Passagens*, Editora da Universidade de Brasília, Brasília, 2000.
- Rich, Bruce: *Mortgaging the Earth: The World Bank, Environmental Impoverishment, and the Crisis of Development*, Beacon Press, Boston, 1994.
- Said, Edward W.: «Empire, Geography, and Culture» en *Culture and Imperialism*, Alfred Knopf, Nueva York, 1994.
- Samahan. Newsletter of the World Bank-IFC/IMF Filipino Association*, 10/1993, Washington.
- Steward, Julian H.: *Theory of Culture Change. The Methodology of Multilinear Evolution*, University of Illinois Press, Urbana-Chicago, 1972.
- Wolf, Eric R.: *Europe and the People without History*, University of California Press, Berkeley, 1982.
- Wolf, Eric R.: «Kinship, Friendship, and Patron-Client Relations in Complex Societies» [1966] en *Pathways of Power: Building an Anthropology of the Modern World*, University of California Press, Berkeley, 2001.
- World Bank Group: *The Evolving Role of the World Bank. The First Half Century*, Washington, 1994.
- World Bank Group: *Learning from the Past, Embracing the Future*, The World Bank Group, Washington, 1995.
- World Bank Group: *Annual Report*, Washington, 1996.
- World Bank Group: *Annual Review of Human Resources FY 97*, The World Bank Group, Washington, 9/1997.
- World Bank Group: *The World Bank Group Directory*, The World Bank Group, Washington, 1/1998.

El enjambamiento cultural de los bolivianos en la Argentina

La migración y establecimiento de bolivianos es un fenómeno que forma parte de la historia del desenvolvimiento económico contemporáneo argentino. Sin embargo, esa dinámica sociodemográfica, comienza a reflexionarse como problemática sociológica en la década pasada. El presente ensayo pretende sugerir las bases del estado de la cuestión, introducir preguntas, formular algunas hipótesis y plantear diferentes puntos de vista para explicar el fenómeno en consideración a su estructuración formal, a su desarrollo histórico y a sus implicaciones culturales y políticas. Asimismo permite percibir el desenvolvimiento de la sociedad boliviana en el horizonte de los problemas que enfrenta el Cono Sur.

Alberto Zalles Cueto

Introducción

Por su volumen y persistencia en el tiempo, la migración de los bolivianos a la Argentina es un fenómeno social importante para los dos países involucrados, sin embargo su tratamiento como problemática sociológica tiene una construcción tardía.

Alberto Zalles Cueto: sociólogo boliviano, especializado en sociedad boliviana, campesinado y estratificación y movilidad social en las áreas rurales. Universidad Laval, Québec.

Palabras clave: inmigración, colonia boliviana, Argentina.

En Bolivia, el conocimiento de este proceso migracional proviene especialmente de reportajes periodísticos que no alcanzan a mostrar las estructuras profundas de la cuestión. En la prensa, el hecho se tornó relevante a raíz de las iniciativas de regularización de migrantes indocumentados encaradas por el gobierno argentino desde 1994. El Estado argentino estimaba, a la fecha, la presencia de cerca de 700.000 bolivianos «ilegales» quienes, cabe recalcar, forman parte de un mayor número de bolivianos instalados principalmente en Buenos Aires y en las provincias fronterizas del norte¹. De otro lado, estos emigrados son noticia cuando se conocen manifestaciones de violencia e intolerancia dirigidas contra ellos, aspecto que debe servir para reactualizar un debate que ensaya rendir cuenta de las causas del problema. En general el periodismo boliviano gusta tratar los conflictos de la vida cotidiana de los bolivianos en la Argentina y también los aspectos anecdóticos de la migración, sobre todo los relativos a las expresiones culturales y folclóricas. En lo que toca a la sociología boliviana, ésta apenas se ha preocupado del tema y si bien presenta estudios de caso específicos (Ardaya 1978, Cortés; Dandler/Medeiros; Hinojosa et al.), no ha generado todavía un enfoque longitudinal, global y una síntesis teórica.

A su turno, en la Argentina el tema es evitado por la prensa, pero ocupa un lugar relevante en el ámbito de las ciencias sociales y de la investigación académica, campo en cuya tradición la cuestión migratoria fue tempranamente privilegiada. La sociología argentina *desdramatiza* la migración de los bolivianos y la presenta como un hecho social inevitable, contradictorio y que forma parte del desarrollo socioeconómico y cultural del país (Almandoz; Benencia/Karasik; Pérez Vichich; Sassone 1987). Desde un ángulo valorativo, los estudios realizados proveen una visión positiva del boliviano destacando su capacidad de trabajo, anhelo de conocimiento para adaptarse a un sistema social diferente y su disponibilidad asociativa. Además, muestra las contradicciones de la integración con los conflictos que tienen los migrantes entre sí y con los miembros de la sociedad local. Un punto de partida de la socialización de la problemática fue la realización, en 1996, de las Jornadas de Reflexión sobre los Bolivianos en la Argentina, auspiciado entre otras instituciones por el Instituto Gino Germani (Universidad de Buenos Aires).

Dicho esto, quisiéramos introducir algunas preguntas, hipótesis y puntos de vista para contribuir a la construcción integral de la problemática, pues adver-

1. Las organizaciones de los residentes bolivianos estiman 2.000.000 de residentes en la Argentina, de los cuales 1.500.000 estarían asentados en Buenos Aires (Fidebol). Para el consulado boliviano la cifra es de 1.200.000 residentes.

timos que el fenómeno se presta para explicar la realidad boliviana en un horizonte más amplio: el de los problemas y cambios globales que enfrenta hoy la región continental. Asimismo, a través de esta migración se puede aprehender la interdependencia de los sistemas sociales implicados y, en cierta manera, repensar el Estado-nación. La aproximación analítica que proponemos considera centralmente los siguientes ejes de discusión: 1) la organización sociocultural de la migración y la dinámica de las redes sociales sobre las cuales se asienta y su historia; 2) las representaciones e invenciones culturales que generan los residentes bolivianos; 3) la autopercepción de los actores y las motivaciones por las cuales cambian de medio ambiente social, cultural y geográfico; y 4) desde una hermenéutica de la ecología humana, las conductas adaptativas de los actores, a la luz de los antecedentes del deterioro ambiental en su lugar de origen que ocasiona su expulsión, induciéndoles a la colonización de otros espacios. Este marco se sustenta con base en referentes empíricos provenientes de nuestras observaciones y entrevistas y a partir de los datos que ofrecen los estudios realizados sobre el tema.

*Es ilusorio
imaginar que
las políticas
de regulación
producirán
la contención
humana
en el país
de origen*

Redes sociales y reproducción de la migración

El traslado de bolivianos a la Argentina, como todo proceso migratorio, está asentado en redes sociales que reproducen ciclos migracionales a través de varias generaciones y que encadenan un conjunto de contactos y lazos entre los agentes sociales y entre el país de origen y el de destino. Es por ello ilusorio imaginar que las políticas de regulación producirán la contención humana en el país de origen, ya que la migración, a veces percibida como «ilegal» en el ambiente argentino (Sassone 1987), tiene sus propios mecanismos y estructuras reproductivas, que actúan con igual o mayor eficacia que los instrumentos de regulación institucionales y formales, enmarcándose dentro de un plan y un sentido que son producidos por los propios actores (Benencia 1997, p. 69). El objetivo primero de los migrantes es la búsqueda de bienestar económico y social, estimulado por la demanda laboral y por el relativo mejor estilo de vida del país receptor. Simultáneamente, los agentes sociales producen una estructura de relaciones que definen las formas del flujo humano y la apropiación del nuevo medio ambiente social y espacial, dando lugar a un verdadero sistema que sirve a la reproducción de la cultura y es canal y base para el traslado de nuevos migrantes (Anderson). En síntesis, las redes sirven para viabilizar el movimiento humano pero también para construir las infraestructuras y super-

estructuras que legitimarán el establecimiento de la población. De ahí que hablar de redes sociales como fundamento de la migración no significa solamente plantear una metáfora descriptiva, sino descubrir la estructura misma y las conexiones dinámicas entre el punto de origen y el de llegada, así como la continuidades sociales, culturales e históricas que despliegan los agentes. En otras palabras, como lo demuestran diferentes estudios, el boliviano no rompe definitivamente con su país y su experiencia está matizada por retornos temporales, acogida a nuevos migrantes, apoyo económico a sus parientes no emigrados, sentimiento de pertenencia a Bolivia, que se extiende hasta la segunda o tercera generación, y en la «endogamia» que cohesiona (Almandoz).

Además, la fortaleza del sistema reticular se expresa en la utilidad y funcionalidad que posee para la reproducción de la economía en la cual está comprometido el migrante. Los patrones de las empresas agrícolas del noreste argentino comprendieron esa dinámica, adaptándose a dichas redes sociales de los migrantes para reclutar, mantener, fijar y disciplinar la mano de obra agrícola, cuando las plantaciones demandaban la participación de los trabajadores bolivianos (Sala, p. 347).

Ausencia de oportunidades económicas y restricciones medioambientales

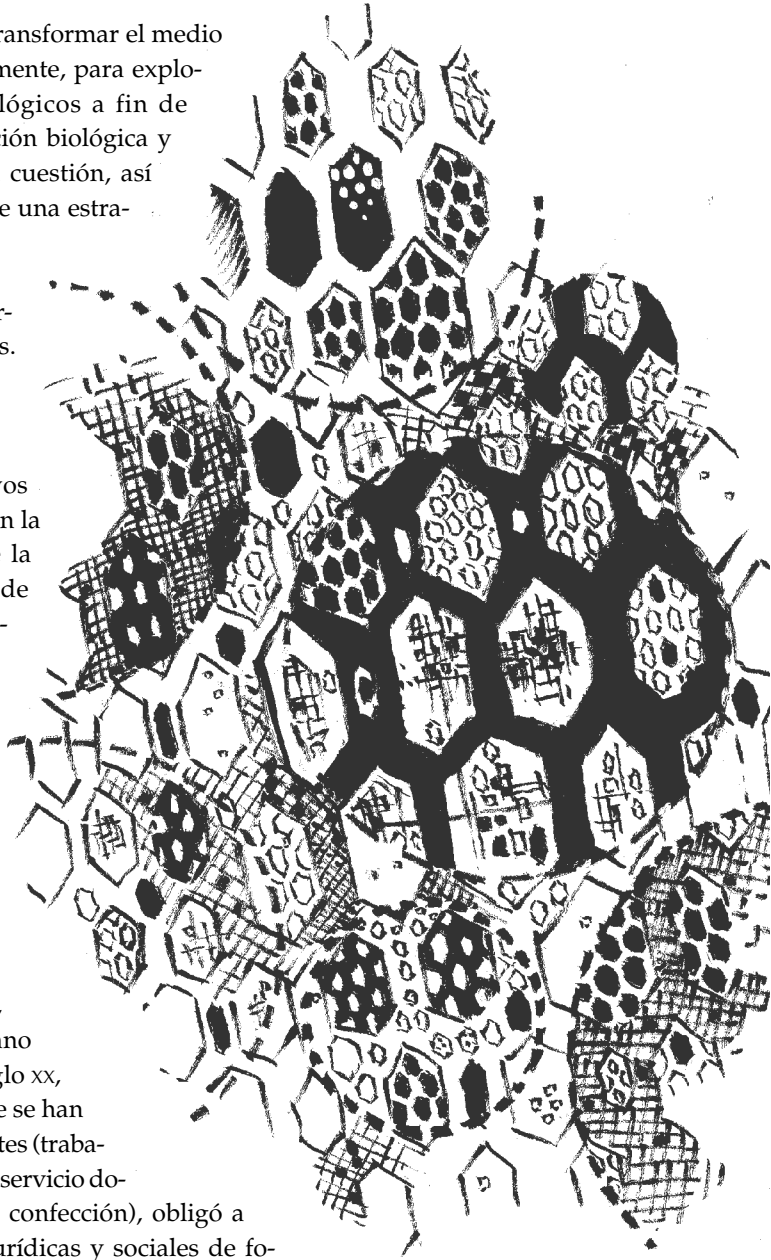
La débil oferta de oportunidades económicas, sociales y de promoción cultural en Bolivia es la condición primordial de la emigración; a ello se suman factores ecológicos y ambientales que merecen revisarse. Por ejemplo, la relación entre los impactos negativos que han sufrido los ecosistemas y el real potencial económico. La baja densidad demográfica en todo el territorio expresa ese desequilibrio (Pereira). Este tema no se soslaya en los análisis que se hicieron sobre las zonas de expulsión: en Ucureña, Cochabamba (Balán), y en los valles de Tarija (Hinojosa et al.). De ese modo, puestas al descubierto las restricciones medioambientales del país andino y los problemas demográficos que a ellas se asocian, el escenario en el que se intenta desarrollar la vida aparece insostenible y revela las desadaptaciones socioambientales². En respuesta, las dinámicas migracionales internas y sobre todo las orientadas hacia el exterior, se constituyen como proyectos socioculturales de búsqueda de recursos y de mejor calidad de vida. La cultura adaptativa, ante las dificultades medioambientales, responde con una mecánica de retroalimentación y ensayo constante para ex-

2. Los datos que ilustran la situación, según el Instituto Nacional de Estadísticas de Bolivia (INE), año 2000, son: densidad poblacional, 7,6 habitantes/Km²; esperanza de vida al nacer, 62,5 años; mortalidad infantil (0 a 5 años), 92/1.000.

pandir el hábitat, para transformar el medio ambiente o, alternativamente, para explorar nuevos nichos ecológicos a fin de facilitar la reproducción biológica y social. La migración en cuestión, así aprehendida, es más que una estrategia de sobrevivencia y deviene un proceso sociohistórico de transformación de las sociedades.

La paradoja argentina

Argentina, un país cuyos ideales y prácticas fueron la promoción explícita de la migración proveniente de Europa, tuvo que resignarse a aceptar y a reclutar mano de obra de los países limítrofes: Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay, desde la década de los 30 (Balán, p. 271; Pérez Vichich, p. 449), lo que derivó en ambiguos comportamientos sociales. Por un lado, el déficit crónico de mano de obra a lo largo del siglo xx, en actividades en las que se han especializado los migrantes (trabajo agrícola, construcción, servicio doméstico, industria de la confección), obligó a desplegar normativas jurídicas y sociales de fomento y estímulo para los migrantes limítrofes, como veremos luego; por el otro lado el Estado y la sociedad, en sus «crisis de soberbia nacionalista», manifestaron un fuerte rechazo a los migrantes de los países sudamericanos (Sarlo, p. 47). Con relación a los migrantes de origen boliviano,



existe resistencia a aceptarlos como parte de la nación argentina en tanto nueva población componente de su sociedad.

Sin embargo, la demanda laboral fue más fuerte que los prejuicios discriminatorios, y en ciertos momentos ayudó a subordinarlos, develando el espíritu modernizador que guió el desarrollo. Una prueba de eso es la constancia cíclica de las amnistías migratorias desde 1949, que se repitieron en 1958, 1964, 1974 y 1984 (Sassone 1987, p. 258). En esta continuidad es necesario percibir el proyecto de regularización de los bolivianos en la década de los 90 y en última instancia de su integración. Si nos adentramos un poco más en la actitud de la sociedad y del Estado argentinos respecto de los bolivianos, la integración es percibida como inevitable y a veces hasta promovida desde la institucionalidad estatal y desde la iniciativa de los actores económicos interesados en su participación productiva. Tres hechos pueden ilustrar esta visión. En primer lugar, en los años 60 fueron las empresas agrícolas del Noreste las que abogaron y facilitaron el establecimiento de los trabajadores de forma legal y permanente, obviamente para sujetar a los cosechadores a las grandes plantaciones; de paso, es importante añadir que esta legalización habría de tener un efecto sobre la progresión de la migración y la difusión de la población boliviana en todo el territorio argentino. En la década siguiente, con la mecanización en las plantaciones los cosechadores comienzan su marcha hacia el sur, hacia Buenos Aires y las provincias del interior susceptibles de brindarles empleos alternativos (Sassone 1987, p. 268). Un segundo hecho es que las empresas tabacaleras de la norteña provincia de Jujuy recurrieron a la *mediaría* para retener a la mano de obra y también para rentabilizar la producción compartiendo riesgos; por ese medio estimularon el asentamiento de los bolivianos³. Es de notar que la *mediaría* realizada en un contexto de libre mercado de la tierra y de institucionalización salarial, en el contexto capitalista argentino, brindó la posibilidad de capitalización para los *medieros* y la posterior adquisición de la tierra. Así, en 1970, en el área tabacalera jujeña, 48% de los *medieros* era de origen boliviano (Sala, p. 347). Junto a esa dinámica se puede añadir que las empresas tabacaleras, como Ledezma, proveyeron de lotes urbanos a los cosechadores y movilizaron al Estado para la construcción de viviendas para quienes estuvieran decididos a establecerse. Un tercer hecho, señalado por Benencia, se refiere al asesoramien-

3. La *mediaría* –en Bolivia se denomina «al partido»– es un arreglo contractual consustancial a las economías campesinas que consiste en la concesión de la explotación agrícola al trabajador campesino, por parte del propietario de la tierra, a condición de la obtención de un beneficio teórico de la mitad del rendimiento producido. La *mediaría*, que implica a gentes de origen boliviano, permanece vigente como instrumento para la expansión de las empresas hortícolas del norte argentino (v. Hinojosa et al., p. 37).

to técnico conseguido por los trabajadores agrícolas bolivianos residentes, los denominados *quinteros*, por poseer quintas productoras de hortalizas en el cinturón agrícola de Buenos Aires (1997, p. 82).

Ahora bien, el conjunto de imágenes que descubre la sociología de la inmigración es remarkable, pues provee otro punto de vista acerca de la relación establecida entre los bolivianos y la sociedad argentina, lo cual, sin duda, no debe hacernos olvidar la desigual distribución de los beneficios adquiridos y la precariedad social y laboral que baña al grueso de los migrantes y a los nuevos argentinos de origen boliviano. De otra parte, los hechos expuestos, nos invitan a retornar los ojos sobre la realidad boliviana, particularmente sobre la estructura agraria y sobre su economía campesina, para preguntarnos: ¿se puede establecer un marco completo de las motivaciones por las cuales los campesinos bolivianos y los bolivianos en general optan por trabajar en la Argentina?; ¿la acumulación económica, el acceso a la propiedad agrícola y la producción con técnicas modernas, logros de algunos bolivianos, constituyen elementos que permiten desmontar la imagen tradicionalista que se hace del hombre boliviano, del campesino?; ¿cuáles son los mecanismos estructurales y las condiciones que influyen en la conducta diferencial del migrante respecto a sus maneras de actuar en su lugar y situación de origen?

Dejando de lado esas interrogantes y considerando la evolución de las políticas migratorias proclamadas por el Estado argentino, su ambigüedad no se anida solamente entre la necesidad de la mano de obra y el espíritu discriminatorio, sino que también se desprende de un supuesto en el que vivió la Argentina: creer que el aumento poblacional era un requisito para la ocupación de su vasto territorio y para efectivizar su desarrollo. Hoy esa premisa está interpelada por las recientes concepciones demográficas, surgidas de la evaluación crítica medioambiental global y que proclaman que la gran cantidad de población no es condición primordial para el progreso y menos aún para la «sustentabilidad». Eso va a influir en el cambio de dirección de la política migratoria, orientándola hacia el control del crecimiento demográfico y hacia una regulación mucho más activa de los indocumentados. De ahí que las iniciativas argentinas, en el último periodo, aparezcan más interesadas en encontrar un camino de acción bilateral con el Estado boliviano⁴.

4. Como un efecto del interés de regularización que inició el gobierno argentino en 1994, el Estado boliviano mostró mejor disposición para comprometerse en la situación, aunque se limitó al pro-

Los movimientos migratorios obligan a redefinir constantemente los procesos de formación nacional

Los movimientos migratorios obligan a redefinir constantemente los procesos de formación nacional (Castañeda, p. 341) y muestran que las formaciones sociales no son acabadas o definitivas cultural, ideológica ni demográficamente (Pries). La continuidad de las acciones estatales tendientes a legalizar alrededor de 700.000 bolivianos puede ser un paso importante para la redefinición estatal, para la asimilación de los factores externos que intervienen en el cambio social, y para la comprensión de la interdependencia de los países de la región, en una época cuando las fronteras adquieren nuevas significaciones. En este sentido, Argentina no solo debe legalizar la población de origen boliviano que ha aportado con su trabajo al desenvolvimiento económico, sino además assimilarla, integrarla socialmente y garantizarle su promoción ciudadana. Sería aconsejable abandonar la idea de la boliviana como una población migrante, cosa que connota inestabilidad; al contrario, es necesario referirse a la existencia de una comunidad boliviana en la Argentina, tal y como se habla de la comunidad italiana, judía o española, lo cual es ya una de las reivindicaciones de las organizaciones de residentes bolivianos.

Periodización de la migración y del establecimiento de los bolivianos

La llegada a la Argentina de poblaciones de los países vecinos se remonta a fines del siglo XIX (Almandoz). En lo que se refiere a la inmigración boliviana, las ciencias sociales propusieron una periodización centrada en el desarrollo agrario, como es el caso de Sassonne y De Marco (Hinojosa et al., p. 29). Sin desdeñar esas orientaciones, proponemos una periodización basada también en la legitimación integral del migrante como sujeto económico y social. Habría entonces cuatro momentos en la migración y establecimiento de bolivianos en la Argentina:

1. La fase de inserción de los zafreros y cosechadores en las plantaciones del noreste argentino, de 1890 a 1930. La frontera argentina se abre a los trabajadores bolivianos como efecto del desarrollo de las plantaciones capitalistas dedicadas a la caña de azúcar, el algodón y el tabaco, que atraieron primero a indí-

nunciamento voluntarista y retórico de su cancillería: «Bolivia y Argentina se han propuesto contrarrestar la migración de bolivianos a tierras argentinas con medidas estructurales. Estudiarán el desarrollo de industrias binacionales en la región fronteriza boliviana, para dar trabajo a los nacionales. Ese y otros temas fueron analizados por la Comisión Mixta Boliviano-Argentina el pasado fin de semana en Buenos Aires» (v. *Presencia*, 4/7/94, La Paz).

genas del Chaco boliviano y luego a campesinos andinos tentados por un sistema monetario de retribución del trabajo, en una época cuando el régimen de la hacienda boliviano restringía la libertad campesina. Por otra parte, viendo el desarrollo del mercado de consumo boliviano a partir de la relación que tiene con las mercancías argentinas –que, dicho sea de paso, ha dado vida a las poblaciones fronterizas de ambos países–, es interesante constatar que el pequeño comercio realizado por personas de origen campesino está ya presente a principios del siglo pasado (Antezana, p. 195). También, es plausible suponer que al fin de este periodo la Guerra del Chaco (1932-1935), influyó en el éxodo a la Argentina, ya sea por el impacto bélico en las poblaciones indígenas chaqueñas, buscando refugio fuera del territorio en disputa, o por el traslado de jóvenes soldados hacia el sudeste boliviano, y la consiguiente vecindad con la Argentina y su dinámica de desarrollo.

2. La fase de fijación laboral a través de la radicación migratoria, de 1930 a 1964. Este segundo momento se caracteriza porque se emprenden diversas acciones para establecer a los trabajadores agrícolas. Los propios actores económicos argentinos estuvieron interesados en estabilizar la mano de obra, particularmente al llegar al final del periodo, como fue indicado más arriba. En esta fase, además, tendrá un rol de gran importancia la libertad que produjo en el campesino la Revolución boliviana de 1952, porque no solo le permitió la libre circulación por el territorio, sino que sentó las condiciones para hacer más expedita su migración al extranjero, la cual fue asumida como una alternativa *vis-à-vis* a una reforma agraria para ellos económicamente estéril (Albó).

3. La fase de desplazamiento al sur, en especial al Gran Buenos Aires, de 1970 a 1984. La mecanización y la introducción de nuevas tecnologías, con la consiguiente sustitución de mano de obra e intensificación productiva en las plantaciones, genera un problema de cesantía entre la población boliviana de cosechadores. Dicha población emprende con mayor impulso su marcha hacia el Gran Buenos Aires y hacia las ciudades más sureñas. Asimismo, en esta época se produce la primera respuesta autoritaria a un problema creado por el propio proceso de desarrollo: en 1976 la dictadura militar, pretextando la construcción de autopistas en Buenos Aires, intenta mediante la coerción y la violencia relocalizar y «repatriar» a los cada vez más numerosos bolivianos que se instalaban en las villas miseria.

4. La fase de legitimación ciudadana colectiva, de 1984 al presente. Este periodo tiene su referente en el primer Congreso Nacional de Líderes de la Comunidad Boliviana, efectuado en abril de 1998 y que daría paso a la creación de la

Federación Integrada de Entidades Bolivianas (Fidebol). Esa cita inaugural reunió a 180 representantes de 88 organizaciones, lo que brinda una idea de la magnitud del evento. Un segundo congreso se realizó en mayo de 1999, convocando a organizaciones de todo el país, desde «La Quiaca hasta Ushuaia», según la crónica de los organizadores.

***En la literatura
 sociológica
 argentina
 es recurrente
 la mención
 a la disciplina
 del trabajador
 boliviano***

Esta asociación muestra el surgimiento de un nuevo actor social que busca legitimar al inmigrante de manera integral proponiendo acciones concretas para su inserción en la sociedad local, sin dejar de identificarse con su origen nacional. De otra parte, más allá de la identificación nostálgica, la organización ha realizado acciones de difusión cultural y, aún más interesante, un programa de vinculación colectiva con Bolivia⁵.

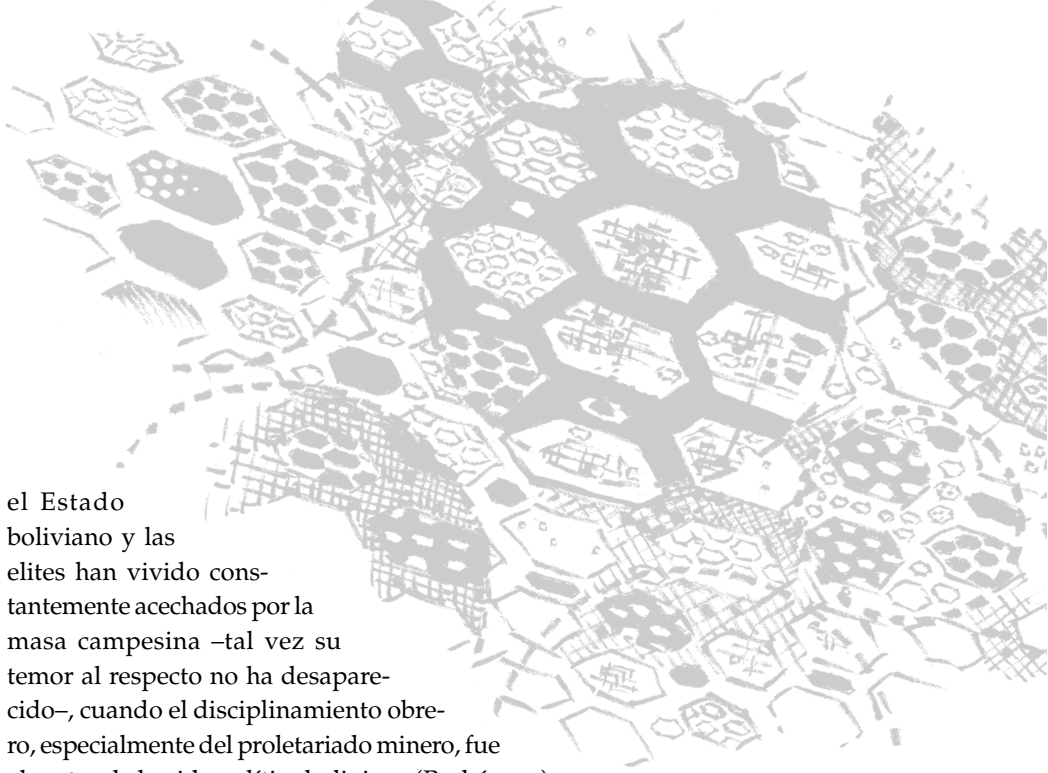
La expansión migratoria en esta última fase está condicionada por la crisis económica boliviana de los años 80 y las reformas estructurales de 1985 que sin duda golpea a los estratos sociales medios y urbanos. Del lado argentino, han incidido las reformas de 1990, el Mercosur y la reconversión económica que demanda e implica nuevas realidades, como la flexibilización laboral y la informalidad, formatos que asumen fácilmente los inmigrantes.

Trabajo y disciplinamiento laboral

La reflexión sobre los aspectos laborales de la población de origen boliviano no puede estar completa si no se ensaya un análisis comparativo, en referencia al disciplinamiento laboral, entre las mentalidades del boliviano que queda en su país y el que se estableció en la Argentina. Admitamos antes que este es un terreno flojo, pues un verdadero examen debería derivarse de un riguroso estudio empírico. Llama la atención en primer lugar el grado de disciplina que se atribuye a los trabajadores bolivianos, en dos niveles: el cumplimiento de las normas institucionales y legales, cuando les son permitidas, y la disciplina laboral propiamente dicha. Sobre el primer punto, citemos por ejemplo el testimonio de ciertos activistas de la legalización, solidarizados con los migrantes, quienes dicen sobre los bolivianos: «Son de los más organizados entre los inmigrantes que recurren a nosotros por su documentación ... nunca protestan por la suma, pagan lo que se les pide ...; saben muy bien cuál es el valor de estar documentados» (Benencia 2000, p. 14).

5. Una muestra fue la acción solidaria con los damnificados del terremoto acaecido en mayo de 1998 en Aiquile, cuando los residentes bolivianos envían una donación de 30 toneladas de víveres y vituallas.

En segundo lugar, en la literatura sociológica argentina es recurrente la mención a la disciplina del trabajador boliviano. Así, en el contexto de las plantaciones tabacaleras, Sala indica que los empresarios tenían a disposición una mano de obra abundante, barata y disciplinada. Añadamos que el reclutamiento de cosechadores no fue coercitivo, pues, como ilustra la misma autora, «el estímulo monetario se convirtió en el principal factor para la afluencia de trabajadores a la zafra» (Sala, p. 358). Otro ejemplo es de época más reciente. En un estudio sobre los microempresarios coreanos de la confección y otro tipo de pequeños talleres donde se emplea a bolivianos, se dice que «el trabajador boliviano es, en general, muy valorado por su silencio y disciplina» (Panaia, p. 627). Esto es realmente paradójico:



el Estado boliviano y las elites han vivido constantemente acechados por la masa campesina –tal vez su temor al respecto no ha desaparecido–, cuando el disciplinamiento obrero, especialmente del proletariado minero, fue el motor de la vida política boliviana (Rodríguez). Quizá el disciplinamiento se produzca por la libre adscripción del inmigrante a un sistema cultural regido por una institucionalidad y valores de modernidad, que le ha dado mayores oportunidades de movilidad social que el sistema boliviano, con todas las consecuencias ideológicas que el caso supone. Por otra parte la mencionada libre adscripción ha producido una ideología, un espíritu, para

utilizar el lenguaje weberiano, que hace del inmigrante un ser sacrificado por lograr una nueva vida, y un correcto trabajador respetuoso del pacto laboral que entabla con sus empleadores, pues sabe que el trabajo es el «arma» para su legitimación migratoria y social (Benencia/Karasik, p. 294). Ese *ethos* del traba-

***La población
 boliviana
 emplaza una
 cultura, con
 características
 y rasgos
 propios,
 al interior de
 la sociedad
 argentina***

jo muestra de cierta manera una ruptura con los sedimentos de la tradición y evidencia que el boliviano en la Argentina ya no es más el hombre parsimonioso y a veces rebelde de la Bolivia bucólica y mediterránea. Sin embargo, para insistir en el carácter provisional de nuestra conclusión y prevenirnos de falsas representaciones, sugerimos también una interpretación contraria, a manera de pregunta: ¿la disciplina atribuida al trabajador boliviano no será más bien el resultado de la existencia de mecanismos de dominación estructurales que hacen de él un personaje dócil a las duras y a veces arbitrarias condiciones de trabajo que se le imponen; un personaje su-

miso y pasivo dentro una sociedad que parece más ancha y ajena que la patria que dejó?

Cultura, enjambramiento y diferenciación social de la población migrante

Una de las características más representativas del fenómeno que discutimos es el *enjambramiento*⁶ que produjo el inmigrante boliviano, su comunidad, y que, a diferencia del paraguayo, uruguayo o chileno, ha logrado producir e inventar una fuerte representación simbólica cultural y formas organizativas y asociativas de afinidad bien cohesionadas. Es decir, la población boliviana emplaza una cultura, con características y rasgos propios, al interior de la sociedad argentina.

Los ejemplos de la existencia de una colectividad cohesionada son muchos: la conformación de barrios o concentraciones poblacionales como Lugano o Charrúa, en Buenos Aires. Las ferias comerciales que reproducen el paisaje de los mercados bolivianos, ya sea en el Gran Buenos Aires o en las provincias norteñas de Salta o Jujuy. El desarrollo de órganos de prensa y de radio, como Urkupíña, que incluye programas en aymara. La celebración de fiestas religiosas y patronales relacionadas con el lugar de procedencia, como en el ya nombrado barrio Charrúa donde todos los años, cada 20 de octubre se celebra la festividad de la Virgen del Rosario –conocida como una de las festividades religiosas y folclóricas más concurridas por los bolivianos– y en la que se realiza el campeonato de

6. Este término lo recogemos de Crosby.

fútbol de los residentes en Buenos Aires. De otra parte, están las redes de acogida y de bolsa de trabajo, la puesta en marcha de organizaciones asociativas culturales o económicas, la realización de actividades multitudinarias, como los festivales artísticos y los encuentros deportivos realizados por la Fidebol. Todas estos hechos, entre otros más específicos, manifiestan aquello que llamamos *enjambramiento cultural*. En otra perspectiva, para Fernando Calderón se trata de la emergencia de un «tercer país» entre Bolivia y la Argentina, mientras que Benencia describe el hecho como la existencia de una «concentración territorial de los bolivianos» en la Argentina. Este *enjambramiento cultural* no debe ser entendido como la existencia de una población homogénea; al contrario, la heterogeneidad, la distribución de las desigualdades sociales al interior de la diáspora boliviana se debe: 1) a la evolución temporal en la cual se definen las distintas generaciones de migrantes; 2) a la cartografía social, la distribución diferencial de la población en el espacio geográfico (Capital Federal, diferentes provincias) y al campo de las profesiones disponibles (industria, construcción, trabajo agrícola, servicios); 3) al capital con que se cuenta para la instalación; y 4) a la manera como se cumple un estilo de vida y se efectúa el ahorro⁷.

Ciudadanía y participación política

Con la Fidebol se hacen evidentes las inquietudes de participación política y de realización ciudadana que plantean los inmigrantes bolivianos. Entre sus proyectos resalta la búsqueda del voto para bolivianos en el extranjero. Esta reivindicación de la participación electoral cobra sentido práctico si se la interpreta como parte de la evolución de la experiencia cívica, llamémosla así, que han adquirido los bolivianos en la Argentina. Si ponemos atención a los discursos y acciones de sus organizaciones, la emigración parece haber ampliado y redimensionado la autopercepción de su condición de ciudadanos o, en todo caso, la necesidad del gozo efectivo de ciudadanía. La revisión de los atisbos de participación política, en la Argentina, por parte de bolivianos nacionalizados y de segunda generación, es reveladora. Por un lado, se descubre el interés por la participación directa de los nacionalizados, como es el caso de una dirigente

7. El estatus social que adquiere el inmigrante depende en gran parte de los capitales de que dispone cuando emprende el éxodo, pues la disponibilidad de recursos materiales, sociales y culturales es una condición indispensable que anima a la emigración. Vemos un ejemplo de esto en el norte de Potosí, área de Ocurí, donde indagando sobre el tema supimos que los campesinos que lograron viajar a la Argentina eran aquellos que poseían mayores ingresos y ahorro y no necesariamente los más pobres. Un dirigente campesino emigró a Buenos Aires con un ahorro que fue el fruto de varios periodos de cosecha de papa y de la preparación del chuño, pues este producto es una fuente y medio material de ahorro. El chuño, papa deshidratada, una conserva propia de la dieta andina boliviana es muy apreciado entre los bolivianos residentes en la Argentina.

de Neuquén que desea ser candidata municipal, aunque, como dice Benencia, los bolivianos no constituyen todavía una masa crítica de votantes que pueda influir directamente en el curso de la vida política local (2000, p. 333). Esto no quiere decir que no exista interés de los activistas políticos para despertar ese potencial electorado; tales intenciones se manifiestan ya en las circunscripciones locales de Buenos Aires. Más allá de las afirmaciones, este panorama nos sugiere los vericuetos de la política cotidiana y de la ciudadanía en la Latinoamérica actual.

Reflexiones finales

La presencia de bolivianos en la Argentina es un fenómeno que podemos definirlo como un proceso de enjambriamiento cultural, el establecimiento de una población que ocupa emplazamientos sociales concretos, que se configuran en relación con las actividades realizadas por los individuos y por su estilo de vida. Por otro lado, esta población crea y produce representaciones culturales y organismos tanto informales como institucionales para administrar su adaptación y la apropiación de un nuevo ambiente geográfico y social. La última campaña de regularización de los ciudadanos bolivianos

La percepción de la migración hasta ahora ha tenido una representación anecdótica o dramatizada

paña de regularización de los ciudadanos bolivianos puede percibirse como parte de la dinámica de la transición democrática que se efectiviza en el Cono Sur y que la Argentina quiere asumir de manera positiva. La regulación migratoria es una respuesta a variados factores sociales de impacto, entre los cuales destaca el incremento del volumen de la población de origen extranjero que se ha fijado en determinados compartimentos del quehacer económico y que influye, a su manera, en el desarrollo mismo. Igualmente, la regularización busca prevenir los conflictos sociales con el propósito de dar continuidad al proceso de modernización de la sociedad. Sin embargo, luego de los acontecimientos que tienen su punto culminante en diciembre de 2001, se esperan nuevas dinámicas de relacionamiento por parte del Estado y, en general, de la sociedad argentina con la población de origen boliviano.

Del lado boliviano, lejos de plantearse una política de «contención migratoria», la sociedad y el Estado deben tener la audacia de reconocer esta realidad desplegando acciones prácticas y autocríticas, y sobre todo experimentar esta migración como la presencia de Bolivia en los procesos globales que atraviesa América del Sur, pues la integración regional no será producto de formalidades sino fruto de la acción viva de los agentes sociales y económicos. La percep-

ción de la migración hasta ahora ha tenido una representación anecdótica o dramatizada. La migración es un hecho social, político, cultural y económico, es el producto de años de trabajo y constancia de los migrantes de origen boliviano que ya no se ignora; 700.000 bolivianos «ilegales» en la Argentina, económicamente activos, constituyen un mercado tan extenso como La Paz o Santa Cruz. ¿Cómo asimilar ese hecho?

Bibliografía

- Albó, Xavier: *¿Bodas de plata? o Réquiem por una reforma agraria*, Cipca, La Paz, 1979.
- Almandoz, María Gabriela: «Inmigración limítrofe en Tandil: chilenos y bolivianos en los años noventa» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 12 N° 37, Buenos Aires, 1997, pp. 491-520.
- Anderson, Grace M.: *Networks of Contact: The Portuguese and Toronto*, WLU Publications, Ontario, 1974.
- Antezana, Alejandro: *Los liberales y el problema agrario de Bolivia 1899-1920*, Plural, La Paz, 1996.
- Balán, Jorge: «La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 5 N° 15-16, Buenos Aires, 1990, pp. 269-294.
- Benencia, Roberto: «De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 12 N° 35, Buenos Aires, 1997, pp. 63-101.
- Benencia, Roberto: «Colectividades de extranjeros en Neuquén: génesis y trayectorias de sus organizaciones» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 15 N° 45, Buenos Aires, 2000, pp. 299-335.
- Benencia, Roberto y Gabriela Karasik: «Bolivianos en Buenos Aires: aspectos de su integración laboral y cultural» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 9 N° 27, Buenos Aires, 1994, pp. 261-299.
- Castañeda, Jorge G.: *La utopía desarmada*, Joaquín Mortiz / Planeta, México, 1993.
- Cortés, Genevieve: «La emigración, estrategia vital del campesinado: a la Argentina, a los EEUU, a Israel» en *T'inkazos* N° 1, La Paz, 1998.
- Crosby, Alfred: *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Crítica, Barcelona, 1988.
- Dandler, Jorge y Carmen Medeiros: *La migración temporal de Cochabamba (Bolivia) a la Argentina: trayectorias e impactos en el lugar de origen*, Ceres, La Paz, 1985.
- Fidebol - Federación Integrada de Entidades Bolivianas: Colectividad Boliviana en la Argentina, Buenos Aires, <<http://bolarg.tripod.com>>, 2001.
- Hinojosa, Alfonso (coord.): «Estrategias migratorias. Tarijeños en la Argentina: vidas fronterizas» en *T'inkazos* N° 6, La Paz, 2000, pp. 48-65.
- Hinojosa, Alfonso, Liz Pérez y Guido Cortez: *Idas y venidas; campesinos tarijeños en el Norte argentino*, Pieb, La Paz, 2000.
- Panaia, Marta: «Inserción laboral coreana en el mercado de trabajo argentino» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 10 N° 31, Buenos Aires, 1995, pp. 613-631.
- Pereira, René: *Bolivia: movimientos migratorios. Estrategia de la población y efectos de las políticas de ajuste estructural*, Ceprolai, La Paz, 1991.
- Pérez Vichich, Nora: «Las políticas migratorias en la legislación argentina» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 3 N° 10, Buenos Aires, 1988, pp. 441-463.
- Pries, Ludger: «La migración internacional en tiempos de la globalización. Varios lugares a la vez» en *Nueva Sociedad* N° 164, Caracas, 1999, pp. 56-68.
- Rodríguez, Gustavo: *El socavón y el sindicato; ensayos históricos sobre los trabajadores mineros, siglos XIX-XX*, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, La Paz, 1991.
- Sala, Gabriela: «Mano de obra boliviana en el tabaco y la caña de azúcar en Jujuy, Argentina» en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* año 15 N° 45, Buenos Aires, 2000, pp. 337-369.
- Sarlo, Beatriz: «Argentina: nada será como antes» en *Novos Estudos* N° 61, San Pablo, 2001, pp. 41-56.

Identidades políticas y alteridades históricas

Una crítica a las certezas del pluralismo global

Rita Laura Segato

El artículo se propone iluminar el aspecto banalizador y achatador de la formación de identidades globales, por un lado, y los efectos perversos de una política de identidades que responde a una agenda global más fiel a cuestiones nacionales internas de los países centrales que a problemáticas e idiomas políticos locales, por el otro. Podría tratarse de un último avance hegemónico, exportando ahora su mapa interno de fricciones y sus idiomas políticos para luego vender un paquete de soluciones bien afinadas a la lógica del mercado y de la productividad que se expande por los canales abiertos en el mundo «globalizado». Las identidades transnacionales pueden venir a comportarse como uno más de esos canales de circulación de la nueva normativa «global».

Si no nos cuidamos, la mejor alegoría del derecho de las minorías en el mundo globalizado estará dada por las transformaciones de la muñeca Barbie que, frente a las críticas al modelo anglosajón de belleza que impone, apareció con ropas étnicas y piel más oscura. Sin embargo, la estructura ósea que se adivina por debajo de la piel es la misma. Rita L. Segato

Dos visiones del mundo globalizado: ¿homogeneidad o heterogeneidad?

Dos tendencias opuestas se le atribuyen al proceso centenario que hoy, huyendo del desgaste de las nociones de imperialismo o de internacionalismo, llamamos eufemísticamente «globalización». La primera es la progresiva unifi-

Rita Laura Segato: PhD en Antropología Social; profesora del Departamento de Antropología de la Universidad de Brasilia.

Palabras clave: identidades, transnacionalismo, alteridades, globalización.

Nota: El presente ensayo es una versión abreviada del publicado, para una lectura especializada, en *Anuário Antropológico* 97, Tempo Brasileiro, Río de Janeiro, 1999.

cación planetaria y homogeneización de los modos de vida; la segunda, la producción de nuevas formas de heterogeneidad y el pluralismo que resulta de la emergencia de identidades transnacionales a través de procesos de etnogénesis o de radicalización de perfiles de identidad ya existentes. Quienes adhieren a la primera versión, advierten que lo local, lo particular, minoritario o regional, y sus identidades asociadas adquieren, contemporáneamente, un papel derivado, pasando a ser ahora redirigidos o incluso hasta generados por las fuerzas instituyentes del sistema económico mundial, que les otorgan un espacio designado y restringido dentro del sistema globalizado. Quienes abogan por el segundo aspecto tienden a concordar con autores como Varese, en su confianza en una «globalización desde abajo», por donde pueblos históricamente oprimidos por los Estados nacionales inscriben sus identidades tornándolas visibles en el orden mundial, se asocian a través de las fronteras nacionales y ofrecen resistencia directa a las presiones de las corporaciones de capital transnacional.

Por un lado, contingentes humanos y bienes de cultura –modelos de producción, técnicas, marcas comerciales, tecnologías mediáticas y sus estilos de comunicación asociados, valores, posturas filosófico-existenciales, géneros musicales, estilos de vida, o cualquier otro conjunto de ideas y prácticas culturales originalmente locales– que se transnacionalizan y dejan el paisaje global respunteado por la proliferación y relocalización en otros lugares de lo que fuera, hasta hace poco tiempo atrás, estrictamente regional. La imagen resultante consiste en franjas de poblaciones o de bienes culturales que atraviesan fronteras nacionales, estableciendo nexos globales donde antes no existían (comprendo de esta forma la noción de bandas o franjas de «paisajes» de Appadurai [1991 y 1995], pero la percepción de una tendencia contradictoria surge como consecuencia de que este proceso también introduce o refuerza heterogeneidades en los órdenes nacionales. Un caso particular de esta inoculación de diversidad lo constituye la transnacionalización de identidades étnicas y sus luchas, que parecería producir, para algunos, una contracorriente de la tendencia unificadora. De esta forma, algunas voces que celebran el proceso de «globalización» y no lo interpretan como una exacerbación del imperialismo, se apegan a la idea de que solo gracias a la internacionalización de ideas modernas de ciudadanía y derechos humanos se hizo posible la emergencia de pueblos antes invisibles, que hoy reclaman derechos en nombre de su identidad.

Propongo aquí que esto último es verdadero en parte y si es instrumentalizado con toda la sofisticación necesaria. Se trata, considero, de un proceso ambiguo e inestable, capaz, por un lado, de afirmar los derechos de las minorías pero también, por otro, de homogeneizar las culturas, achatando sus léxicos y valo-

res, de manera que puedan entrar en la disputa generalizada por recursos, pero dejando fuera del horizonte de la política una reflexión más profunda sobre la naturaleza misma de esos recursos, y la pluralidad de sus formas de producción y utilización. Si el gran lema y, yo diría, la utopía posible del momento es la utopía de un mundo diverso, no debemos perder de vista la dimensión de la diferencia radical de culturas y la pluralidad de mundos donde esas diferencias cobran sentido. Este tipo de diferencia radical, captada por el concepto antropológico de cultura, ha sido el tema de la antropología durante un siglo, y la domesticación de esta idea está directamente relacionada con la declinación y, por así decirlo, casi el descrédito que viene afectando a nuestra disciplina en los últimos años.

Los actores y su escena: Estado nacional, sociedad nacional y pueblos

En verdad, la escena cambia dependiendo de los actores que consideremos. Uno de los pecados capitales de los análisis sobre los recientes procesos de internacionalización es, a mi juicio, considerar como únicos actores del drama histórico de la nación, por un lado, a los Estados nacionales y, por el otro, a los grupos de interés –ya constituidos en minorías o luchando por constituirse.

***En el presente, el
 papel fuerte
 del Estado nacional
 como productor
 de diversidad
 no ha caducado***

Las relaciones –que mejor llamaríamos tensiones– centrales, dentro de este modelo de análisis, habrían ocurrido históricamente entre los Estados nacionales y esos grupos. Con el «nuevo orden mundial», como sugiere Varese en el texto ya citado, se produciría un debilitamiento de las soberanías de los Estados nacionales y, con esto, el enfrentamiento pasaría a darse entre grupos y corporaciones transnacionales. Sin embargo, como este autor reconoce, durante un largo periodo histórico previo, la propia etnicidad de las naciones indígenas y minorías fue forjada en un campo interlocucional particular donde las presiones ejercidas por el Estado sobre esos grupos tuvieron un gran impacto, inclusive por dejarlos aislados, al margen de los derechos y, por lo tanto, concientes de su «alteridad». Asimismo, en el presente, el papel fuerte del Estado nacional como productor de diversidad no ha caducado. Como afirma Gros, basándose sobre todo en el caso colombiano, no solo no ha perdido vigencia sino que presiones de orden global y cambios en la concepción de su papel en el proceso de construcción de la nación fueron imponiendo, especialmente a partir de los años 80, «progresivamente la idea de que el Estado podría sacar ventajas de ‘administrar la etnicidad’ (en vez de) trabajar por su desaparición» (p. 32), al punto que en la actualidad «es incuestionable que se pueden encon-

trar fácilmente casos en que una organización indígena deba su existencia, más a la voluntad interesada del Estado que a una lucha emprendida por la base para hacer reconocer su presencia, defender su autonomía y asegurar el logro de sus reivindicaciones» (p. 38).

Pero, en general, el papel histórico del Estado como forjador de alteridades y desigualdades a lo largo de la historia es muy poco reconocido. Una autora que, de forma muy original, ha enfatizado recientemente el papel del Estado como instituidor de la diferencia étnica es Williams; para ella, hablando de los africanos en las naciones de colonización anglosajona, «el proceso de construcción de nación es un proceso de construcción de raza» (1989, p. 436), en el cual los grupos raciales de origen son transformados en «componentes» étnicos de la nación, creados por ésta, es decir, por el elemento pensado como «no étnico» de la nación (Williams 1993, p. 154). A la vez, es importante recordar que si como esta autora sugiere los Estados anglosajones en el Nuevo Mundo, y particularmente Estados Unidos, crearon «raza» como el modo más relevante de heterogeneidad interior, otros Estados nacionales pueden haber creado otras discontinuidades a lo largo de otras fronteras



internas, que resultaron de mandatos diferentes del racial, pero igualmente ineludibles, y se corporizaron con la misma materialidad, generando jerarquías y tensiones equivalentes. Si en toda nación identificamos positivamente clase, raza, etnia, género, región, localidad, etc., es posible afirmar, como argumentaré más adelante, que en cuanto construcciones ideológicas esas categorías funcionan de manera diferente y desempeñan papeles característicos dentro de un conjunto de representaciones que dependen del orden nacional.

De hecho, en la gestación de este orden nacional, el Estado se constituyó a lo largo de la historia de los países del Nuevo Mundo como un actor múltiple. Simultáneamente, un conjunto de instituciones para la administración de un territorio, de un capital y de un arsenal bélico controlado por sectores particulares de la sociedad nacional; y un conjunto de instrumentos legales para la resolución de conflictos entre partes dentro del marco nacional y entre naciones; y un interlocutor, entre otros, pero particularmente legitimado, en el ámbito de la red discursiva que da materialidad a la nación (Anderson 1983). En su papel de interlocutor especialmente calificado en ese ámbito, el Estado nacional ha tenido un papel muy relevante dando forma al «otro» interior por su capacidad de interpelación. En tal sentido, puede decirse que el Estado se comporta como un interlocutor con gran poder de interpelación (esta idea está también en el citado artículo de Gros).

De acuerdo a cómo y con qué peso realizan este papel de interlocutor privilegiado en el entrecruzamiento de voces de la nación, por un lado; y, por el otro, dependiendo de la forma como se relacionan con otros Estados nacionales, puede hablarse de Estados de diversas magnitudes. Es decir, es posible identificar Estados de primera, segunda o tercera, en función del poder relativo de interpelación que posean dentro de la escena nacional y en relación con otros Estados, escenas nacionales y corporaciones de capital transnacional. Esta jerarquía de magnitudes es justamente lo que se exagera en el presente proceso de «globalización», trazando lo que llamaré de «la gran frontera» con una nitidez nunca antes mayor. Dice Santos:

Si en el plano interno el Estado está cada vez más confrontado con fuerzas subestatales, en el plano internacional se enfrenta con fuerzas supra-estatales. ... Este proceso de erosión de soberanía, que hace de ésta un valor absoluto menos que un título negociable, a pesar de ocurrir globalmente, no elimina, y, por el contrario, agrava las disparidades y las jerarquías en el sistema mundial (p. 315).

El «soporte institucional» que pasa a desbancar la soberanía del Estado nacional emana, según Santos, de las «agencias financieras y monetarias internacionales, la deuda externa, la *lex mercatoria*, las firmas de abogados norteamerica-

nas. ... La nueva regulación económica ... se arroga ser regulación social» (ibíd., p. 146), pero es preciso aclarar que estos poderes supraordenados en relación con los Estados cuentan con el apoyo logístico y, por qué no decirlo, también bélico, resultante de su alianza privilegiada con Estados nacionales centrales.

En general, constatamos que junto con el debilitamiento real de la soberanía en los países periféricos, la atención de los especialistas hacia la relación *entre* Estados nacionales ha decaído, y autores como Wallerstein, que dirigieron el foco hacia la diferencia de poder entre estos Estados y los impactos de esta desigual entrada en el mercado mundial han sido duramente criticados e injustamente condenados a una circunstancial obsolescencia por la pléyade de autores culturalistas, menores pero numerosos, que dominan el capítulo de estudios que conocemos como «teoría de la globalización».

Con el descrédito del Estado nacional en este tipo de análisis también hemos pasado a mirar desdeñosamente a la nación y el marco que ofrece para la comprensión de los procesos sociales. Una ecuación falaz se estableció entre nación, en el sentido de sociedad nacional, y Estado nacional. Por su parte, la pérdida de estatuto existencial de la sociedad nacional en el análisis, conjuntamente con el énfasis en la agenda de los grupos de interés, hizo que a la desaparición de las relaciones de poder *entre* Estados nacionales de nuestras ecuaciones se sumase también el desinterés por las relaciones de poder y *prestigio* entre naciones, *tout court*. Dentro de este cuadro, identidades descontextualizadas, transnacionales, construidas como entidades de fundamento casi biológico, entrarían en una alianza natural a través de las fronteras¹.

La crítica a los esencialismos a que llevaron la reflexión antropológica, los análisis de género y los estudios culturales en los últimos años, también parece haber afectado de forma desigual la noción de cultura y, entre otras, la de cultu-

**Con el
debilitamiento
de la soberanía
en los países
periféricos,
la atención
de los especialistas
hacia la relación
entre Estados
nacionales
ha decaído**

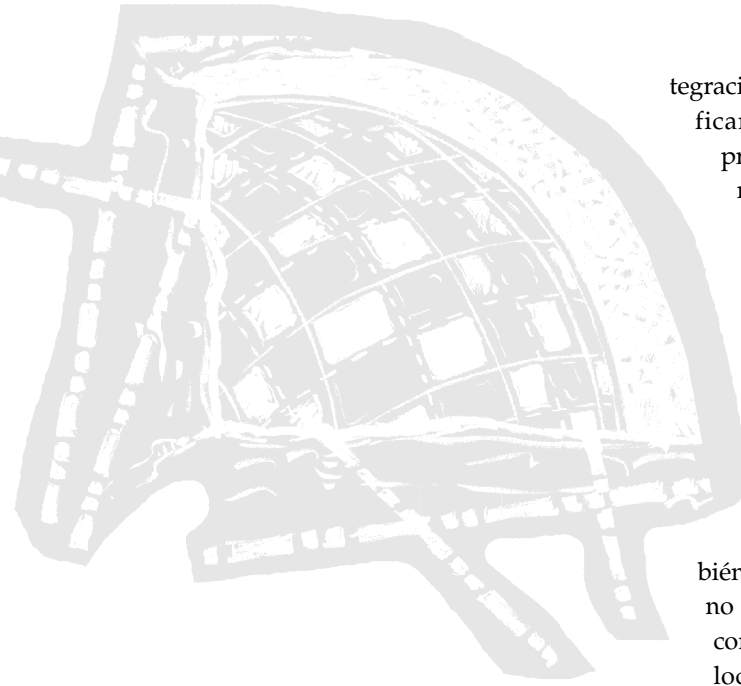
1. «No es ninguna *diferencia cultural a priori* lo que hace la etnicidad: 'El tintorero chino no aprende su oficio en China; no hay tintorerías en China'. Esto afirma el inmigrante chino Lee Chew en *Life Stories of Undistinguished Americans* (1906) de Hamilton Holt. ... Es siempre la especificidad de las relaciones de poder en un momento histórico dado y en un lugar particular que denota una estrategia de explicaciones pseudo-históricas que camufla el acto de invención propiamente dicho» (Sollors, p. xvi).

ra o hábitos de convivencia de una sociedad nacional y la de etnia. Si las primeras fueron desmontadas bajo artillería pesada (v., además de la crítica de los antropólogos posmodernos al esencialismo de la cultura resultante de la retórica etnográfica, la crítica de Bhabha [1990] a la idea unitaria de nación), la sustancia de lo étnico o racial (a pesar de eruditas y bien argumentadas protestas, como Appiah 1990, 1992 y 1994) parece haber salido incólume o hasta reforzada, sin mencionar el esencialismo autorizado o «estratégico», propuesto por una autora cuyo potencial crítico está por encima de cualquier duda como Spivak.

Por mi parte, considero que no solamente es fundamental considerar la manera como se da la relación entre Estados nacionales, sino también apreciar el papel que tienen, en la escena de estas relaciones, las sociedades nacionales. Aunque los Estados con sus instituciones desempeñaron un papel de peso en la configuración de las sociedades nacionales, nación y Estado no pueden ser confundidos. El cuadro entero debe considerar, en cada caso el Estado nacional, como el conjunto de instituciones controladas de forma más o menos legal por algunos sectores de la sociedad nacional; la sociedad nacional o nación, como el espectro completo de los sectores administrados por ese Estado y que, por el efecto de la historia y bajo las presiones del Estado, adquirió una configuración propia e identificable de relacionamientos entre sus partes; y los componentes étnicos particulares y otros grupos de interés –de género, de orientación sexual, religiosos, etc.– que integran la nación. A partir de estos actores, para cada escena nacional es necesario considerar la relación entre los Estados nacionales periféricos y los Estados poderosos; la relación de los grupos de interés con el Estado nacional particular; la relación entre los grupos de interés de las naciones periféricas con los de las naciones poderosas; y, lo que es generalmente obviado en los trabajos recientes, la configuración de relaciones entre las partes y entre el todo y las partes, con sus líneas de fractura características, que confieren singularidad a cada nación. No es posible hablar de ninguno de estos niveles de análisis sin considerar la localización del poder y la égida de su influencia en el conjunto de relaciones. Ni tampoco será posible diseñar estrategias eficaces para superar los problemas de la desigualdad y la opresión que no tomen en consideración las peculiaridades de cada una de estas escenas.

La gran frontera (relaciones entre Estados y sociedades nacionales del Norte y del Sur)

Así, no es posible hablar de la relación entre Estados nacionales centrales y periféricos sin mencionar la totalización del sistema capitalista mundial, la in-



tegración de un «conjunto geográficamente vasto de procesos productivos ... y el establecimiento de una única 'división del trabajo' ... (que) nunca antes fue tan compleja, tan extensiva, tan detallada, y tan cohesiva» (Wallerstein, p. 35). La órbita del poder económico –así como de los poderes bélico y tecnológico que son sus correlatos– también se globalizó, aunque éstos no han perdido su sede, que continúa estando claramente localizada. Como bien hace notar Wallerstein: si la realidad po-

lítica de ese sistema mundial corresponde a una articulación entre Estados nacionales («an interstate system»), el armamento de gran poder letal, básicamente el nuclear, así como toda la investigación tecnológica relacionada con el poder letal, siguen estando intra-estatalmente situados. En otras palabras, los ejércitos y los armamentos son nacionales –y esto no es un detalle de poca relevancia–, porque es el marco silencioso dentro del cual se establece una jerarquía de naciones de acuerdo con su grado de poder bélico, económico y tecnológico. Tanto las fuerzas de la ONU, que tienen un carácter preventivo, como las de la OTAN, están constituidas por contingentes dislocados de fuerzas armadas nacionales para servir en bases internacionales.

De hecho, consulto el índice temático de una de las principales obras de referencia sobre globalización, donde se sistematiza la reflexión teórica existente (Robertson), y veo que la palabra «poder» está recogida en una sola página (166), donde hay una mención al poder de la identidad y a la lucha por el reconocimiento («the struggle for recognition»), estrategia típica de la política de las minorías. O sea, en ningún momento el autor, por lo demás muy bien intencionado, hace apunte alguno al hecho de que existe una hegemonía localizada, en el sentido de capacidad concentrada de direccionamiento, inducción y regulación de los tránsitos de personas y bienes culturales por los países desarrollados. Esto no implica negar que ocurran casualidades, acontecimientos aleatorios,

desobediencias e insubordinaciones, pero exige reconocer el impacto desigual de las decisiones tomadas por las potencias –y, en particular, la única superpotencia existente en el momento–, así como los resultados de su poder de negociación, que cuenta con el respaldo de medios económicos, tecnológicos (incluyo aquí las técnicas mediáticas) y bélicos de un tamaño hoy exorbitante, generalmente minimizado por los teóricos más en boga de la globalización. Así, la teoría de la globalización corre el gran riesgo de ser puramente ideológica, pues ayuda a enmascarar el carácter localizado del origen de las presiones que más contribuyen para que el mundo sea lo que es. Encubre, por lo tanto, la responsabilidad naturalmente asociada al poder. Actores nunca antes tan poderosos, territorialmente localizados y con lealtades nacionales claras colocan la totalidad de sus recursos masivos para mantener bajo su control los flujos en un ámbito global e imponerles su orientación; prueba de esto es que, hoy más que nunca, las grandes corporaciones oriundas de los países ricos –particularmen-

Los bienes que se «globalizan» no fluyen aleatoriamente, y se encuentran concentrados en proporciones extraordinariamente desiguales

te de EEUU– suman esfuerzos con los poderes estatales para este fin, como lo demuestran innumerables informaciones y análisis publicados por Chomsky en sus textos políticos.

Estas consideraciones nos permiten concebir una primera frontera, trazar la primera línea divisoria: la línea entre *ellos* y *nosotros*. Los que, por su fuerza económica, tecnológica y bélica tienen mayor poder de conducción sobre el curso de los flujos propios del proceso de globalización, y quienes simplemente acompañan este proceso. Los países modernos y los países ansiosos de modernidad. A lo largo de esta frontera, dice Wallerstein (p. 48) «la distancia entre el lucro de los Estados que se encuentran en la cima y en el fondo de la jerarquía creció, y ha aumentado considerablemente a lo largo del tiempo». Esta es la gran frontera que divide el paisaje global, y deja a las naciones agrupadas a uno y otro lado, sobre el eje vertical de una diversidad jerárquica. No me parece posible hablar de los tránsitos propios de un mundo globalizado, incluyendo la emergencia de identidades políticas globales, sin incluir en nuestros modelos interpretativos esta primera divisoria de aguas entre dadores y receptores de modernidad, y los sistemas de circulación de poder y prestigio que entre ellos se establece.

Los bienes que se «globalizan» no fluyen aleatoriamente, y se encuentran concentrados en proporciones extraordinariamente desiguales, siendo su concentración masivamente mayor en los países que hegemonizan los procesos de

circulación. Se cierran y se abren compuertas como consecuencia de las leyes reguladoras que se promulgan en esos países y que, de hecho, inciden fuertemente en el mercado internacional, así como también se dejan sentir los resultados de las estrategias por ellos ejecutadas para afectar las políticas internas de las naciones no hegemónicas –y esto se acentuó en las últimas décadas a pesar de las apariencias y de las modas académicas que conducen nuestra atención en otras direcciones.

De este lado, el de los países con poca concentración de ese tipo de bienes (tanto en lo que respecta al ideario cívico como a los recursos materiales), los países hegemónicos, por su riqueza en tales recursos, gozan de un inquebrantable prestigio que roza lo irracional (estoy convencida de que sería necesario un instrumental psicoanalítico para desentrañar los fundamentos de ese prestigio y el de sus efectos sobre nosotros). Más que como tal conjunto de bienes materiales y filosóficos sustantivos, la modernidad tiende a ser percibida de este lado como un conjunto de acreditados signos, y es usualmente en tanto señales o emblemas de modernidad y no como contribuciones a la calidad de la vida que esos bienes pueden y deben ser adquiridos. Desde esta perspectiva, lo que allá es acumulación histórica, aquí es mero signo, emblema, fetiche. Entre tantos posibles ejemplos, uno curioso es la venta sin precedentes que viene obteniendo la revista brasileña *Raça Negra*, lanzada hace aproximadamente un año a imagen y semejanza de la *Ebony*, con dos décadas de circulación en EEUU. Este éxito, más que como un avance democrático de la igualdad de derechos de los ciudadanos negros, puede ser mejor leído dentro de otra perspectiva: la asociación exclusiva, entre nosotros, de la modernidad, con el tipo físico europeo, ahora dejó paso al prestigio de las minorías como signo de modernidad. En otras palabras, cuando la fuerza de las minorías pasa a ser uno de los signos asociados al carácter avanzado de los países hegemónicos, a nuestros ojos las minorías se contaminan de prestigio de la modernidad y, dentro de este envoltorio y no con el aspecto tradicional con que las conocemos en nuestras sociedades, las adoptamos. Un negro, un indio, una mujer «hiperreales», enlatados, pasan a sustituir a los sujetos históricos auténticos (Ramos). Además, el espejo global devuelve a las categorías históricas su imagen ahora transformada en consumidores marcados. Esta marca de consumidor con gusto previsible es, en buena medida, la marca étnica.

Dice Gros para los grupos indígenas: «Ser diferente para ser moderno» (p. 25). Pero en este caso, sosteniendo que diferenciarse étnicamente, aceptar la nominación y la cuadrícula étnica, por parte de los grupos indígenas responde hoy a demandas espontáneas en favor de bienes de la modernidad, como su desarro-

llo tecnológico. Esto porque la modernidad también implica, en el presente, el mandato de diversidad. Analizando en EEUU los cambios en los patrones de aculturación de los inmigrantes, Gans (1992, p. 186) observa que si para las antiguas generaciones la aculturación consistía en un proceso constante de lo que llama de «americanización», este tipo de adaptación fue sustituido desde 1925, debido a la valorización creciente de la diversidad étnica por la nación, debido a un apego a los trazos étnicos de comportamiento. En mis términos, diría que la «americanización» contiene hoy en día entre sus muchos aspectos el mandato de la «etnización» o racialización, y esa influencia como parte de la expansión hegemónica de la cultura norteamericana pasa también a los países periféricos.

Por mi parte, creo que los bienes asociados con la modernidad, incluyendo la identidad diferenciada, han pasado a ser percibidos como «culto de cargo», donde el bien es adquirido no por su contenido intrínseco, sino porque se encuentra contaminado por el prestigio del que goza su fuente de origen. Podría hablarse de un halo «cargoístico» de los bienes que circulan globalmente. Existe, por lo tanto, una aspiración de trazo «moderno» que es, por definición, introducido de afuera, «importado», como una «carga» venida de más allá de la frontera— «desarrollo por imitación» o «mimético», dice también Chesneaux (pp. 166 y 168); «*hiper-cargo cult*» (p. 102). Sin embargo, es importante resaltar que esos bienes son trasladados hacia el campo de interlocución configurado fronteras adentro. Los sectores con acceso a estos bienes pasan también a estar contaminados fetichísticamente por ellos, y esto tiene importancia, en el ámbito en que viven inmersos, en la estructura particular de sus relaciones con otros segmentos y del cuadro general de lugares asignados en el marco de la nación.

La sociedad nacional como configuración específica: formaciones de diversidad

Después de enfatizar el impacto de esa gran frontera sobre Estados, naciones y grupos de interés a uno y otro lado de la misma, quisiera analizar la importancia del marco nacional para comprender las configuraciones de diversidad que le son específicas. Para esto, es fundamental entender que las estrategias de unificación implementadas por cada Estado y las reacciones provocadas por esas estrategias se tradujeron en peculiares fracturas de las sociedades nacionales, y es de aquellas que partieron, para cada caso, culturas distintivas, tradiciones reconocibles e identidades relevantes en el juego de intereses políticos. A la sombra de este clivaje o línea de fractura principal, se constituyó en cada historia nacional un sistema, o lo que llamo de «formación nacional de diversidad», con un estilo propio de interrelación entre sus partes. Dentro de esa for-

mación, las «alteridades históricas» son los grupos sociales cuya manera de ser «otros» en el contexto de la sociedad nacional se deriva de esa historia y es parte de esa formación específica. Las formas de alteridad y desigualdad histórica propias de un contexto no pueden ser sino falazmente transplantadas a otro contexto nacional, y los vínculos entre ellas no pueden establecerse sin esa mediación necesaria, a riesgo de caer en un malentendido planetario o, lo que es peor, que impongamos un régimen de clivajes propios de un contexto específico a todo el mundo –lo que no sería, ni más ni menos, otra cosa que subordinar el valor de la diversidad, hoy emergente, al proyecto homogeneizador de la globalización. En otras palabras, es a partir del horizonte de sentido de la nación que se perciben las construcciones de la diferencia.

***Las formas
de alteridad
y desigualdad
histórica
propias de
un contexto
no pueden ser
sino falazmente
transplantadas
a otro contexto
nacional***

Comparando tres países bastante paradigmáticos, es posible decir, por ejemplo, que si en EEUU las fracturas de la sociedad nacional y, por lo tanto las identidades políticas que se perfilan con mayor nitidez, pasan por lo étnico –incluyendo aquello que puede ser convertido en formas próximas al literalismo de la etnicidad, género u orientación sexual–; en Argentina, las identidades políticas que se derivan de una fractura inicial entre capital-puerto y provincia-interior son las que prevalecen hasta hoy como verdaderas líneas civilizatorias, travistiéndose, a lo largo de la historia, en conjuntos de lealtades en torno de partidos políticos, posturas intelectuales, gustos estéticos, estilos de convivencia y hasta maneras de hablar y comportarse, constituyendo, en fin, verdaderas culturas. Es posible decir que estos alineamientos férreos y sus transformaciones a través de las generaciones impregnan y dividen la sociedad encontrando significantes hasta en niveles de la interacción que podríamos llamar de francamente microscópicos (y que, permitiéndome una corta digresión, me recuerdan a la manera como es posible diferenciar a protestantes y católicos en Irlanda del Norte por su color de ropa); la filiación política dentro de este marco ha producido, en Argentina, un efecto muy próximo al clivaje social de lo étnico en EEUU. El Brasil por su parte es otro mundo, donde el dilema central de la sociedad, su línea de clivaje principal, se presenta a primera vista y es conocido habitualmente como «los dos Brasiles», o Bel-India como lo denominó Celso Furtado hace ya bastante tiempo: una especie de injerto entre Bélgica –para aludir al Brasil moderno, con ciudadanía y riqueza– y una India –el Brasil de los miserables, de los descastados, de los sin esperanza, de los excluidos por el *apartheid* social, no siempre coincidente con la línea racial del que nos habla,

por ejemplo, Buarque. Esto es mucho más complejo de lo que aquí se representa pues, si en una primera aproximación se trata efectivamente de dos contingentes poblacionales con fronteras bien precisas, identidades y formas peculiares de resolución de conflictos que atraviesan los Estados y las regiones, una variedad de autores ha señalado cómo la fractura social marca su huella en el comportamiento también dual, moderno y premoderno, ciudadano y no ciudadano, del Brasil «incluido» (es clásica la propuesta de Da Matta –Da Matta/Hess– en este sentido, recientemente reformulada y sofisticada por Soares). Dos Santos (p. 79) no ha hesitado en clasificar una gran parte de la población brasileña, o sea, la población «excluida», resistente a ser encuadrada en los moldes institucionales del Estado, como una población presocial que vive en un «estado de naturaleza» hobbesiano. Según cálculos de este autor, en Brasil solamente 7% de los conflictos que surgen son resueltos por medios legales, dando esto la pauta del abismo de separación que divide a los «dos Brasiles».

Día a día se expanden movimientos sociales de familias sin tierra, sin techo y de niños de la calle, mostrando por donde pasan las identidades políticas fundamentales. Tomar en cuenta esta fractura básica de la sociedad, ponerla de relieve y darle su debida importancia al examinar el modelo de identidades brasileño es fundamental, para luego poder teorizar y calibrar mejor la cuestión étnica. Ello nos permite, en este caso, reaccionar de forma apropiada cuando oímos, como me ocurrió recientemente, de boca de una estudiante negra brasileña en el Center for Latin American Studies de la Universidad de la Florida, la propuesta de colocar la cuestión racial, o sea, de introducir la frontera étnica entre negros y blancos en el Movimiento de los Sin Tierra. El idioma vernáculo de la política en Brasil es el de la exclusión, del *apartheid* social, y no el de raza. No estoy afirmando que la cuestión étnica y las formas que el racismo asume deban quedar desatendidas, sino que debieran ser formuladas con precisión dentro de la ecuación nacional.

Las diferencias entre estos tres prototipos de formación nacional van todavía más lejos. El ejemplo de construcción de la nación francesa (como ha sido descrito por Balibar) representa muy bien el caso argentino, donde es válida la noción de «etnicidad ficticia» en el sentido de «fabricada». Allí el Estado nacional, frente a la fractura originaria capital/interior y los contingentes de inmigrantes europeos que se sumaron y superpusieron a ella (adoptando su estructura y traduciendo, curiosamente, a sus términos, a lo largo de un proceso todavía no adecuadamente estudiado) presionó para que la nación se comportase como una unidad étnica dotada de una cultura singular propia homogénea y reconocible. El modelo de lo étnico esencial e indivisible aplicado a la

sociedad nacional entera parece representar muy bien la idea que orientó la acción de las instituciones estatales, particularmente la escuela y la salud públicas (v. Salessi; Segato 1991; Tedesco). La recurrencia del tema del ser nacional, la obsesión por crear una ontología de la nación y las tentativas de secuestrar (Sigal/Verón) ese «ser» discursivamente y formado bajo esas presiones constituye un capítulo específico de la literatura argentina, con innumerables exponentes.



Muy por el contrario, en EEUU, entre quienes controlaron históricamente el Estado y condujeron la construcción de la nación —o sea, el grupo anglo-protestante— acabó dominando la tesis de que la unidad nacional dependía de la administración de la convivencia de varios contingentes étnicos en cuanto tales. La historia de la nación es la historia de esas parcialidades y de sus relaciones. En Brasil, por su parte, la unidad de la nación está dada por la interpenetración cultural de los elementos que en ella confluyeron, donde la cultura popular, como afirma Da Matta, sustituyó al Estado en su poder de convocatoria e interpelación, o sea, ha sido la fuerza principal por detrás de la creación de una idea de nación, una convergencia de partes en emblemas nacionales comunes. Y como se sabe, el componente étnico en particular pero no exclusivamente africano, da la tónica y es el factor englobante en la cultura popular.

Es significativo que, aunque usemos el mismo término: «melting pot» en EEUU, «crisol de razas» en Argentina, «cadinho de razas» o «fábula de las tres razas» en Brasil, estas tres imágenes, que podrían significar lo mismo, lo que debe leerse en cada una de ellas en su contexto particular es completamente diferente. En EEUU, al hablar de la sociedad nacional como un caldero étnico se está hablando de un mosaico de razas siempre identificables cohabitando en el mismo suelo en tanto diferentes, en calidad de grupos humanos separados. Estados Unidos procesó sus contingentes constitutivos como un conjunto de unidades étnicas segmentadas, segregadas, jerarquizadas y enfrentadas de acuerdo con una estructura polar originaria de blancos y negros. Sobre esa estructura básica de dos contingentes antagónicos, se instalaron los segmentos de lo que, para el momento actual, Hollinger describe como el «pentágono étnico»: americanos africanos, americanos asiáticos, americanos nativos, latino-americanos y euro-americanos, categorías o bloques etnoraciales donde «la categoría de los ‘blancos’ –afirma Hollinger– fue articulada en el moderno EEUU primeramente en relación con los negros y secundariamente en relación con la gente de otros colores» (p. 30). Otras clasificaciones y denominaciones son también posibles, pero lo que interesa aquí es la estructura segmentada de la diferencia que se desarrolla a partir del modelo fundador blancos-negros como matriz rectora e idioma de la alteridad y de la producción de identidad.

Pese a que en un principio la idea de «melting pot», acuñada por Israel Zangwill en 1908, daba continuidad al ideario de amalgama social que tuvieron J. Hector St. John de Crèvecoeur, Ralph Waldo Emerson y Herman Melville, donde la diversidad residía no en el resultado final sino en los componentes que confluían en él, es decir, donde se enfatizaba la disolución de la diversidad en un producto único, ya en 1915 Horace Kallen comenzaba a formular su crítica a esta concepción de «melting pot» y a proponer lo que llamaría, en 1924, «pluralismo cultural» usando el modelo de la orquesta sinfónica como analogía. Así, «cada instrumento era un grupo distintivo transplantado del Viejo Mundo, haciendo música en armonía con los otros grupos. Enfatizaba la integridad y la autonomía de cada grupo definido por descendencia» (Hollinger, p. 92). Este movimiento de resistencia a la asimilación obtuvo apoyo de los intelectuales liberales de la época y acabó constituyéndose en el mapa dominante de la composición social norteamericana. En la actualidad, afirma Hollinger (p. 24), este

mecanismo clasificatorio no es ni siquiera una guía de las líneas a lo largo de las cuales se da la interacción y convergencia genealógica; más que esto, es un marco para la política y la cultura en EEUU. Es una prescripción implícita para los principios de acuerdo con los cuales los americanos deben mantener comunidades; es una afirmación de que ciertas afiliaciones son más importantes que otras.

Por esta diferencia crucial entre nociones como «melting pot» y «crisol de razas», a pesar de la aparente equivalencia entre una y otra expresión, el contexto nacional es indispensable para entender los términos y consignas que comandan la convivencia y estructuran las líneas de conflicto. En este sentido la nación, atravesada por discursos que una sociedad comparte, conoce, discute, o sea, en cuanto campo cerrado de interlocuciones varias, tiene una historia propia. Tensiones características, resultantes del esfuerzo, siempre administrado por el Estado, por construir una unidad, dan forma a la pluralidad resultante. Si tenemos una historia particular, no podemos importar nociones de identidad formadas en otro contexto nacional; tenemos que trabajar, elaborar, robustecer y dar voz a las formas históricas de alteridad y desigualdad existentes. En general, el discurso de la globalización nos invita a olvidar ese marco histórico, el de la historia de la nación y de los conflictos característicos y emblemáticos de cada sociedad.

***Si tenemos
una historia
particular,
no podemos
importar
nociones
de identidad
formadas en
otro contexto
nacional***

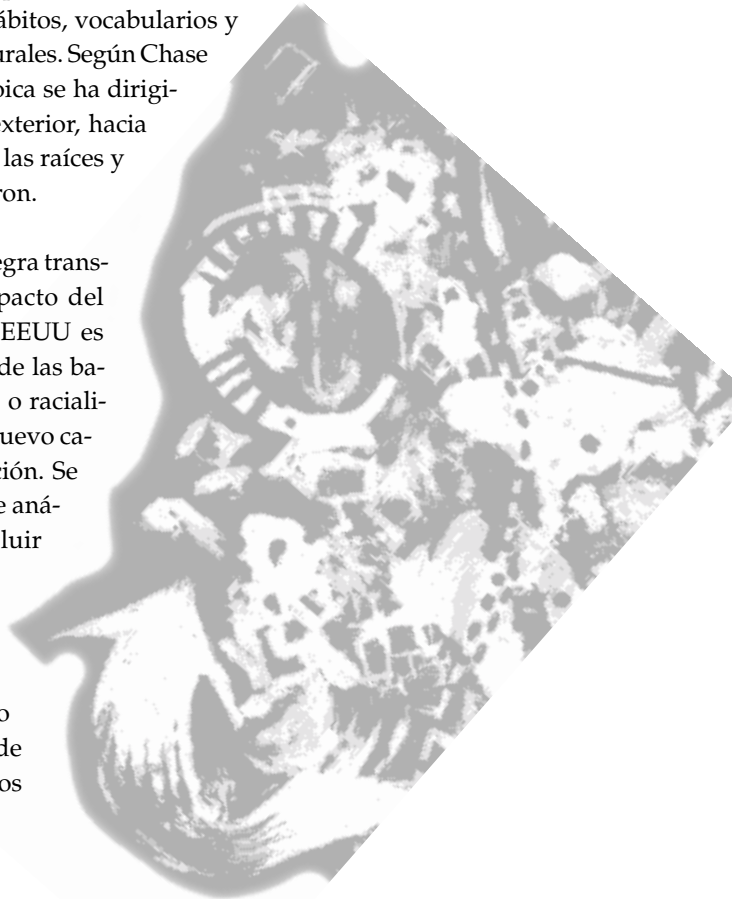
En el contexto de diferencia de poder y prestigio entre EEUU y los países de América Latina, y como parte del proceso de influencias por el que se globalizan formas particulares de identidad resultantes de una historia particular, ha surgido un grupo de investigadores norteamericanos que critican lo que ellos denominan nuestro «mito del mestizaje» (v., p. ej., en relación con Brasil, la obra colectiva de Hanchard, o Hellwig, y mi crítica a éstos en Segato 1998), sustituyendo subrepticamente la idea de utopía (una utopía del mestizaje o de la imbricación de pueblos) con la idea, peyorativa aquí, de mito. No tengo dudas de que ambos paradigmas, el de la administración de lo diverso como diverso, y el de la constitución de una nación unitaria, tienen fallas y virtudes, y de que solamente tomando en consideración realidades particulares, emergentes de historias singulares, podremos implementar estrategias políticas eficientes. Sin embargo, constatamos una entrada agresiva, sostenida con fondos, becas y oportunidades –difíciles de conseguir en nuestros países– para que la gente se convierta al discurso político de las identidades segregadas, de las minorías. Comienzan a surgir así, distorsiones y adaptaciones forzadas al nuevo esquema².

2. Solo para que el argumento que presento no sea mal entendido, es importante aclarar que soy partidaria de la institución de cuotas de vacantes específicas para negros e indígenas en Brasil, un país ferozmente racista, y que me encuentro colaborando activamente en la elaboración de una propuesta para la introducción de este instrumento de acción afirmativa, basado en un principio de equidad y discriminación positiva, en la Universidad de Brasilia.

Una percepción tergiversada o inadecuada del comportamiento social en los países periferalizados por las representaciones dominantes refuerza las certezas de «superioridad moral» de las naciones imperiales. La «superioridad moral», como muy bien lo hace notar Said (pp. xvii-xviii), constituye el fundamento de la «filantropía imperialista», «la misión civilizadora», características de los países centrales, y es uno de los pilares, sino el más vital, de la estructura del poder imperial. Buenas intenciones y vista corta son lo que nos lleva a aceptar el «auxilio».

Algunos análisis particulares muestran cómo este proceso de formación de lenguajes de identidades transnacionales se va distanciando de la experiencia étnica local. Chase Smith, por ejemplo, describe la consolidación del movimiento indígena amazónico a través de la formulación de la noción de «pueblos indígenas», que sirvió de base para la formalización de su alianza en la Comisión Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (Coica), pero relata cómo, a lo largo de este proceso, y como consecuencia del impacto global sobre el mismo, los representantes de la Coica fueron distanciándose en hábitos, vocabularios y propósitos de sus bases culturales. Según Chase Smith, «El enfoque de la Coica se ha dirigido casi exclusivamente al exterior, hacia Europa y EEUU» (p. 115), y las raíces y lealtades locales se debilitaron.

En el caso de la identidad negra transnacional emergente, el impacto del universo racial interno de EEUU es masivo, pero la resistencia de las bases locales a «identificarse» o racializarse según las pautas del nuevo canon llama bastante la atención. Se trata de un largo capítulo de análisis que no es posible incluir aquí (v., p. ej., para el caso de Brasil, Segato 1995 y 1998), pero baste mencionar la visita en 1996 del líder negro norteamericano Jesse Jackson a Brasil, donde mantuvo todos sus encuentros



secundado por el embajador estadounidense. O citar el revelador comentario de Anani Dzidzienyo a la compilación de Hellwig, con textos que revelan la mirada de intelectuales afro-norteamericanos sobre Brasil:

Si, como se argumenta comúnmente, los Estados Unidos sientan el standard contra el cual otras comunidades políticas son juzgadas en lo que respecta a relaciones raciales, entonces, ¿qué otra fuente de percepciones más profundamente sentidas que las observaciones de los africanos [norte] americanos mismos? (contraportada del volumen).

***Alteridades históricas / identidades políticas:
la importancia de una distinción rigurosa***

No se trata de afirmar que toda identidad política es enteramente perversa, sino de alertar sobre la importancia de distinguir rigurosamente entre nuevas identidades políticas, por un lado, y, por el otro, las formas tradicionales de alteridad y desigualdad con sus culturas asociadas que surgieron de su convivencia histórica en determinada escena nacional. Solo esta diferenciación precisa podrá evitar que las primeras devoren a las segundas, ocupando su lugar y eliminando sus huellas. Una especie de secuestro y sustitución a través de un proceso de *verosimilitud*.

Son *alteridades históricas* aquellas que se fueron formando a lo largo de las historias nacionales, y cuyas formas de interrelación son idiosincrásicas. Son «otros» resultantes de formas de subjetivación que parten de interacciones a través de fronteras históricas interiores, inicialmente en el mundo colonial y luego en el contexto demarcado por los Estados nacionales. Cuando subrayo el papel de las interacciones e interrelaciones históricas en los procesos de subjetivación pienso en estrecha afinidad con la recuperación que Bhabha hace del sentido de la diferencia en Fanon, pues lo que llamo aquí de alteridad histórica es, más que un conjunto de contenidos estables, una forma de relación, una modalidad peculiar de *ser-para-otro* en el espacio delimitado de la nación donde esas relaciones se dieron, bajo la interpelación de un Estado y articuladas por una es-



estructura de desigualdades propia. Ciertamente, el ser para otro del afrobrasileño, y la filosofía que orienta su movimiento de *subjetivación en relación*, es muy diferente del ser para otro del negro en el contexto norteamericano. Como Bhabha afirma, desarrollando la experiencia de Fanon, el sujeto que enuncia esa diferencia es un sujeto de identidad híbrida, pero esa hibridez, agregaría yo, es el resultado de una interacción con interlocutores precisos y estables en un ámbito delimitado. Si en el caso de los países de descolonización reciente, como los de Africa, Asia o el Caribe, esta interlocución y consecuente hibridez se dio entre nativos y administradores imperiales, en el caso de América Latina y América del Norte se dio dentro del ámbito nacional. Esta «diferencia» emergente de la interlocución, según Bhabha, no puede ser confundida con la «diversidad cultural», concepto mecánico y objetivador que «da origen a nociones liberales

***Se produce
 una reducción
 de las formas
 de ser diverso,
 una homogeneización
 mundial de
 las maneras
 de constituirse
 en diferencia,
 en identidad***

y anodinas de multiculturalismo, intercambio cultural, o cultura de la humanidad. Diversidad cultural es también la representación de una retórica radical de la separación de culturas totalizadas que viven incontaminadas por la intertextualidad de sus localizaciones históricas» (1994, p. 34).

A su vez, las alteridades históricas me parecen diferentes de las *identidades políticas transnacionales* debido a que éstas son un producto de la globalización por dos caminos posibles:

1) pueblos que estuvieron siempre constituidos y bastante aislados y que ahora inscriben su presencia con perfil definido, como solicitantes de derechos y legislaciones específicas, en un proceso de adquisición de visibilidad en términos étnicos o de «minorías» que puede ser llamado de etnogénesis o emergencia de identidades. Este es el caso, por ejemplo, de los «quilombos» o comunidades de negros cimarrones en Brasil, que deben su permanencia histórica justamente a estrategias de ocultamiento en el seno de la nación (Carvalho 1996, 1997) y que ahora se ven empujados a «visibilizarse», «etnizarse» y racializarse en términos que les son novedosos; y 2) segmentos de la población con características raciales o tradiciones diferenciadas que han existido históricamente pero cuya etnicidad pasa ahora a obedecer las pautas de un guión fijo introducido por la globalización y endosado por los Estados nacionales bajo la presión de los agentes globalizadores. Es el caso, por ejemplo, de los descendientes de africanos en Brasil y de su cultura, y del impacto sobre los mismos de las concepciones de raza en EEUU, y del papel del factor racial en las relaciones sociales en aquel país. También son ejemplos las diversas formas de construcción de

la etnicidad indígena en el Nuevo Mundo, y la pauta del indigenismo transnacional antes mencionada.

No se trata simplemente de la adquisición de conciencia sino de la sustitución de una forma de ser otro, de constituir alteridad, dentro de una historia concreta de interacciones, por un estatuto de identidad con referencia a patrones fijos donde se rechaza o niega la hibridez constitutiva de subjetivarse como «otro» en relación con lo que dice Bhabha. Por lo tanto, se produce una reducción, un achatamiento de las formas de ser diverso. O, lo que es más grave, una homogeneización mundial de las maneras de constituirse en diferencia, en identidad. Se introduce también una artificialidad y una superficialidad de lo étnico, un «multiculturalismo anodino y liberal» que se transforma en puramente emblemático –eticidad emblemática, en tanto que constituida por puros signos diacríticos de una supuesta «diferencia», pero donde no hay lugar para la discusión sobre la naturaleza misma de los recursos, su forma de extracción y su finalidad en el destino humano. Parece ser una descripción más adecuada que la «eticidad simbólica» propuesta por Gans (1979) para describir este mismo achatamiento y vaciamiento de la diversidad cultural. Lo emblemático tiene un grado menor de densidad y profundidad que lo simbólico.

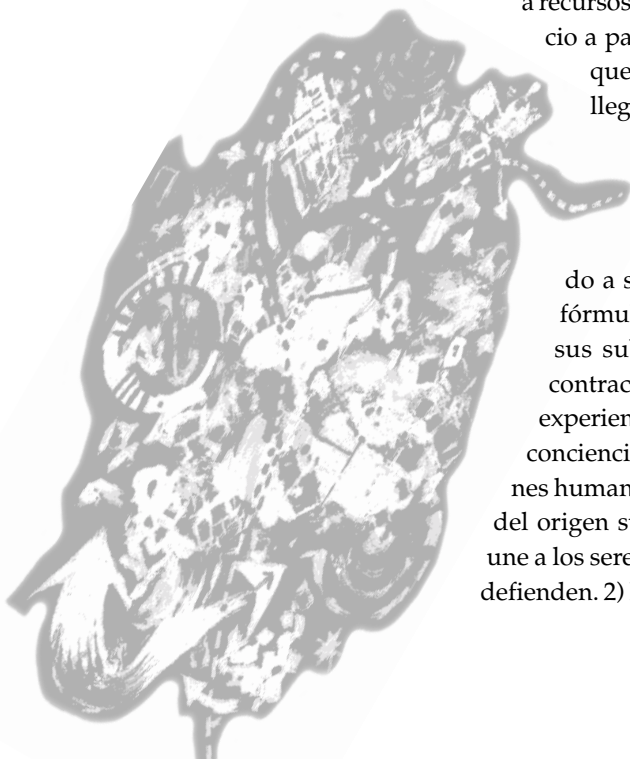
Como se sabe, el beneficio de introducir estas identidades políticas consiste en que, a partir de la pertenencia a grupos así marcados es posible reclamar acceso

a recursos y garantías de derechos, pero el precio a pagar por esta conquista es alto: 1) lo que es reclamable o deseable también llega definido, como una finalidad im-

puesta. En este proceso de pérdida de la memoria de las finalidades alternativas podríamos encontrarnos con mujeres aspirando

a ser generales, o negros imaginando fórmulas para maximizar la plusvalía de sus subordinados, pues toda la idea de contracultura, de contestación a partir de la experiencia histórica de pueblo, se pierde. La conciencia de la pluralidad de las aspiraciones humanas es disuadida, y un determinismo del origen sustituye el principio de que lo que

une a los seres humanos es el tipo de mundo que defienden. 2) Es difícil captar para este tipo de po-



lítica, con sus promesas de ciudadanía, a los grupos no periferizados, o sea, que viven todavía ajenos a las presiones de los agentes transnacionales y al proceso modernizador de la globalización. 3) Se da una pérdida de tradición, de la imaginación apoyada en soluciones culturales peculiares y un olvido de las formas de convivencia que no caben en este modelo y que son propias de nuestro mundo mestizo latinoamericano.

Con referencia a este empobrecimiento de la diferencia, la interpelación por interlocutores históricos concretos que lleva a la subjetivación es sustituida por una interpelación mecánica y racionalizada consistente básicamente en la oferta de emblemas por parte del mercado, agentes globalizadores y medios masivos de comunicación. Lo que era un proceso de comunicación donde predominaba el elemento indicativo, espontáneo, de posicionamiento con relación al «otro», se transforma en autoclasificación mecánica y objetivadora referida a un patrón abstracto, distanciado, global. Se da, así, una profunda modificación de la relación entre el lenguaje y lo vivido. La «conciencia práctica» de ser sujeto de identidad es sustituida por una conciencia obligatoriamente «discursiva» e instrumentalizadora de la propia identidad.

Veo aquí en acción «el crimen perfecto», que sustituye progresivamente las economías «reales» (en los términos de Baudrillard), locales, por la economía global bajo el régimen de la equivalencia general, como un verdadero exterminio de la experiencia de la alteridad. Identidades virtuales, programadas y producidas en escala mundial y difundidas mediáticamente secuestran y toman el lugar de las formas históricas de «ser otro».

Bibliografía

- Appadurai, Arjun: «Global Ethnoscapes» en Richard Fox (ed.): *Recapturing Anthropology*, School of American Research Press, Santa Fe, Nuevo México, 1991.
- Appadurai, Arjun: «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy» en Mike Featherstone (ed.): *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*, Sage Publications, Londres, 1995.
- Appiah, A. Kwame: «But Would That Still Be Me? Notes on Gender, 'Race', Ethnicity, as Sources of 'Identity'» en *Journal of Philosophy* N° 87, 10/1990.
- Appiah, A. Kwame: *In my Father's House: Africa in the Philosophy Culture*, Oxford University Press, Nueva York, 1992.
- Appiah, A. Kwame: «Identity, Authenticity, Survival: Multicultural Societies and Social Reproduction» en Amy Gutmann (ed.): *Multiculturalism. Examining the Politics of Recognition*, Princeton University Press, Princeton, 1994.
- Anderson, Benedict: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Londres, 1983.
- Balibar, Etienne: «The Nation Form: History and Ideology» en Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein (eds.): *Race, Nation, Class. Ambiguous Identities*, Verso, Londres, 1993.
- Baudrillard, Jean: *El crimen perfecto*, Anagrama, Barcelona, 1996.

- Bhabha, Homi: «DissemiNation: Time, Narrative and the Margins of the Modern Nation» en Homi Bhabha (ed.): *Nation and Narration*, Routledge, Londres-Nueva York, 1990.
- Bhabha, Homi: «The Commitment to Theory» en *The Location of Culture*, Routledge, Nueva York, 1994.
- Buarque, Cristovam: *O Que é Apartheid? O Apartheid Social no Brasil*, Brasiliense, San Pablo, 1993.
- Carvalho, Jose Jorge (org.): *O Quilombo do Rio das Rãs. Histórias, Tradições, Lutas*, CEAO / Edufba, Salvador (Bahía), 1996.
- Carvalho, Jose Jorge: «Quilombos: Símbolos da luta pela terra e pela liberdade» en *Cultura Vozes* N° 5 (91), 1997, pp. 149-160.
- Chase Smith, Richard: «La política de la diversidad. Coica y las federaciones étnicas de la Amazonia» en Stefano Varese (coord.): *Pueblos indios. Soberanía y globalismo*, Abya-Yala, Quito, 1996, pp. 81-126.
- Chesneau, Jean: *Modernidade-Mundo: Brave Modern World*, Vozes, Petrópolis, 1995.
- Chomsky, Noam: *World Orders Old and New*, Columbia University Press, Nueva York, 1994.
- Da Matta, Roberto: *Carnavais, Malandros e Heróis*, Zahar, Río de Janeiro, 1978.
- Da Matta, Roberto y David Hess: *The Brazilian Puzzle. Culture on the Borderlands of the Western World*, Columbia University Press, Nueva York, 1995.
- Dos Santos, Wanderley Guilherme: *Razões da Desordem*, Rocco, Río de Janeiro, 1993.
- Gans, Herbert J.: «Symbolic Ethnicity in America» en *Ethnic and Racial Studies* N° 2, 1979, pp. 1-20.
- Gans, Herbert J.: «Second-generation Decline: Scenarios for the Economic and Ethnic Futures of the post-1965 American Immigrants» en *Ethnic and Racial Studies* N° 15 (2), 4/1992, pp. 173-192.
- Gros, Christian: «Indigenismo y etnicidad: el desafío neoliberal» en *Antropología en la Modernidad*, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, 1997.
- Hanchard, Michael George: *Orpheus and Power. The Movimento Negro of Rio de Janeiro and São Paulo, Brazil, 1945-1988*, Princeton University Press, Princeton, 1995.
- Hellwig, David (ed.): *African American Reflections on Brazil's Racial Paradise*, Temple University Press, Filadelfia, 1992.
- Hollinger, David A.: *Postethnic America. Beyond Multiculturalism*, HarperCollins / BasicBooks, Nueva York, 1995.
- Ramos, Alcida: «The Hyperreal Indian» en *Critique of Anthropology* vol. 14 (2), 1994.
- Robertson, Roland: *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Sage Publications, Londres, 1992.
- Said, Edward W.: *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993.
- Salessi, Jorge: *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*, Beatriz Viterbo, Rosario, 1995.
- Santos, Boaventura de Sousa: *Pela Mão de Alice. O Social e o Político na Pós-Modernidade*, Cortez, San Pablo, 1995.
- Segato, Rita Laura: «Uma Vocação de Minoria: A Expansão dos Cultos Afro-Brasileiros na Argentina como Processo de Re-etnização» en *Dados-Revista de Ciências Sociais* N° 34/2, Río de Janeiro, 1991.
- Segato, Rita Laura: «Cidadanía: Por que Não? Estado e Sociedade no Brasil à Luz de um Discurso Religioso Afro-Brasileiro» en *Dados. Revista de Ciências Sociais* N° 38/3, 11/1995.
- Segato, Rita Laura: «The Color-Blind Subject of Myth; Or, Where To Find Africa in the Nation» en *Annual Review of Anthropology* vol. 27, 1998, pp. 129-151.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón: *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Legasa, Buenos Aires, 1985.
- Soares, Luiz Eduardo: «The Double Bind of Brazilian Culture», mimeo.
- Sollors, Werner (ed.): *The Invention of Ethnicity*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.
- Spivak, Gayatri: *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, Methuen, Londres, 1987.
- Tedesco, J.C.: *Educación y sociedad en Argentina (1880-1945)*, Solar, Buenos Aires, 1986.
- Varese, Stefano: «Parroquialismo y globalización. Las etnicidades indígenas ante el tercer milenio» en S. Varese (coord.): *Pueblos indios. Soberanía y globalismo*, Abya-Yala, Quito, 1996.
- Wallerstein, Immanuel: «Culture as the Ideological Battleground of the Modern World-System» en Mike Featherstone (ed.): *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*, Sage Publications, Londres, 1995.
- Williams, Brackette F.: «A Class Act: Anthropology and the Race to Nation Across Ethnic Terrain» en *Annual Review of Anthropology* vol. 18, 1989.
- Williams, Brackette F.: «The Impact of the Precepts of Nationalism on the Concepts of Culture: Making Grasshoppers of Naked Apes» en *Cultural Critique*, primavera de 1993.

La sociología en el hemisferio

Hacia una nueva agenda conceptual

Alejandro Portes

En este artículo se proponen elementos para una nueva agenda teórica y de investigación, con dos características en común. Brindan una base para analizar una gran masa empírica y pueden ser modificados por los resultados de la averiguación; un rasgo de los tipos ideales de mediana escala es que guían la investigación hacia ciertos aspectos del fenómeno, pero sin anticipar el resultado. En segundo lugar, este conjunto de conceptos se orienta al futuro, no hacia el análisis histórico del subdesarrollo, sino hacia la exploración de medios para superar esta situación en el plano comunitario o nacional.

La cuestión de la teoría

Las narrativas de gran escala. En ambos lados del hemisferio, y quizás en todo el planeta, es común oír a los sociólogos hablar de la «crisis de los paradigmas». Con ello se refieren a la acelerada pérdida de aceptación de las teorías de gran escala capaces de proporcionar interpretaciones generalizantes de los fenómenos sociales¹. En su momento, tanto el funcionalismo estructural norteamericano como el marxismo y el estructuralismo neomarxista europeos proporcionaron esos espaciosos marcos conceptuales. En América Latina, la perspectiva de la dependencia, al evolucionar de su posición crítica original para convertirse en una interpretación histórica general, desempeñó un papel similar.

Alejandro Portes: profesor-investigador del departamento de Sociología, Princeton University.

Palabras clave: saber sociológico, teorías de mediana escala, capital social, transnacionalismo.

Nota: Este artículo es una versión abreviada de un texto más extenso, «La sociología en el hemisferio: convergencias del pasado y nueva agenda conceptual», a su vez intervención principal leída en la Conferencia sobre Sociología Latinoamericana celebrada en la Universidad de la Florida, Gainesville, 19-20 de abril de 2001.

Generalmente se lamenta la «crisis de los paradigmas» porque se considera que dejó huérfana de orientación a la disciplina. Sin una narrativa abovedante, se percibe la investigación sociológica como una empresa atomizada, capaz de presentar únicamente un cúmulo de hechos sin sentido. Por consiguiente, se busca recuperar o descubrir el próximo marco global que unifique y otorgue coherencia a la empresa total. Quisiera sostener aquí que tales lamentos están fuera de lugar y son innecesarios. Si bien existe una «crisis de los paradigmas», entendida como la caída en desgracia de las narrativas de gran escala, su desaparición no hace retroceder nuestro cometido intelectual, sino que en realidad puede impulsar su avance. A pesar de su atractivo, esos vastos marcos interpretativos tienden a retardar el avance científico por las tres razones que plantearé a continuación.

En primer lugar, la sustitución de una lógica teórica/ deductiva por otra empírica/ inductiva. Armado con esta espada simbólica, el teórico generalizante puede atacar con certidumbre cualquier problema sin importar su naturaleza (desde la migración rural-urbana en el Tercer Mundo hasta las persistentes desigualdades raciales en el Primero o el surgimiento de corporaciones multinacionales en el planeta). Su espada es lo suficientemente poderosa para someterlos a todos. Lo único que se necesita es un poco de información para reinterpretar el problema y situarlo dentro del impugnable bastión de la teoría. La investigación empírica que emanó del funcionalismo estructural estadounidense fue relativamente escasa debido a que el marco era lo bastante amplio para acomodar casi cualquier fenómeno social².

En segundo lugar, la «desproblematización» del mundo. Como los problemas sociales pueden explicarse fácilmente en forma deductiva, no hace mucha falta el estudio empírico. Armado con su escudo simbólico, el teórico generalizante puede repeler con éxito cualquier ataque del mundo empírico, dándolo por eliminado o forzándolo a encajar en categorías preexistentes. Esta tendencia universal de todas las narrativas de gran escala hace que las sorprendan constantemente los acontecimientos del mundo real que discrepan de sus predic-

1. Manuel A. Garretón: «Democratización, desarrollo, modernidad: ¿nuevas dimensiones del análisis social?» en M.A. Garretón y O. Mella (eds.): *Dimensiones actuales de la sociología*, Bravo y Allende, Santiago, 1995; Alicia Barrios y José Joaquín Brunner: *La sociología en Chile*, Flacso, Santiago, 1988; A. Portes y Douglas Kincaid: «Sociology and Development in the 1990s: Critical Challenges and Empirical Trends» en *Sociological Forum* 4, 1989, pp. 479-503.

2. V. la incisiva crítica clásica de esta tradición en C. Wright Mills: *The Sociological Imagination*, Oxford University Press, Londres, 1959. Para un intento igualmente famoso de defender el funcionalismo estructural como un paradigma viable para la investigación sociológica, v. Robert K. Merton: *Social Theory and Social Structure* [1949], Parte I, The Free Press, Nueva York, 1968.

ciones. De acuerdo con Brunner, eso es precisamente lo que ocurrió con la sociología en Chile durante el periodo de la hegemonía marxista:

A partir de 1970, el sociólogo se vuelve un ideólogo a través del uso del nuevo paradigma (marxismo) que le permite romper con la sociología «académica» sin abandonar la pretensión de la verdad ... Las jerarquías académicas están determinadas ahora por el reconocimiento político ... De ese modo, la interpretación y aplicación de la teoría marxista se convierte en el objeto central del trabajo sociológico, dotándolo de un sentido exegético y un ritualismo arcano propio de toda hermenéutica textual.³

En tercer lugar, la objetivación de conceptos. Debido a su carácter generalizante, las teorías de gran escala adquieren una vida propia donde los conceptos se vuelven isomórficos con la realidad misma. La «competencia de mercado», los «costos de transacción», el «equilibrio social», la «introyección normativa», la «plusvalía», la «lucha de clases», para usar una variada muestra de conceptos, dejan de simbolizar representaciones mentales creadas para interpretar fenómenos sociales, para ocupar el lugar de estos últimos⁴. Como tales, están forjados en piedra, y se vuelven una traba en lugar de una ayuda para fomentar el conocimiento. Anticipándose casi 70 años al deprimente cuadro de Chile presentado por Brunner, sobre el paradigma marxista en su *Methodology of the Social Sciences*, Weber afirmó:

...La significación heurística eminente y ciertamente inimitable de los tipos ideales del marxismo cuando se les usa para la *evaluación* de la realidad, es evidente para cualquiera que haya empleado esos conceptos e hipótesis. En forma similar, su perniciosidad, en cuanto se les considera empíricamente válidos o reales ... es igualmente conocida para quienes los han usado.⁵

Los paradigmas, como las narrativas de gran escala, están de partida, y que les vaya bien. La sociología tiene su propio paradigma que solo contiene unos pocos principios axiomáticos: la autonomía de los fenómenos sociales de sus manifestaciones individuales, la significación de las normas y valores sociales en la orientación de la acción humana, la construcción social de instituciones, la permanencia y la fuerza restringente de las estructuras de poder, la inserción de iniciativas personales y colectivas en un contexto de relaciones sociales. Más allá de eso, todo es incierto y objeto de investigación. El papel particular de la teoría dentro del paradigma sociológico es guiar esas investigaciones y permitir que sus resultados la modifiquen.

3. José Joaquín Brunner: *El modo de hacer sociología en Chile*, Flacso, Santiago, 1988, pp. 238-239.

4. Ernest Nagel: *The Structure of Science*, Harcourt, Brace and World, Nueva York, 1961. Para una discusión del problema de la objetivación pertinente a la teoría de clases, v. A. Portes: «The Resilient Significance of Class: A Nominalist Interpretation» en *Political and Social Theory* 14, 2000, pp. 249-284.

5. M. Weber: *The Methodology of the Social Sciences* [1904], E.A. Shils y H.A. Finch (trads.), The Free Press, Nueva York, 1949, p. 103.

Contribuciones latinoamericanas a las teorías de mediana escala. La alternativa a la «teoría de gran escala» no es la «no teoría», sino conceptos con un grado de abstracción suficiente para organizar y guiar la investigación empírica, y al mismo tiempo tan concretos como para resultar modificables e incluso refutables por la investigación en curso. Más de un teórico tiene la desatinada aspiración de alcanzar un grado lo bastante alto de generalidad para que sus pronunciamientos escapen de la confrontación con los hechos, adquiriendo una falsa apariencia de realidad. El resultado son los tratados exegéticos y la hermenéutica textual de los que hablaba Brunner.

Una característica clave de una buena teoría es precisamente su condición de refutable. En su *Methodology*, Weber se refería a los conceptos necesarios como «tipos ideales», y explicó detalladamente su origen inductivo, su naturaleza heurística y sus usos como guías de la investigación científica⁶. A mediados del siglo xx, Merton volvió al mismo tema, refiriéndose a ese nivel de teorización como de «mediana escala»⁷. Una interpretación falsa del argumento de Merton consiste en considerar los conceptos y proposiciones de mediana escala como limitados a fenómenos o instituciones sociales muy específicos (movimientos políticos, delincuencia, escuelas o corporaciones). Eso es erróneo. La «mediana escala» no se refiere al asunto específico al que se aplica el concepto, sino a su grado relativo de abstracción –equidistante de todos los límites– al abarcar leyes y generalizaciones empíricas concretas. De ese modo, el propio concepto de Merton de las «duraciones socialmente esperadas», acuñado para denotar la temporalidad normativa de los acontecimientos sociales, puede tanto medirse como aplicarse empíricamente en una multiplicidad de escenarios: desde el estudio de los sistemas políticos hasta el de las prácticas religiosas⁸. Aquellos que descartan los conceptos de mediana escala considerándolos limitados o mediocres cometen un grave error, pues en ese ámbito es donde la teoría presenta resultados como receptáculo de conocimientos y como guía para futuras investigaciones.

A pesar de su inclinación a las narrativas de gran escala, la sociología latinoamericana ha brindado sus aportes a las de mediana escala. Como lo observa

*La «mediana
escala»
no se refiere al
asunto específico
al que se aplica
el concepto,
sino a su
grado relativo
de abstracción*

6. M. Weber: «'Objectivity' in Social Science Policy» en *ibíd.*, pp. 49-112.

7. R.K. Merton: *ob. cit.*, cap. 2.

8. R.K. Merton: «Socially Expected Durations: A Case Study of Concept Formation in Sociology» en W.W. Powell y R. Robbins: *Conflict and Consensus*, The Free Press, Nueva York, 1984, pp. 262-286.

González Casanova, la teoría de la marginalidad, introducida por Gino Germani en la Universidad de Buenos Aires, arroja una nueva luz sobre las características específicas de la pobreza en la región y su dinámica distintiva⁹. El concepto era lo suficientemente abstracto para subsumir una gran cantidad de información empírica, pero también lo suficientemente preciso para resultar mensurable y modificable, tal como ocurrió en una serie de estudios detallados realizados en Argentina, Brasil, Chile y otros países¹⁰.

En la misma categoría se encuentra la teoría del colonialismo interno, la cual debe mucho a las contribuciones de varios sociólogos latinoamericanos, incluyendo a González Casanova. Los estudios realizados en países con extensas poblaciones indígenas fueron campo fértil para el surgimiento del concepto, ya que ellos se caracterizaban por una profunda separación de esas poblaciones en su mayoría rurales, del común de la sociedad, de raíz europea y predominantemente urbana. La brecha trascendía de muchas maneras las diferencias que se asocian normalmente con las clases sociales en las sociedades industrializadas: la población indígena colonizada ni experimentaba movilidad ascendente con el paso de las generaciones ni era vista como parte de la «misma» sociedad civil por los grupos dominantes¹¹. La condición servil casi permanente de esas colonias internas tuvo un papel crucial en la consolidación de sociedades altamente desiguales en la región.

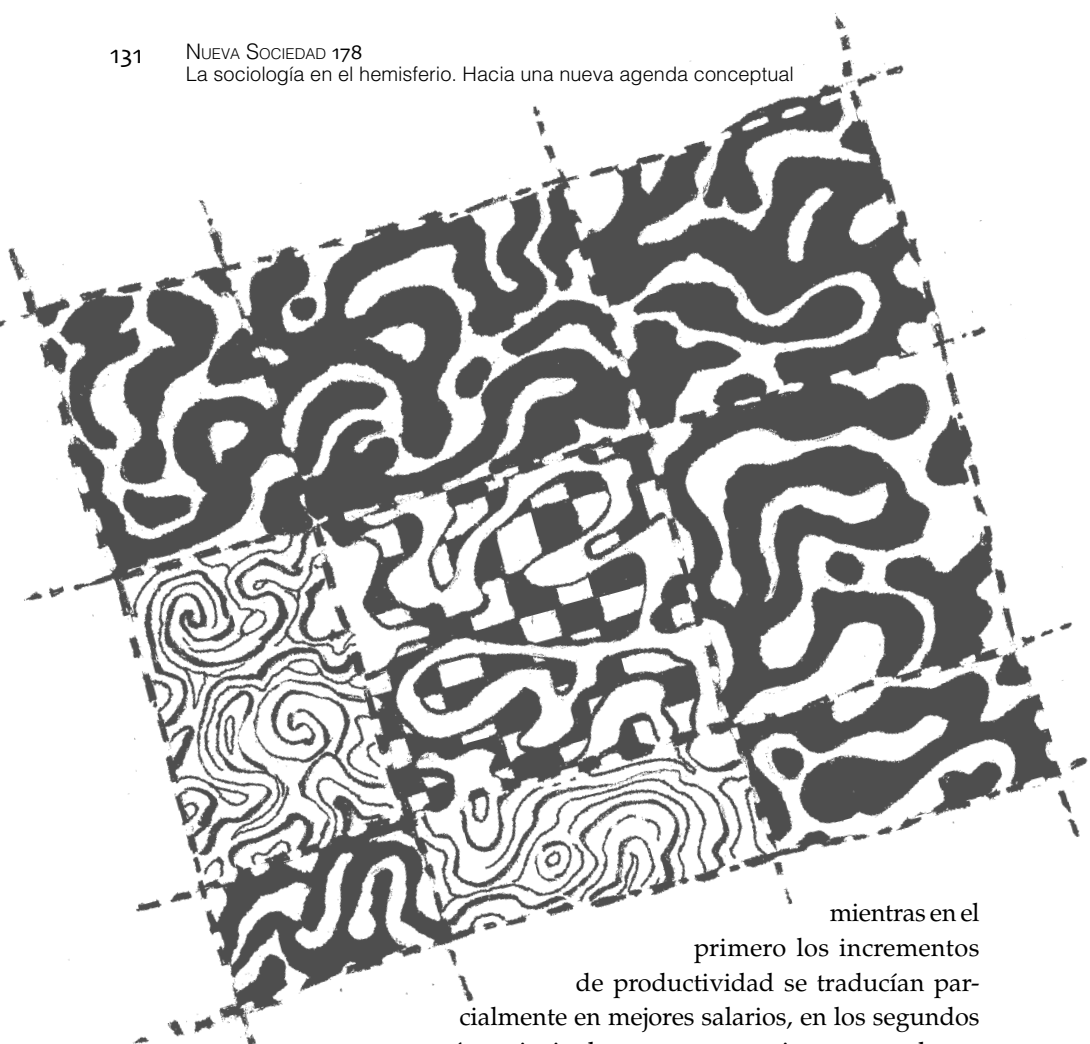
Un tercer concepto de este tipo es el de «centro-periferia», desarrollado originalmente por Prebisch¹². En manos del economista argentino, el concepto «centro-periferia» no era un *deus ex machina* para todo lo que estaba mal en América Latina, sino más bien un medio para demostrar diferencias sistemáticas en la organización del capitalismo y en los mecanismos para la apropiación del excedente en el mundo industrializado y en los países de la periferia. De ese modo,

9. Pablo González Casanova: «Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma» en Roberto Briceño-León y Heinz R. Sonntag (eds.): *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998, pp. 135-149.

10. V., entre otros, José Nun: «Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal» en *Revista Latinoamericana de Sociología* 5, 1969, pp. 178-236; Desal: *Marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico*, Herder, Barcelona, 1969; A. Portes: «Los grupos urbanos marginados: nuevo intento de explicación» en *Aportes* 18, 1970, pp. 131-147.

11. P. González Casanova: «Internal Colonialism and National Development», pp. 27-47; Rodolfo Stavenhagen: «Classes, Colonialism, and Acculturation» en *Studies in Comparative International Development* 1, 1965, pp. 53-77; Bryan R. Roberts: *Cities of Peasants*, Edward Arnold, Londres, 1978.

12. Raúl Prebisch: *The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems*, United Nations, Nueva York, 1950; *The Economic Development of Latin America in the Post-War Period*, United Nations, Nueva York, 1964; «Notes on Trade from the Standpoint of the Periphery» en *Cepal Review* 28, 1986, pp. 203-216.



mientras en el primero los incrementos de productividad se traducían parcialmente en mejores salarios, en los segundos se convertían principalmente en ganancias por excedente.

Y mientras las exportaciones de manufacturas del Primer Mundo disfrutaban una elasticidad continua de la demanda, las exportaciones agrícolas del Tercero enfrentaban una creciente inelasticidad que conducía a perennes desequilibrios comerciales¹³.

Los conceptos que introdujo, desarrolló o popularizó la sociología latinoamericana tienen en común un énfasis en la condición del subdesarrollo y sus diversas manifestaciones en la región. La teoría de la marginalidad se centró principalmente en los pobres urbanos, definidos como una población económicamente redundante; la teoría del colonialismo interno hizo lo propio con los indígenas rurales, definidos como un sub-estrato permanentemente explo-

13. *Ibíd.*; A. Portes y John Walton: *Labor, Class, and the International System*, cap. I, Academic Press, Nueva York, 1981.

tado que contribuye a las ganancias por excedente de terratenientes nacionales y extranjeros. Finalmente, la tipología centro-periferia abarcó la región como un todo, concentrándose en su inserción distinta, subordinada y económicamente estancada en la economía mundial. Esa orientación del diagnóstico hacia los males del subdesarrollo compartió con la narrativa de gran escala que dominaba la sociología latinoamericana a fines del siglo xx. Theotônio dos Santos define la dependencia como:

... Una situación en que la economía de ciertos países está condicionada por la expansión de otra economía ... los países dominantes pueden ampliar y autopropulsar sus economías, mientras otros solo pueden hacerlo como un reflejo de esa expansión ... el subdesarrollo no es una etapa previa al capitalismo, sino una consecuencia de él y una forma particular de su evolución.¹⁴

Mirando al futuro: una agenda conceptual

Uno de los problemas de una ciencia social prisionera de las narrativas de gran escala es su tendencia a presentar drásticos planes rectores para el futuro que

***Siempre hay
una semilla
de verdad
en toda narrativa
de gran escala.
El problema
con las fórmulas
generalizantes
que ellas proponen
es su falta
de perspectiva
sociológica***

por lo general se van a pique con los detalles de su implementación. Es así como las versiones más radicales de la teoría de la dependencia llegaban a la conclusión de que la única solución para el subdesarrollo era la revolución popular y la autarquía económica. Tales intentos de separación de la economía mundial tuvieron varias consecuencias trágicas y en ningún caso conocido condujeron a sus objetivos declarados. Hace poco, los seguidores de una ideología opuesta, la economía neoclásica, han sugerido la liberalización del mercado y el desmantelamiento de la presencia del Estado en la economía, como fórmulas mágicas para el crecimiento económico sostenido y el pleno empleo.

La literatura reciente ha documentado muy bien la crónica de esas políticas y su tendencia a incrementar la desigualdad social y la degradación de las condiciones del empleo para las clases trabajadoras¹⁵.

14. Theotônio dos Santos: «La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina» en Helio Jaguaribe, Aldo Ferrer, Miguel S. Wiocek y Theotônio dos Santos: *La dependencia político-económica de América Latina*, Siglo XXI, México, 1970, p. 180.

15. Carlos Filgueira: «Estado y sociedad civil: políticas de ajuste estructural y estabilización en América Latina», ponencia presentada a la conferencia «Respuestas de la sociedad civil al ajuste neoliberal», University of Texas, Austin, abril de 1996; Oswaldo Sunkel: «The Unbearable Lightness of Neoliberalism», ponencia presentada a la conferencia sobre sociología latinoamericana, University of Florida, Gainesville, abril de 2001; A. Portes: «Neoliberalism and the Sociology of Development: Emerging Trends and Unanticipated Facts» en *Population and Development Review* 23, 1997, pp. 229-259.

Sin lugar a dudas, siempre hay una semilla de verdad en toda narrativa de gran escala. El problema con las fórmulas generalizantes que ellas proponen es su falta de perspectiva sociológica. El contexto es importante, y políticas idénticas pueden resultar o fracasar dependiendo de las estructuras sociales en que se inserten. En lugar de ese enfoque fallido, podemos considerar la aplicación de varios conceptos de mediana escala introducidos recientemente en la sociología económica y en la del desarrollo, que tienen el potencial tanto de revigorizar la disciplina como de proporcionar herramientas para el diseño de programas de desarrollo eficaces. Esos conceptos no forman un marco unificado, pero pueden ser concebidos como un «juego de herramientas» de tipos ideales heurísticamente útiles. Por las razones mencionadas, este enfoque pragmático de la teorización parece preferible a los paradigmas generalizantes del pasado.

El capital social/cultural. Introducidos por Bourdieu, los conceptos gemelos del capital social y el capital cultural enfocan los recursos de que disponen los individuos y las comunidades en virtud de sus vínculos sociales y de la posibilidad de intercambiar tales recursos por capital monetario. Actores que poseen redes sociales extensas y diversificadas y que han aprendido las vías «adecuadas» pueden movilizar recursos económicos con mucha mayor facilidad que otros dentro de los mismos círculos. Comunidades dotadas de densos vínculos de solidaridad y reciprocidad pueden aunar recursos para iniciar asociaciones empresariales viables que conduzcan al crecimiento sostenido¹⁶.

El valor heurístico de esos conceptos condujo a su popularización a manos de académicos menos cuidadosos que Bourdieu, y a su conversión en explicaciones fáciles para los más diversos males sociales. De esa manera, Putman adquirió notoriedad al atribuir a la ausencia de capital social resultados tan diversos como el fracaso de la democracia en los países de Europa oriental, la pobreza y la violencia en los guetos urbanos estadounidenses, y el estancamiento económico de las ciudades del sur de Italia. Tales explicaciones tienden a ser tautológicas, ya que infieren la presencia o ausencia de capital social de los mismos resultados que se le atribuyen; así, si una ciudad o una nación es próspera y tiene un buen gobierno, es porque tiene capital social; en caso contrario, es porque obviamente carece de ese recurso¹⁷.

16. Pierre Bourdieu: «Le capital social: notes provisoires» en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 31, 1980, pp. 2-3; «The Forms of Capital» en J.G. Richardson (ed.): *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Greenwood Press, Nueva York, 1985, pp. 241-258.

17. Robert D. Putman: «The Prosperous Community: Social Capital and Public Life» en *The American Prospect* 13, 1980, pp. 35-42.

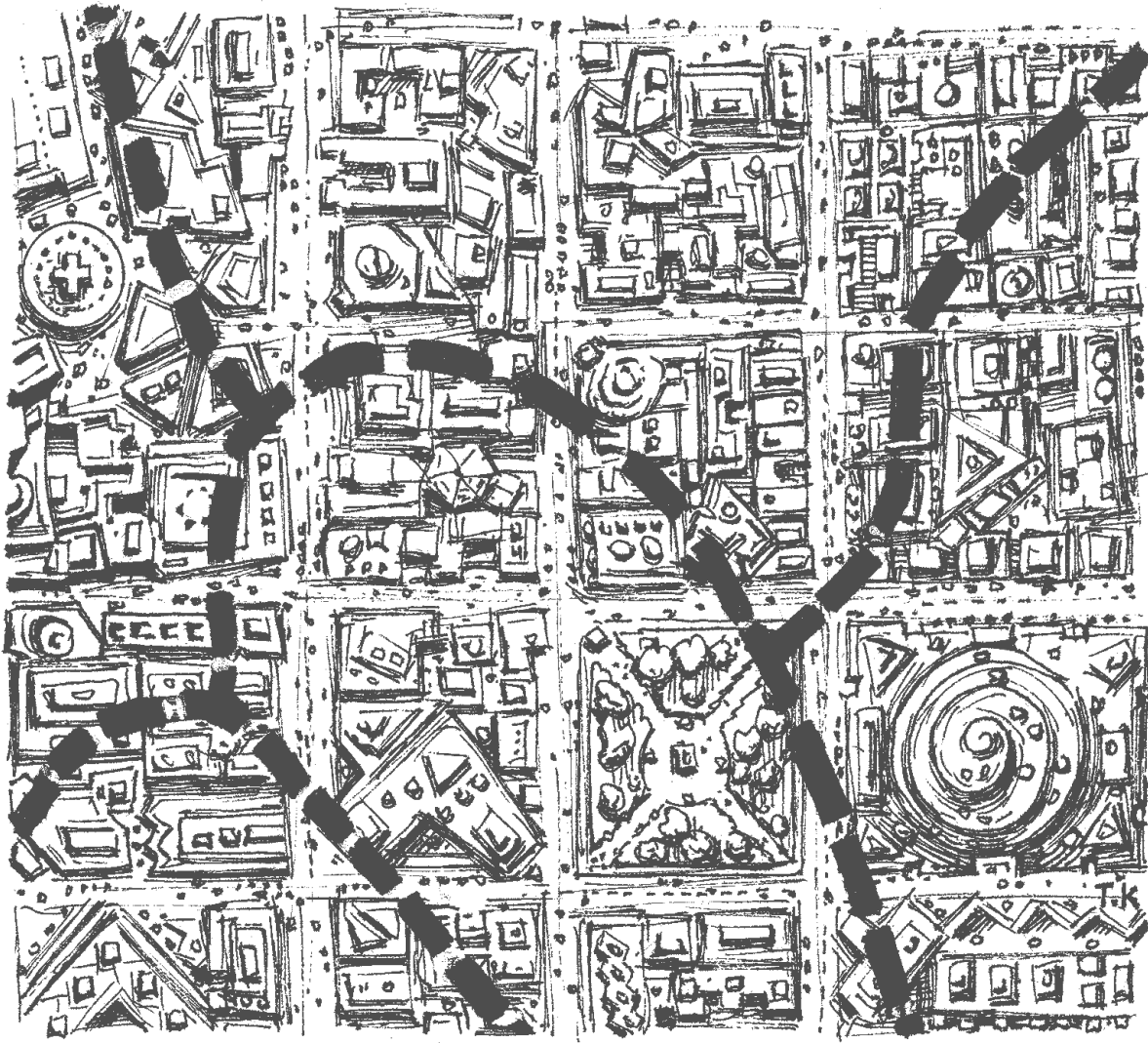
En el ámbito de las comunidades específicas el capital social puede definirse como los recursos colectivos disponibles en virtud de la existencia de redes sociales y de estructuras sociales más grandes de las que forman parte sus miembros. El capital social de la comunidad tiene dos manifestaciones principales y observables: la *solidaridad circunscrita*, es decir, el grado de lealtad que se demuestran los miembros entre sí; un sentimiento de «nosotros» que conduce a una conducta de respaldo mutuo en las relaciones con el mundo exterior. La *confianza exigible* es la confianza en que las obligaciones individuales se cumplirán debido al poder de sanción de la comunidad; en las comunidades con altos grados de capital social no son muy necesarios los contratos formales o los abogados, pues la amenaza de ostracismo y otras sanciones sociales actúan como la mejor garantía del cumplimiento de las normas¹⁸.

El capital cultural puede definirse como un repertorio de conocimientos asequibles a comunidades específicas para adaptarse a su ambiente físico y social y alcanzar sus metas. Surge de la historia compartida y se transmite a través del proceso de socialización. El capital cultural abarca la educación formal así como una amplia gama de competencias informales, tanto prácticas como sociales, legadas de una generación a otra¹⁹. Aunque menos teorizado que el capital social, y hasta ahora menos empleado en la investigación, el capital cultural también es mensurable y puede usarse en proposiciones relativas a la receptividad a las innovaciones y la viabilidad de iniciativas de desarrollo en el plano de la comunidad.

Las cadenas globales de bienes. Una cadena de bienes se define como la gama de actividades humanas que se requiere para el diseño, la producción y la comercialización de un producto. Las cadenas de bienes se han vuelto cada vez más globales, no solo en el mercadeo del producto final, sino también en su diseño y manufactura. Son importantes porque representan «mecanismos internos» del desarrollo económico. Mientras los teóricos generalizantes y los *pandits* de la política pueden insistir elocuentemente en los méritos relativos de diferentes modelos de desarrollo, lo que realmente determina los cambios de un país para el crecimiento económico y la absorción de mano de obra son las formas en que su aparato productivo se organiza, y se inserta en los círculos del comercio global²⁰.

18. A. Portes y Julia Sensenbrenner: «Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action» en *American Journal of Sociology* 98, 1993, pp. 1320-1350; v. tb. A. Portes: «Economic Sociology and the Sociology of Immigration: A Conceptual Overview» en A. Portes (ed.): *The Economic Sociology of Immigration, Essays on Networks, Ethnicity, and Entrepreneurship*, Russel Sage Foundation, Nueva York, pp. 1-41.

19. P. Bourdieu: «The Forms of Capital», cit.



Gary Gereffi y sus colaboradores han venido desarrollando un amplio programa de investigación basado en este concepto de mediana escala, vinculándolo con las políticas de sustitución de las importaciones y las orientadas a la exportación en Asia y América Latina. Sus investigaciones han conducido a varias conclusiones importantes. En primer lugar, los países asiáticos y latinoamericanos en vías de industrialización no difieren mucho en la adopción de políticas de sustitución de importaciones destinadas a proteger a los productores nacionales, seguidas por un cambio a la promoción de la exportación. Si bien el

20. V. la colección editada por Gary Gereffi y Miguel Korzeniewicz: *Commodity Chains and Global Capitalism*, Praeger, Westport, 1994.

momento histórico puede haber sido diferente, la evolución de los modelos de política fue la misma. La única diferencia significativa estuvo en el carácter de las cadenas de bienes implantadas en cada región²¹.

Gereffi establece una diferencia entre «cadenas impulsadas por el productor» y «cadenas impulsadas por el comprador». Las primeras son aquellas en las que grandes corporaciones multinacionales buscan controlar todos los aspectos de la producción: desde la adquisición de materia prima hasta la comercialización del producto final. Esta «internalización» de las diferentes etapas de producción y venta es característica de grandes conglomerados en la industria automotriz, de aeronaves y de semiconductores. Tales empresas no solo controlan el producto final, sino que también emplean múltiples estratos de subcontratistas organizados en «hileras» de magnitud y complejidad progresivas. Las cadenas de bienes impulsadas por el comprador son aquellas industrias en las que grandes minoristas y firmas de marcas registradas tienen un papel principal en la subcontratación de la producción, no solo de partes sino también del producto completo, en plantas en el Tercer Mundo. Son «empresas sin fábricas», cuyo papel está en las etapas iniciales del diseño y en las etapas finales del mercado, pero que en realidad no producen nada²².

Este patrón de industrialización impulsada por el comprador se ha vuelto usual en la industria de bienes de consumo de alto coeficiente de mano de obra tales como ropa, calzado, juguetes y electrónica casera. La diferencia clave entre ambos tipos de cadenas está en la ubicación del control y la apropiación de las ganancias. En las cadenas impulsadas por el productor se encuentran en la empresa industrial central (Ford, GM, Toyota o Boeing). En las cadenas impulsadas por el comprador están en manos de los distribuidores (ya sean grandes tiendas por departamentos como Sears o K-Mart o firmas de marcas como The Gap o Nike). El hecho de que esas empresas no produzcan nada no impide que se apropien de la parte leonina de las ganancias. Su fórmula es simplemente «comprar barato» a contratistas dispersos en el Tercer Mundo y «vender caro» en los mercados del Primero²³.

El surgimiento de cadenas de bienes impulsadas por el comprador da lugar a la paradoja, enfatizada por Arrighi, de que hoy en día un país puede llegar a

21. *Ibid.*; G. Gereffi: «Rethinking Development Theory: Insights from East Asia and Latin America» en *Sociological Forum* 4, 1989, pp. 505-533.

22. G. Gereffi: «International Trade and Industrial Upgrading in the Apparel Commodity Chain» en *Journal of International Economics* 48, 1999, pp. 37-70.

23. *Ibid.*

ser industrializado y seguir siendo pobre, porque el grueso de su valor agregado en producción se queda en el exterior²⁴. Esta novel forma de intercambio desigual enfrenta a los gobiernos de países en proceso de industrialización con otra paradoja: para promover el crecimiento y el empleo tienen que ingresar a los círculos del comercio global usando cualquier recurso que los haga competitivos; si ese recurso es principalmente mano de obra barata y abundante, esa inserción puede perpetuar la subordinación y pobreza de sus países. Pueden pasar simplemente de ser productores de víveres y materias primas de bajo costo, a productores de bienes industriales baratos donde el grueso de las ganancias va a otro lugar²⁵. Esta tipología de mediana escala resulta útil para comprender las diferencias entre los países asiáticos y latinoamericanos, y como marco para analizar los resultados de diferentes políticas de desarrollo.

Transnacionalismo. Aunque aplicado en contextos diferentes y con distintos significados, el concepto de transnacionalismo se relaciona cada vez más con los campos sociales que crean los inmigrantes entre sus comunidades y naciones de origen, generalmente pobres, y los países avanzados donde se establecen. Debido a su continua condición de subordinación económica en el sistema global, América Latina se ha vuelto exportadora no solo de materia prima, víveres y artículos ensamblados, sino también de gente. El carácter crecientemente internacionalizado de estas economías significa no solo su dependencia progresiva de las exportaciones, sino también que sus poblaciones tienen un mayor acceso a las condiciones de vida y trabajo en el exterior y a la información correspondiente²⁶.

24. Giovanni Arrighi: *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, cap. 4, Verso Books, Londres, 1994.

25. Gereffi establece una segunda diferencia clave entre la manufactura de ensamblaje para la exportación, la manufactura de equipo original (MEO) y la manufactura de marca original (MMO). La manufactura de ensamblaje es la etapa más simple, el «punto de entrada» en cadenas globales donde las plantas del Tercer Mundo meramente arman artículos de consumo tales como prendas de vestir, calzado y juguetes, a partir de partes y diseños traídos del exterior. La MEO refleja una etapa más avanzada de subcontratación, donde empresas industriales pueden surtirse de partes localmente y producir el producto completo con estándares internacionales de calidad. Esta etapa normalmente implica un desplazamiento cualitativo de productos simples como prendas de vestir, a otros con mayor valor agregado como artículos electrónicos. Por último, las firmas de MMO representan una etapa avanzada de manufactura de exportación en la cual las empresas productoras son lo suficientemente maduras para diseñar sus propios artículos y comercializarlos con su propia marca. El paso de grandes firmas industriales japonesas a esta última etapa marcó la transformación del país en un actor principal en la economía mundial. G. Gereffi: «Rethinking Development...», cit.; «International Trade and Industrial Upgrading...», cit.

26. A. Portes: «Globalization from Below: The Rise of Transnational Communities» en Van der Land, D. Kalb y R. Staring (eds.): *The Ends of Globalization: Bringing Society Back In*, Rowman and Littlefield, Boulder, 1999, pp. 253-270; «Global Villages: The Rise of Transnational Communities» en *The American Prospect* 25, 1996, pp. 74-77.

La inexorable ofensiva de las corporaciones multinacionales para ampliar sus mercados lleva a su creciente presencia en países menos desarrollados, exponiendo a sus ciudadanos a las delicias del consumismo, bajando los precios, extendiendo el crédito y facilitando el acceso al mundo avanzado bien sea a través de la comunicación electrónica o de boletos aéreos de bajo precio. No puede sorprender que aproximadamente un décimo de la población de México, El Salvador, República Dominicana y Haití viva en el exterior. En términos de concentración de ciudadanos, varias naciones latinoamericanas tienen su segunda ciudad más grande en EEUU (principalmente en Nueva York, Los Angeles o Miami)²⁷.

Si bien la migración sudamericana no ha alcanzado las magnitudes de la de México o el Caribe, también está aumentando rápidamente. La emigración de colombianos a EEUU se ha vuelto masiva, incentivada por la violencia y la inestabilidad política. Estudios recientes han revelado que una serie de ciudades y regiones de Sudamérica han cambiado totalmente debido a la emigración en masa. Tal es el caso de Governador Valladares, en Brasil, y de Otavalo y Cuenca en Ecuador²⁸. Es posible que queden muchos otros ejemplos que aún no se han descubierto debido a la escasez de investigadores sociales y de respaldo a la investigación.

En el pasado, la migración no tenía un lugar destacado en los análisis sociológicos o económicos del desarrollo en América Latina. Desde el punto de vista público y oficial, los primeros emigrantes eran poco más que desertores. Cuando el flujo incluía cantidades sustanciales de profesionales y técnicos, se le deploraba como parte de una «fuga de cerebros» que despojaba a los países pobres de sus talentos en beneficio del mundo desarrollado²⁹. Esas perspectivas no tomaron en cuenta la posibilidad de que los emigrantes regresarían y de que tenderían puentes cada vez más sólidos entre sus lugares de origen y de destino. Las mismas tecnologías de comunicación y transporte que facilitaron la

27. Michael Peter Smith y Luis E. Guarnizo: «The Locations of Transnationalism» en M.P. Smith y L.E. Guarnizo (eds.): *Transnationalism from Below*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1998, pp. 3-34; P. Landolt, Lilian Autler y Sonia Baires: «From 'Hermano Lejano' to 'Hermano Mayor': The Dialectics of Salvadoran Transnationalism» en *Ethnic and Racial Studies* 22, 1999, pp. 422-446.

28. Peggy Levitt: «Transnational Migration and Development: A Case of Two for the Price of One?», papel de trabajo, Center for Migration and Development, Princeton University; David Kyle: «The Otavalo Trade Diaspora: Social Capital and Transnational Entrepreneurship» en *Ethnic and Racial Studies* 22, 1999, pp. 290-315.

29. William A. Glaser y Christopher Habers: «The Migration and Return of Professionals» en *International Migration Review* 8, 1974, pp. 227-244; Enrique Oteiza: «La migración de profesionales, técnicos y obreros calificados argentinos a Estados Unidos» en *Desarrollo Económico* 10, 1971, pp. 429-454.

salida de los emigrantes les permitieron desarrollar un flujo continuo y bidireccional de información y recursos, transformando en el proceso el carácter tanto de las comunidades de origen como de los lugares de asentamiento en el exterior.

Transnacionalismo es el concepto acuñado en la sociología de la inmigración para referirse a ese fenómeno, y comunidades transnacionales es el término usado en el estudio de su consecuencia más visible³⁰. A diferencia de las actividades «multinacionales» de las corporaciones globales y de las relaciones «internacionales» que conducen los Estados, el transnacionalismo abarca los contactos transfronterizos no oficiales iniciados y mantenidos por los inmigrantes, sus parientes y sus comunidades en el país natal. Los campos sociales que se crean entonces incluyen iniciativas económicas que buscan capitalizar las oportunidades en las áreas de origen y de recepción, al igual que movilizaciones políticas, eventos culturales e intercambios religiosos. A través de sus emigrantes en el Primer Mundo las comunidades nativas pueden encontrar una voz poderosa para expresar sus aflicciones. Pueblos empobrecidos pueden encontrar una forma de paliar la inercia gubernamental mediante el financiamiento de obras públicas apremiantes gracias a sus diásporas. Iglesias, tanto la católica como la protestante, entran en el campo transnacional proporcionando orientación y protección a sus feligreses en el exterior, y canalizando a la vez sus remesas y donaciones hacia proyectos religiosos en la tierra natal³¹.

*Investigaciones
sociológicas
recientes
han establecido
el crecimiento
y alcance
del fenómeno del
transnacionalismo
y han explorado
sus principales
raíces*

Investigaciones sociológicas recientes han establecido el crecimiento y alcance del fenómeno del transnacionalismo y han explorado sus principales raíces. El cuadro presenta la gama de tipos y consecuencias observados en áreas de establecimiento de inmigrantes y en países y comunidades de origen. Los estudios de determinantes del transnacionalismo han demostrado que los contextos de salida y recepción de flujos particulares de inmigrantes afectan decisivamente

30. V. la colección de artículos editados por A. Portes, L.E. Guarnizo y P. Landolt con el título «Transnational Communities», número especial de *Ethnic and Racial Studies* 22, 3/1999.

31. Robert C. Smith: «Mexican Immigrants, the Mexican State, and the Transnational Practice of Mexican Politics and Membership» en *LASA Forum* 24, 1998, pp. 19-24; Eric Popkin: «Guatemalan Mayan Migration to Los Angeles: Constructing Transnational Linkages in the Context of the Settlement Process» en *Ethnic and Racial Studies* 22, 1999, pp. 267-284.

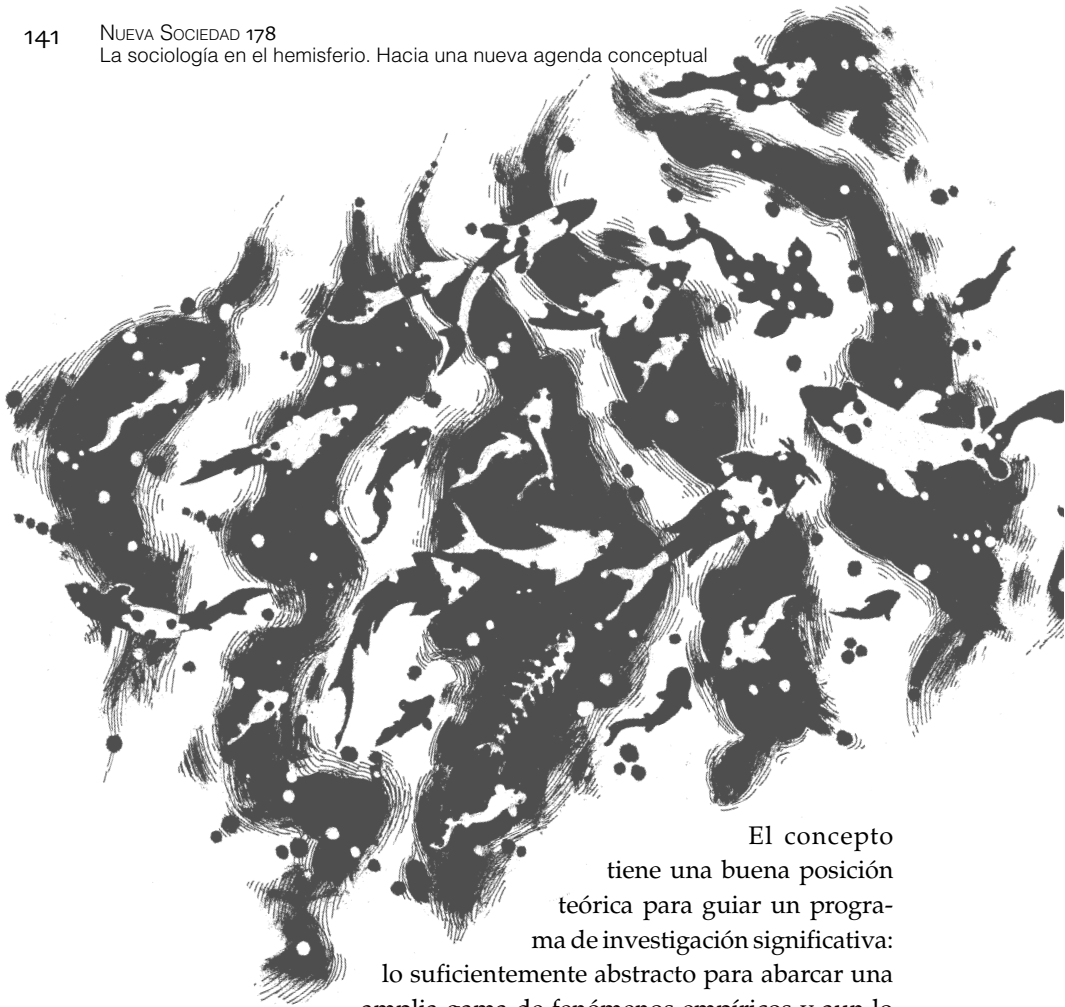
los tipos de actividades a los que ellos se dedican. Asimismo, que son los inmigrantes con mayor nivel de educación y una situación legal más segura los que más probablemente se involucran en actividades transnacionales, económicas o políticas, a diferencia de los que están en situaciones más marginales³².

Cuadro

Tipos y consecuencias del transnacionalismo inmigrante

Escenario	Tipo			
	<i>Económico</i>	<i>Político</i>	<i>Religioso</i>	<i>Cultural</i>
Ciudad y país de acogida	– Espíritu empresarial como alternativa al trabajo de salario bajo.	– Movilizaciones a favor de causas en el país de origen - Establecimiento de filiales «extranjeras» de partidos políticos del país de origen.	– Iglesias locales se reorganizan para responder a los intereses e inquietudes de los inmigrantes.	– Festivales musicales y artísticos organizados en áreas de inmigrantes para celebrar festividades nacionales.
Comunidad en el país de origen	– Inversiones de inmigrantes en bienes raíces, construcción y comercio como fuente de crecimiento.	– Comités cívicos binacionales planifican y financian obras públicas - Autoridades locales electas con respaldo de diásporas migratorias.	– Parroquias locales fortalecidas con donaciones de inmigrantes - Clérigos locales viajan al exterior para guiar a miembros expatriados de su congregación.	– Se organizan grupos musicales y de teatro para actuar en áreas de concentración de inmigrantes.
País de origen	– Remesas de los emigrantes se convierten en primera fuente de divisas.	– Se aprueban leyes que garantizan la doble ciudadanía y los derechos al voto, a fin de fortalecer las lealtades de los emigrantes.	– Las iglesias organizan intercambios binacionales de sacerdotes y pastores.	– Se reorganiza binacionalmente la industria musical - Iniciativas oficiales para apoyar la difusión de la cultura nacional en el exterior.

32. P. Landolt: *The Causes and Consequences of Transnational Migration: Salvadorans in Los Angeles and Washington DC*, tesis doctoral, Departamento de Sociología, Johns Hopkins University, 2000; José Itzigsohn, Carlos Dore, Esther Hernández y Obed Vázquez: «Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices» en *Ethnic and Racial Studies* 22, 1999, pp. 316-339; L.E. Guarizo y A. Portes: «From Assimilation to Transnationalism», Working Paper Series, Center for Migration and Development, Princeton University, 2001.



El concepto
tiene una buena posición
teórica para guiar un programa
de investigación significativa:

lo suficientemente abstracto para abarcar una amplia gama de fenómenos empíricos y aun lo suficientemente concreto para resultar modificable y refinable con base en los estudios de los mismos procesos. A medida que los gobiernos de los países de origen intervienen en el campo transnacional, garantizando la doble ciudadanía y el derecho al voto de sus naturales en el exterior, y por otra parte tratando de influir en sus lealtades, los estudios de este fenómeno adquieren una importancia raras veces vista en anteriores teorías del desarrollo³³. Lo que motiva a estos gobiernos es el volumen de las remesas enviadas por los emigrantes, que en algunos casos se aproximan o exceden el valor de las exportaciones tradicionales, y la creciente influencia política y cultural de sus expatriados. Por otra parte, los intentos gubernamentales de captar y recanalizar esas actividades esencialmente comunitarias originan una dinámica compleja que desemboca en un abanico de resultados inesperados.

33. R.C. Smith, ob. cit.; P. Levitt, ob. cit.; P. Landolt et al., ob. cit.

Roberts y sus colaboradores realizaron una incursión inicial y prometedora en el análisis de esos procesos, aplicándoles una versión modificada de la famosa tipología de Hirschman «el éxito, la voz, y la lealtad»³⁴. Tal como señalan estos autores, las formas en que se desarrolla la interacción entre gobiernos y comunidades migrantes son tanto complejas como paradójicas: los emigrantes adquieren «voz» en la política nacional precisamente por «salir» de su país natal; si bien su «lealtad» puede seguir firmemente unida a sus comunidades de origen, ese sentimiento no necesariamente se extiende al Gobierno o al partido de gobierno. Los gobiernos empoderan sus diásporas como un aliciente para conservar sus lealtades y sus contribuciones financieras, pero al hacerlo quedan expuestos a movilizaciones de base dirigidas por los emigrantes con la intención de cambiar, subvertir o incluso derrocar el sistema político imperante³⁵. Esas dinámicas requieren mucha investigación y reflexión teórica adicionales, especialmente por parte de investigadores en los países de origen.

El Estado incorporado/weberiano. El análisis pretérito del desarrollo económico en América Latina enfatizó consistentemente el papel del Estado, bien fuera como motor del crecimiento o como impedimento del mismo. La visión positiva de la función del Estado en el desarrollo está estrechamente vinculada al trabajo de Prebisch y a las primeras defensas de la industrialización por sustitución de las importaciones por parte de la Cepal; fue también un corolario lógico de los análisis del desarrollo en la teoría de la dependencia³⁶. La visión negativa que ha llegado a dominar en los círculos políticos refleja fielmente el resurgimiento de la teoría neoclásica y una desconfianza «smithoniana» en la intervención del Estado en el funcionamiento de los mercados³⁷. En cualquiera de las dos versiones, se retrata comúnmente al Estado como uniforme y monolítico, un invariable equipo unitario institucional que debe comportarse en forma similar en todos los países.

Los estudios de casos de la participación de los organismos estatales en los proyectos de desarrollo han demostrado en forma consistente lo equivocado de esos enfoques. Hay una gran cantidad de contingencia e inconsistencia en el

34. Bryan R. Roberts, Reanne Frank y Fernando Lozano-Ascencio: «Transnational Migrant Communities and Mexican Migration to the United States» en *Ethnic and Racial Studies* 22, 1999, pp. 238-266.

35. *Ibid.*; v. tb. David Fitzgerald: *Negotiating Extra-Territorial Citizenship*, Center for Comparative Immigration Studies, University of California-San Diego, La Jolla, monografía N° 2, 2000.

36. R. Prebisch: *The Economic Development...*, cit.; Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto: *Dependency and Development in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1979; O. Sunkel: ob. cit.

37. A. Portes: «Neoliberalism and the Sociology of Development», cit.; Peter Evans: «Predatory, Developmental, and Other Apparatuses: A Comparative Political Economy Perspective on the Third World State» en *Sociological Forum* 4, 1989, pp. 561-587.

carácter y las consecuencias de la acción estatal, así como el mismo «modelo» de desarrollo puede dar resultados en algunos países y fracasar completamente en otros. Buscando desentrañar esas diferencias, Evans enfocó el carácter del aparato estatal mismo, es decir, el reclutamiento y funcionamiento de las burocracias gubernamentales básicas. Inicialmente desarrolló una tipología que abarcaba desde Estados «predatorios» que «saqueaban sin más interés por el bienestar de la ciudadanía que el que tiene un depredador por el bienestar de su presa»³⁸, hasta Estados «desarrollistas» capaces de emprender e implementar iniciativas empresariales de largo plazo. El Zaire durante el gobierno de Mobutu Sese-Seko se utilizó como un ejemplo arquetípico del primer caso, y Singapur y Japón como ilustraciones del segundo. La tipología no fue lo suficientemente lejos como para identificar exactamente cuáles rasgos del Estado tenían un papel clave en la determinación del estancamiento o el crecimiento consistente de los países. En un trabajo posterior, Evans desarrolló dos conceptos que tuvieron esa función crucial de diferenciación: la «weberianidad» o el grado en que un aparato estatal se acerca al tipo ideal weberiano de la burocracia como una organización meritocrática, internamente cohesiva y apegada a las normas; y la «incorporabilidad» o el grado en que tal burocracia es capaz de alentar, guiar y coordinar asociaciones empresariales privadas.

En la medida en que los aparatos estatales se acercan al tipo ideal weberiano adquieren un mayor *sprit de corps* y se vuelven resistentes a la corrupción. Al liberarse de los intereses privados «rentistas» en la sociedad civil, los organismos oficiales son capaces de implementar iniciativas de largo plazo que requieren una conducción e inversión sostenidas. Sin embargo, el precio de esta autonomía estatal es que el Estado se aísla progresivamente de su propia sociedad, se vuelve un mero guardián de las reglas. Es en ese punto que la «incorporabilidad» presenta su aporte haciendo que organismos estatales poderosos patrocinen e incentiven el desarrollo de empresas privadas competitivas. La historia del MITI, el Ministerio de Industria y Comercio de Japón, investigado minuciosamente por Johnson, se utiliza generalmente como el ejemplo arquetípico de la «autonomía incorporada» de un Estado³⁹.

Conclusión

Los conceptos que acabamos de examinar son parte de una propuesta para una nueva agenda teórica y de investigación. Aunque no se presentaron en un or-

38. *Ibid.*, p. 562.

39. P. Evans: *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton, 1995.

den particular, tienen dos características en común. En primer lugar, como se mencionó, proporcionan un asidero analítico para abordar grandes cantidades de material empírico, y al mismo tiempo pueden ser modificados por los resultados de la averiguación. A diferencia de las narrativas de gran escala, un rasgo clave de los tipos ideales de mediana escala es que guían la investigación atrayendo la atención hacia ciertos aspectos del fenómeno que se está estudiando, pero sin anticipar el resultado. De ese modo dejan espacio para hallazgos inductivos prácticamente desalojados por los ejercicios deductivos del pasado.

En segundo lugar, este conjunto de conceptos se orienta al futuro. En otras palabras, no se orientan en primer lugar al análisis histórico del subdesarrollo, sino hacia la exploración de medios para superar esta situación en el plano comunitario o nacional. La perspectiva de la dependencia nos brindó extensos conocimientos sobre los orígenes de la pobreza y la subordinación de América Latina. En contraste, la familia de conceptos que acabamos de examinar apunta a vías de acción para rodear y superar las restricciones del atraso económico y político.

En ciertas condiciones las comunidades pueden movilizar su capital social y cultural para superar carencias materiales, en un esfuerzo por mejorar el consumo colectivo y desarrollar empresas económicas viables. Entrar en cadenas globales de bienes representa el primer paso de un proceso de aprendizaje que, guiado de manera adecuada, puede llevar a la innovación tecnológica, exportaciones con mayor valor agregado, y competitividad en el comercio mundial. Una burocracia estatal que se acerca al tipo ideal weberiano está en una posición mucho mejor para poner en práctica estrategias de desarrollo de largo plazo que las típicas instituciones corruptas y personalistas que se encuentran en América Latina. Y así sucesivamente. Mi proposición es que en un mundo donde la riqueza de las naciones y el bienestar de sus poblaciones dependen de una inserción inteligente en una economía globalizada, la tarea de la sociología no puede limitarse a diagnosticar las equivocaciones del pasado, sino que debe incluir la identificación y movilización de mecanismos concretos para superar esos males.